

EL COJO ILUSTRADO

AÑO VIII

1º DE SEPTIEMBRE DE 1899

Nº 185

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCION: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



UN CUENTO. — Cuadro de Sofia Koner

¡ANGEL MIO!

—
Sí; los ángeles bajan á la tierra,
Pero muy pronto los reclama el Cielo.
Yo sé de un ángel que á la tierra vino
Como todo ángel, luminoso y bello.
Que unió su suerte con mi suerte un día,
Pobló mi alma de plácidos ensueños,
Y fue mi estrella en las oscuras noches,
Y fue la luz que me alumbró el sendero.
La dulce musa que inspiró mi lira,
Urna de mis ideales y mis sueños,
Paloma que me daba sus arrullos,
Perfume de la vida en el desierto.
Llegó á mi hogar y me enseñó el camino,
Me dijo el himno del amor eterno,
Dejóme cuatro cabecitas rubias
Me enseñó á amar, y remontó su vuelo...
Y me quedé á la orilla del camino,

El alma presa de dolor supremo,
Entre la noche del pasado oscuro
Y el nebuloso porvenir incierto.
Y con el alma enlutecida y triste
Y destrozado el corazón, sin fuego,
Aguardo ansioso á que la muerte llegue
Y me despierte del pesado sueño;
Y eche inapaisable sobre mí sus años
El vencedor de la materia, el Tiempo;
Y pueda ver esa mitad de mi alma,
Así cual la vislumbro en mis ensueños.
Y he de encontrarla, ¡ porque la amo tanto !
Y es tal mi amor y mi insaciable anhelo,
Que es para hallarla, cuando mi alma vuela,
El infinito para mí pequeño.
Y porque en medio á mi dolor, escucho
Cantar el himno del amor eterno...
¡Sí, los ángeles bajan á la tierra
Pero qué pronto los reclama el Cielo!

DIEGO URIBE.

SAN JUAN

—
Asienta sobre vórtices la planta,
su frente el cielo tempestuoso toca,
el acento de fuego de su boca
torbellino de arcángeles levanta.

Entre el fragor de la trompeta santa
que á juicio los espíritus convoca,
con ruina y con estrépito de roca
la cárcel de los réprobos quebranta.

Al mandato de Dios, que él obedece,
todo en profundo y colosal abismo
por inmensa vorágine perece.....

Mas para gloria del humano duelo,
sobre el horror del vasto cataclismo
áurea Jerusalem erige al cielo!

JUSTO A. FACIO.

INTRODUCCIÓN

AL ENSAYO HISTÓRICO DE LA VIDA DEL

GENERAL CARLOS SOUBLETTE

(Continuación)



HUBO, es verdad, entre los directores de aquella política,

algunos cuyas circunstancias lo señalaban á la sospecha de una democracia naturalmente suspicaz, y SOUBLETTE era de ese número. Su origen social, sus dotes intelectuales y morales y hasta su aspecto exterior

grave y reservado lo investían con esa distinción que en los países democráticos suele conducir al aislamiento y á la impopularidad á cuantos poseen semejantes dotes; pero la inflexible probidad de sus ideas y la clarísima noción que desde muy temprano llegó á formarse de los destinos políticos de su patria y del papel que en ellos le tocaría desempeñar, trazáronle un programa de conducta que fue invariablemente el de toda su carrera pública, y se redujo á ser el servidor circunspecto más bien que el conductor autoritario de la cosa pública. Nacido para mandar, dijo de él en ocasión señalada alguno de sus compatriotas «prefiere, no obstante, obedecer.» Este espíritu de reflexiva obediencia, no á la fuerza, ni al éxito, contra los cuales protestó en más de una ocasión, como habremos de verlo, sino á la ley, ó á lo que él consideraba la forma más certeramente indicativa de la voluntad popular, acendra su carácter cívico y lo redime de la tacha con que la pasión polemista pretende hacerlo pasar á la historia. Todos los actos de su vida pública confirman este rasgo y lo marcan por decirlo así, como la base fundamental de las convicciones del hombre y el principal resorte de su conducta. Ese pretendido artífice y gozador de una oligarquía, no ejerce jamás el poder sino por espíritu de obediencia. Bolívar resume el elogio de Sucre equiparándolo á SOUBLETTE, pero, agrega, con menos deseos de renunciar (6). Cuando en 1829, en uno de los períodos más agudos de la crisis que presidió á la disolución de la Gran Colombia, alguno de los fundadores de esta república, creyeron sinceramente que podían salvar la unidad de aquel organismo, ya que no su primer régimen político, á la sombra de un trono, SOUBLETTE invitado á cooperar en esta empresa, la combatió, y protestó, entre otras cosas, que no había sido ni sería nunca faccioso. (7) Dos veces en el curso de diez y seis años, fue llamado por la mayoría del voto popular á ejercer las funciones y deberes del primer mandatario de la república, y en ambos períodos su política, si alguna tuvo que le fuese personal y distinta de la que le trazara la constitución y las leyes vivificadas por el espíritu público, consistió precisamente en acordar opiniones, desarmar rencores y administrar con inflexible probidad los intereses del común, siempre bajos los dictados, la vigilancia y en ocasiones con la acre censura de la razón pública en plena actividad; tarea la de esta política que no se compadece

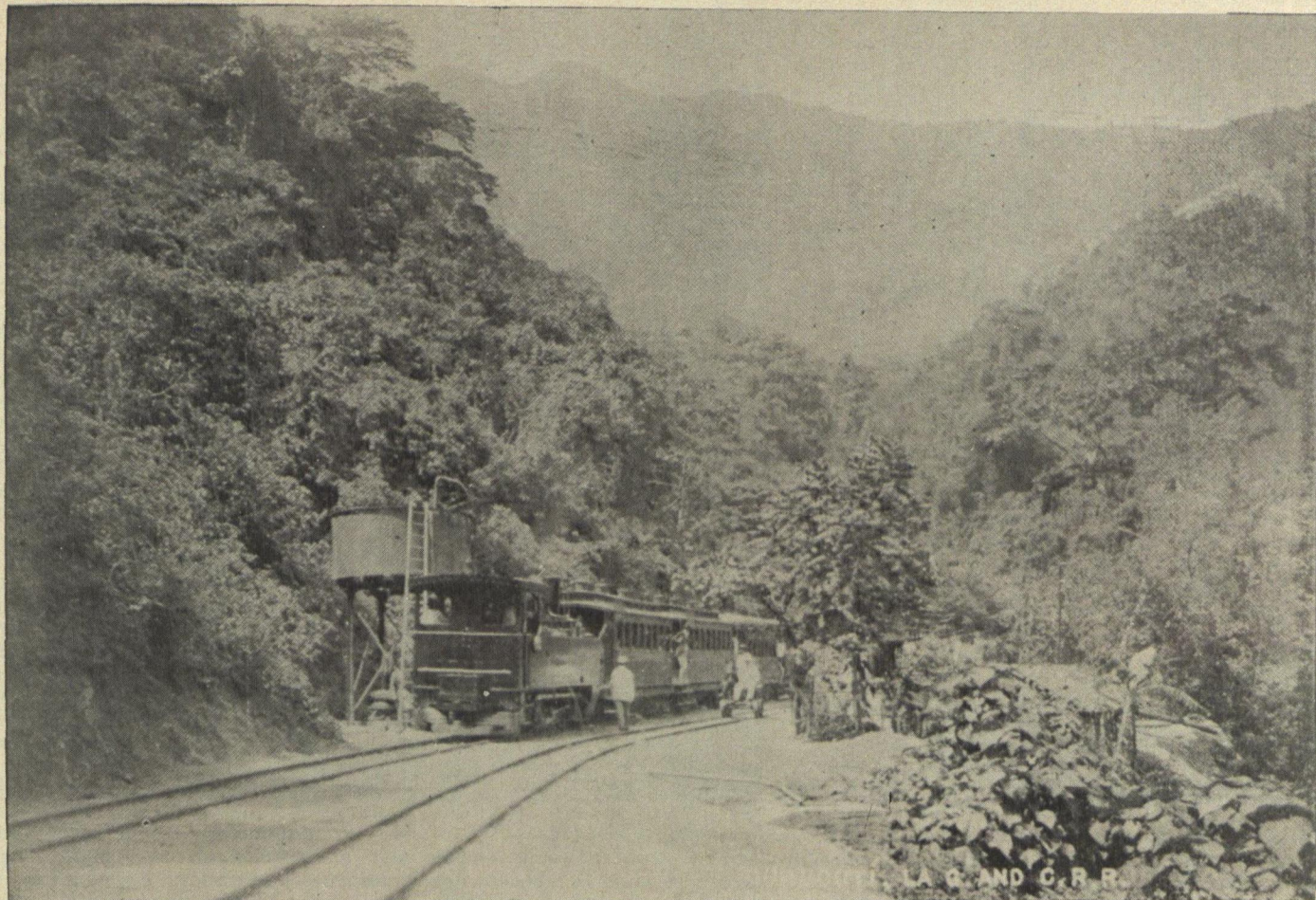
con la de una clase privilegiada, atenta sólo á retener el poder del cual se haya investida. SOUBLETTE es el único mandatario de Venezuela, y acaso también de la América española, que ha gobernado sin influir directa ni indirectamente sobre la opinión por medio de una prensa propia ó que recibiese directamente sus inspiraciones, por lo cual los que escuchan la crónica política de aquellos días, encuentran, no sin sorpresa, que la administración presidida por SOUBLETTE fue objeto de vivísima y alternada oposición en los dos campos, siendo muy contadas las voces del periodismo que de cuando en cuando se levantarán á defenderla.

Durante los más angustiosos momentos de la crisis de 46, recibió del campamento en que las milicias nacionales defendían con las armas la autoridad de que él se hallaba investido, premiosa excitación para refrenar los excesos de la prensa opositora, ó cuando menos para sostener una prensa oficiosa, que neutralizase la hostil propaganda de aquella. Contestó, en cuanto á lo primero, que los desmanes del periodismo estaban hasta cierto punto amparados por la ley y era preciso para contenerlos apelar al origen de esa ley, mientras el poder de que él se hallaba investido no alcanzaba para tanto. En cuanto á lo segundo, reconoció, como no podía menos, la necesidad de rectificar discretamente el visible extravío de una parte de la opinión pública, pero advirtió al propio tiempo que la tarea incumbía al celo y espíritu de legalidad de los ciudadanos, agregando, que él no se sentía capaz de fomentar por medios indecorosos la propaganda periodística que se echaba de menos. Algunos días después recomendaba la lectura del primer número del "Constitucional," hoja creada por la iniciativa independiente de algunos ciudadanos con el objeto de cooperar á la defensa del orden legal con recursos y criterio propio. (8) Más de una vez, particularmente en el decurso del segundo bienio de su administración, no pocos partidarios de aquel orden de cosas, llegaron á dudar de la eficacia de semejante política, y hubo un momento en que hablaron francamente, sin duda bajo el apremio del temor, de la necesidad de emplear medios extraordinarios para conjurar un peligro que ellos consideraban superior á la acción legal. Emisarios conductores de ofertas de dictadura fueron enviados al campamento de Páez, con la sugestión de que cual aconteciera, según los autores de esa propaganda en 1835, el país necesitaba la mano fuerte de un caudillo que supliese al pulso demasiado acompañado y aun tímido del guardián y ejecutor de las leyes. SOUBLETTE se apresura á precaver con avisos oportunos y una fría apreciación del estado de las cosas, la insidia de tales sugestiones, y en vez de aprovechar aquel toque arrebatado del miedo para acrecer indebidamente sus facultades y acaso un prestigio personal transitorio, optó por renunciar la presidencia como piloto que obligado por deber á seguir determinado derrotero prefiere entregar el timón á otras manos antes que violar la consigna. El sofisma de la razón de Estado á que siempre supo sustraerse como mandatario, no fue parte á rendirlo en ocasión como aquella, durante la cual buena parte de los tripulantes de la nave le pedían volver virtualmente

la proa hacia la antigua ribera, dudosos como estaban de rendir felizmente la jornada en la dirección y bajo la bandera de las instituciones republicanas.

Obligado por dos veces á rescatar de manos de las facciones la autoridad que le había conferido la nación entera, ejecutó su obra sin entregarse por modo absoluto, ni á la clemencia que engrandece prestigios personales, de ordinario con perjuicio de la seguridad social, ni al rigor literal de las leyes. Vigente en ambas épocas un régimen de penalidad cuya aplicación estricta ensangrentó singularmente las costumbres públicas del resto de la América española, supo atemperarlo en una y otra crisis á la medida de las circunstancias, de modo que de diez y ocho reos políticos condenados á sufrir la pena de muerte, sólo dos fueron ejecutados y ésto por no hallar en la consulta de los respectivos tribunales motivos de pública conveniencia para decretar la conmutación. (9) Procedimiento experimental que subordina el ejercicio del derecho de gracia, no á la sensibilidad del gobernante ni á su interés en parecer magnánimo, sino al objeto final y superior de la ley, pero que tiene el inconveniente para los que lo siguen de hacer perdurable la severidad de la excepción, al mismo tiempo que se echa en olvido la clemencia de la regla.

Cuestiones económicas de suyo muy importantes, cuya gravedad aumentaban singularmente las circunstancias políticas del momento, vinieron bajo la segunda administración de SOUBLETTE á poner á prueba, prueba por demás decisiva, la pretendida ambición de aquel régimen apodado de oligarquía. Tratábase en 1844 de otorgar auxilios á la agricultura, industria madre en el país, deprimida entonces, como en otras ocasiones, por la escasez y carestía de los agentes de producción y la baja en el precio de sus más nobles frutos. Una opinión respetable en la cual estaban representados todos los matices políticos, solicitó con ahínco y al fin obtuvo de las Cámaras la expedición de una ley, por la cual el Estado entraba á desempeñar indirecta pero eficazmente la función decisiva en todas circunstancias y particularmente en aquella, de supremo dispensador de los recursos del crédito. La medida no podía ser más halagadora para la clase gobernante á quien se tachaba ya de detentadora de la soberanía popular. Llamado á intervenir siquiera fuese indirectamente en la administración de un instituto como el que se proyectaba, aquel gobierno habría sido irresistible, como que á vuelta de poco tiempo podría convertir en clientela dependiente de su influencia el cuerpo electoral compuesto como estaba en su mayor parte de agricultores y criadores. Ello no obstante, el representante de la supuesta oligarquía se apresuró á romper semejante instrumento de dominación y objetó el proyecto de ley en nombre de los austeros principios de la igualdad en el reparto y empleo de las contribuciones públicas, que sacó para el caso del espíritu y de la letra de la constitución. "El crédito de la Nación, dijo entre otras cosas en su mensaje de objeciones, siendo una propiedad de todos los venezolanos no puede usarse sino en beneficio de todos y con la más rigurosa economía". Lenguaje por cierto bien extraño, casi absurdo en boca del titular de una oligarquía ganosa de fortalecerse en el poder.



Curruet: Ferrocarril de La Guaira A Caracas

Varias de las circunstancias en medio de las cuales se discutió y llevó a cabo este importante acto de la vida pública de Soubllette, dan mayor realce a la trascendental significación política que él reviste y marcan el valor y la independencia de juicio de su autor, por lo cual habremos de incluirlas en esta síntesis, si quiera sea brevemente.

Dicho está que la opinión favorable, a la medida objetada por Soubllette procedía de todos los puntos del horizonte político é incluía entre sus adeptos y defensores a personalidades de tanta respetabilidad y peso en la conciencia pública como fueron Páez, el antiguo presidente, primer centinela de las instituciones y el estadista Aranda, a la sazón secretario de Estado en el despacho de hacienda.

En la intimidad de su activa correspondencia con Páez, correspondencia que abarca desde 1830 hasta principios de 47, Soubllette discutió con aquél sobre la conveniencia de la medida sin llegar, no obstante a ponerse de acuerdo. Respecto de Aranda, su ilustrado colaborador en las tareas administrativas, cuyas opiniones respetaba profundamente, limitóse a oírlas dentro y fuera de los consejos de gobierno, hasta el momento en que a punto de expirar el plazo dentro del cual el proyecto debía ser devuelto a las Cámaras, hubo de decidirse el asunto en una final reunión de los Secretarios del Despacho a la cual concurren el de Guerra y Marina general Urdaneta y del Interior señor Manrique llevando consigo sus renunciaciones, para el probable

caso de que la medida a la cual ambos eran adversos fuese sancionada. Resuelta la cuestión en sentido contrario fue el señor Aranda quien dimitió su puesto como lo pedía lo trascendental de la disidencia ocurrida, que sin embargo no fue parte a impedir que el ex-Secretario de Hacienda continuase al servicio del país, en el empleo de Administrador de la Aduana de La Guaira, el más importante y mejor remunerado entre los del ramo fiscal en aquella época.

Nada tan propio para aguilatar las virtudes cívicas de un hombre público como los rigores de una larga proscripción. Desde los tiempos de Grecia y Roma, el destierro ha sido siempre, aun para los más nobles y fuertes caracteres, severísima prueba de toque, de la cual muy pocos lograron salir indemnes. El ciudadano eminente ó siquiera meritorio que por mandato imperativo de un poder materialmente victorioso, se ve obligado a abandonar junto con el suelo de la patria, hogar, familia y fortuna, y a privarse de aquella atmósfera moral íntima é irremplazable, en la cual se espacian sus recuerdos y viven sus esperanzas, no perdona semejantes agravios y rara vez, si alguna, lo sobrelleva en la inacción y el silencio. Por el contrario, la venganza no tarda en parecerle instrumento de justicia, hasta que llega un momento en que confundiendo a la patria con el proscriptor hiere a la primera creyendo no descargar sus golpes sino sobre el último. Mientras mayores sean sus servicios y merecimientos, más autorizado se creará para franquear con la llama y el hierro

de la guerra civil las puertas que le han sido cerradas. Como Coriolano y Condé, cualquier bandera, la del extranjero inclusive, le parecerá propia para reconquistar la patria, y el proscrito se convertirá insensiblemente en público enemigo.

Sentado en playas vecinas al hogar de un pueblo amigo que lo recibió como suyo en homenaje a sus virtudes y en recompensa de antiguos servicios, Soubllette soportó un destierro de diez años, no sólo sin protestar contra él, pero sin murmurar la menor queja. La causa de su proscripción había sido de carácter incierto y de corta duración. Por primera vez en su vida de ciudadano había desenvainado la espada sin mandato expreso de autoridad competente, en presencia del santuario de las leyes profanado y ensangrentado. Pero esa actitud de resistencia sólo se había prolongado hasta el momento en que el Congreso resolvió echar un velo sobre la obra de su propia mutilación é irremediable decadencia. Juzgando, en nuestro sentir con razón, que él no era competente para revocar ese fallo, Soubllette se resignó a él, y al emprender el camino del destierro, hizolo con la firme determinación de acatarlo hasta que juicios más serenos y equitativos pudiesen revisarlo. Cuando sonó la hora de esa revisión y ella le fue favorable, tornó a la patria sencillamente, sin orgullo de proscrito «por virtud no por delito,» y vino a colocarse indistintamente entre sus conciudadanos, diciendo con asombro de antiguos adversarios y para ejemplo de ami-

gos menos modestos, que consideraba las manifestaciones de que era objeto, como una prueba de que la patria le había perdonado sus faltas y errores. Sin embargo su destierro había sido reagravado con la pérdida de su escaso patrimonio, y durante él, la detracción oficial se había cebado cruelmente sobre su nombre y reputación, particularmente en lo que ésta tenía de más limpio ó sea la probidad y el desinterés del antiguo servidor. ¿Cuántos proscritos habrán perdido y recobrado la patria en iguales condiciones y con la misma serenidad de espíritu?

Bastan estos rasgos sintéticos que luego veremos confirmados por el análisis de la narración al por menor, para esclarecer ampliamente el carácter de SOUBLETTE y el de su política como mandatario. Ciertamente él tuvo siempre convicciones políticas propias, formadas en el estudio de las cosas y de los hombres y confirmadas por una larga práctica, y como Jefe de Estado, la conciencia de su responsabilidad y un conocimiento muy claro de las prerrogativas anexas á aquel puesto, pero en el ejercicio del poder público economizó cuanto pudo su iniciativa y veló sus opiniones particulares, deseoso de respetar las de sus conciudadanos y de aleccionar á éstos en la práctica del gobierno propio. (10) No era ésta por cierto una ambición modesta, sino bien al contrario excepcionalmente orgullosa, pues que aspiraba á magnificar á quien la abrigaba, no en él mismo, sino en su obra. Emancipar pueblos del yugo extranjero para someterlos al de sus libertadores, es tarea subalterna de vulgares ambiciosos extraños á la verdadera gloria. Hacerlos libres y poner en sus manos sus propios destinos, para respetar enseguida su voluntad limitándose á advertirla é ilustrarla cuando ella parece mal dirigida, es lo propio de los grandes ciudadanos, de aquellos que como Washington no han necesitado contrariar los sentimientos de su época ni sobreponerse á las leyes, ni sacrificar en obsequio á los fines la moralidad de los medios, para contribuir á la dicha y libertad de su patria y hacerse digno de los homenajes de la historia.

Refiérese que ya en su lecho de muerte Cavour, el artifice intelectual de la unidad italiana encareció al moderno Carlomagno, se precaviere de gobernar con facultades extraordinarias, y conforme á la llamada razón de Estado, advirtiéndole que reducido á esto, el gobierno político de las sociedades resultaba ser simple tarea de fuerza material que podrían desempeñar hasta los asnos, y se agrega que aleccionado el monarca, solía hablar de la dificultad de su papel de rey constitucional, considerada no obstante, por algunos observadores superficiales, como cosa baladí ó puramente simbólica.

Fue, pues, muy alta la ambición de SOUBLETTE y muy vigorosos sus métodos de gobierno, cuando llamado á regir en dos periodos los destinos de la República redujo su papel al de simple mandatario de la voluntad popular expresada en la ley é ilustrada por los diversos órganos de la razón pública. Aún no había ganado favor en estos países la extraña teoría conforme á la cual el jefe del Estado es al propio tiempo cabeza de partido, dualidad inconcebible, que hace parte al juez y declara la beligerancia de los

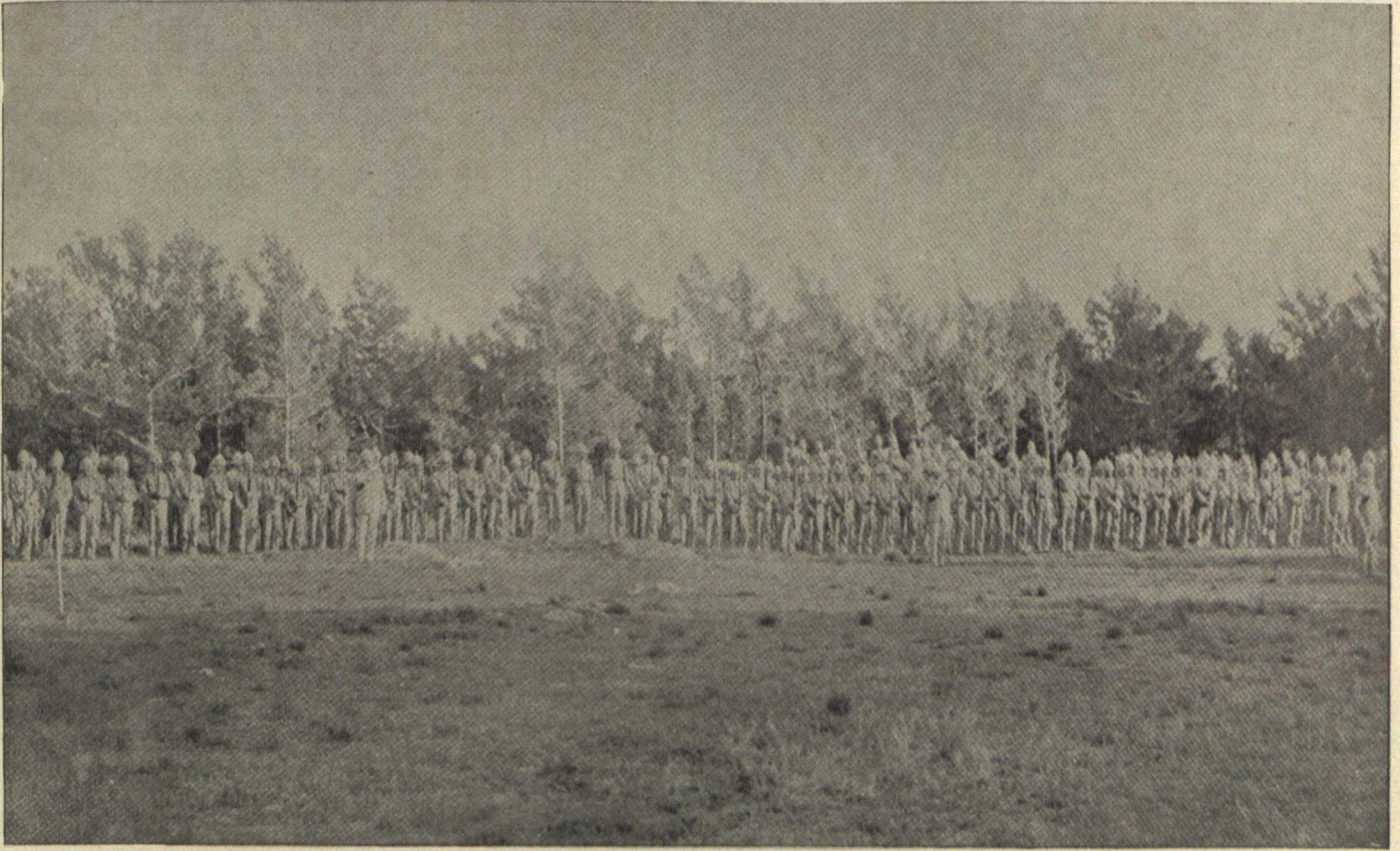
partidos, no ya contra la política sino contra la existencia misma de un gobierno que principia por confesarse parcial. Pero este papel de circunspecto testigo del movimiento constitucional del país, no le impidió, como se ha visto, ser también su regulador cuando así lo exigieron las circunstancias. Sea de ello un ejemplo más, el espíritu con que presidió la obra de pacificación á la cual fue llamado á tiempo que se hallaba ausente en Europa en servicio de la República. Cinco años antes, en carta confidencial dirigida á O'Leary, había revelado sus miras sobre la reconstitución nacional y los sentimientos en que los operarios de esta reconstitución debían inspirarse preferentemente. «Sin poder, sin influencia, sospechado de los que se empeñaron en la revolución de Noviembre y de los que buscaban en ella su elevación con la ruina de todos los viejos servidores, he conservado imperturbable mi respeto y veneración por el Libertador, sin que de mis labios haya salido una sola sílaba que pudiera serle ofensiva, y he trabajado de cuantos modos me ha sido posible para que saliéramos de un estado revolucionario y para que Venezuela admitiese en su seno á todos sus hijos, sin vejarnos, sin perseguirlos; algo se ha conseguido y alimento la esperanza de que el entrante año serán todos reintegrados en sus goces según sus distintas carreras, así como lo han sido en sus derechos políticos.» A este fin se encaminaron sus esfuerzos como vicepresidente en ejercicio del poder ejecutivo, no obstante el feroz despertamiento de las pasiones á que dieron lugar la insurrección militar de 35 y la subsiguiente de 1837. En medio de aquella candente atmósfera, habló de los proscritos con el respeto á que ellos tenían derecho, antepuso á sus nombres los títulos de honor que se habían conquistado, y refiriéndose al primer caudillo de la independencia anunció como próximo el día en que la patria se integraría moralmente recibiendo con los honores del triunfo las cenizas del más ilustre de sus hijos. Palabras graves en aquellas circunstancias que implicaban una gran responsabilidad y revelaban un propósito que no tardó en realizarse.

Podemos en suma considerar el carácter público de SOUBLETTE como un ejemplo de aquella feliz combinación de facultades más sólidas que brillantes, que según Gladstone es capaz de generar lo que el mismo filósofo llama «heroísmo moral» muy distinto por cierto del que ordinariamente seduce y arrastra al mayor número. En su conjunto, la carrera de aquel venezolano no se distingue «por ninguna de esas cualidades dramáticas, propias para poner en fuego los materiales más inflamables y también los más pobres del corazón humano.» Soldado, la punta de su espada ó de su lanza, si acaso empuñó esta arma, no aparece en parte alguna rompiendo las filas enemigas y ejecutando ningún hecho de valor físico extraordinario. General con mando de tropas, las operaciones que dirige, corresponden tan sólo, y ya es mucho para las circunstancias de la época, á una buena ordenanza militar. Verdadero estadista, prefirió hacerse el normaliano de la obediencia cívica, porque tiene la convicción de que en una democracia joven, nacida en la guerra y que carece de orientación y cauce, se sirve mejor á

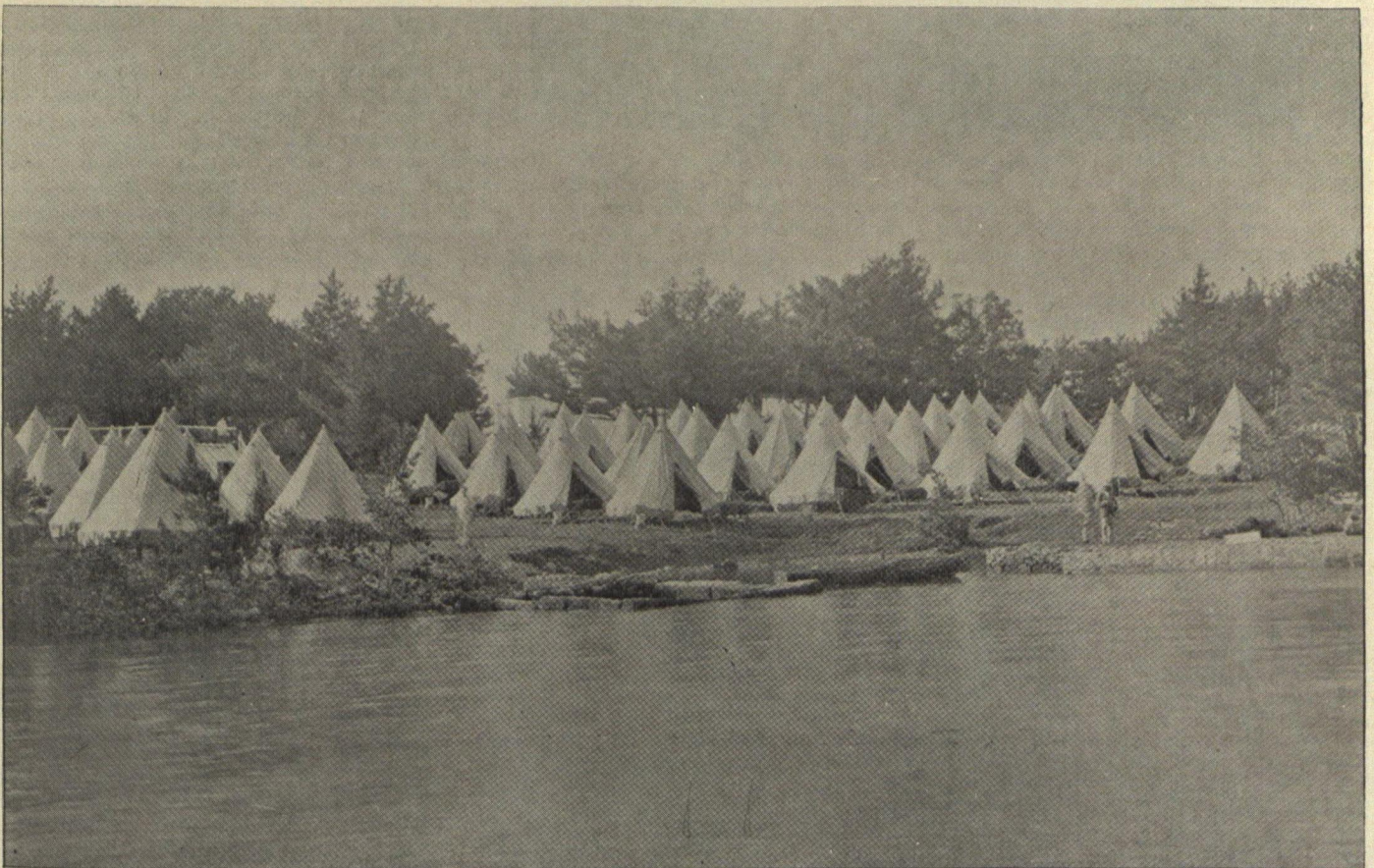
la república enseñando á obedecer que aspirando á mandar, sean cuales fueren por otra parte las dotes y aptitudes de los que abrigan esta ambición. Diplomático por temperamento, puesto que poseía entre otras cualidades distintivas de este género, el pleno dominio de sí mismo, una reserva sagaz, las facultades de la persuasión dialogada y el dón de gentes, no tuvo sin embargo grandes intereses que defender y combinar, y su papel se redujo á reclamar para su patria naciente, materialmente débil y sin peso en los consejos internacionales, los derechos de igualdad moral sobre que descansan los Estados modernos. Pero no obstante la modestia de estas facultades y lo limitado de su acción, SOUBLETTE supo elevarse por una selección progresiva y continua de su criterio y voluntad, al heroísmo moral de que nos habla el filósofo de Hawarden, y lo hizo practicando los métodos que éste señala como conducentes á tan noble exaltación. Tuvo ideales que no subordinó jamás al interés personal, pero ni siquiera al de partido. Lo sirvió constantemente con el empleo de medios legítimos, y finalmente no dio nunca demasiada importancia, ni se apegó sistemáticamente á determinada idea ó principio que no fuese esencial del gobierno libre, lo cual quiere decir que fue un político, de ninguna manera un soñador y mucho menos un fanático.

Cómo pudo formarse en medio de las costumbres militares de su tiempo y en el seno de una democracia tempestuosa más enamorada de los caudillos que consciente apreciadora de las ideas, un carácter tan bien equilibrado y tan apropiado para el régimen de gobierno libre puramente civil, es cosa que no podríamos explicar fácilmente, si no echásemos de ver la influencia que en esa obra ejercieron las circunstancias del medio social en que nació y había principiado á desarrollarse el hombre, hasta el instante en que el gran movimiento insurreccional de 1810 vino á incorporarlo en sus filas. Cuánta es la influencia que ejercen y la que á su turno reciben los hombres que las revoluciones van allegando á su paso, es asunto tan difícil de esclarecer en la historia, como lo es en la hidráulica y en la geografía física determinar á ciencia cierta cuales entre los afluentes de un gran río marcan más decisivamente el color de las aguas y la dirección de las corrientes antes de pagar su común tributo al océano. De todas maneras, es cierto que las revoluciones y los hombres, principales instrumentos de éstas, se conforman recíprocamente, tocado á los últimos sostiene por largo tiempo su individualidad según fueren las condiciones en que ella se formara. Ahora bien, la revolución venezolana de 1810 tomó en su propio origen y arrastró después en su largo y tempestuoso curso, diversos elementos sociales, cada uno de los cuales conservó por largo tiempo el carácter autónomo que tuviera en su principio.

La falange no muy numerosa de los precursores, almas altivas impacientes del yugo, pensadores ilustres que sorprenden el secreto de las evoluciones del progreso y se aprestan á tomar parte en ellas, propietarios acaudalados que aspiran á completar la estabilidad de sus fortunas con la estabilidad de una patria independiente, terminaron su papel na-



BERMUDA: Cuerpo de Voluntarios



BERMUDA: Campamento de Voluntarios

turalmente predominante, con los capitulados de 1812, representantes del idealismo de las instituciones sancionadas un año antes. Vienen después los hombres de una generación más joven, de menos previsión é igualmente entusiastas. Son el producto de la cultura colonial europea y aspiran por natural instinto de conservación á armonizar la tradición con el progreso y á hacer tan breve como es posible la lucha entre las antiguas y las nuevas ideas. Con tales condiciones, ellos representan la disciplina social que ha de encauzar á su tiempo el torrente revolucionario sacando á flote el principio de una autoridad transformada, pero no destruida. Absorbidos ó poco menos los elementos de esta clase social por la vorágine de 1814 á 1815, surge por último el elemento democrático virgen, cual después de recia tempestad aparecen en las tierras asoladas por ellas la capas nuevas con gérmenes cuyo fruto corresponderá á la naturaleza del cultivo que lo estimule y fecunde.

SOUBLETTE no fue del número de los precursores. Nació en diciembre de 1789, era demasiado joven para poder coadyuvar con aquellos á la obra preparatoria de la revolución. Contaba apenas veinte años escasos cuando el grito del 19 de abril de 1810 lo llevó á jurar las banderas de las nuevas ideas. Tampoco perteneció, como queda dicho, á la generación épica, de impulso patriótico instintivo que en diversas porciones del territorio surgió con poderes propios y se impuso á la revolución, dando á cada uno de sus miembros los títulos y el mando de que los juzgó dignos. Representaba, pues, el elemento colonial culto y progresivo de cuyas filas salió para entrar al servicio de la revolución, pero lo representaba sin el orgullo y las preocupaciones de aquella clase y al propio tiempo con mejores aptitudes para la obra civilizadora de la emancipación, que las que poseían los más de sus compañeros. Carecía de grandes bienes de fortuna y en cuanto al nacimiento sólo por su madre, como se lo advirtiera amargamente Miranda, podía ser clasificado entre los llamados mantuanos de Caracas.

Su educación había sido muy sólida, cimentada en principios morales y en el ejemplo del hogar paterno, y en cuanto a su instrucción, los planteos escolares de la colonia le habían proporcionado los pocos conocimientos de que ellos eran capaces. Su carrera militar principió un año antes de aquel en que pusiera la primera piedra de su hogar haciéndose jefe de familia, circunstancia importante y de carácter grave que contribuye á dar á su participación en la obra revolucionaria rasgos solemnes proporciones de un sacrificio.

Por una sucesión de fenómenos que le son propios, la naturaleza había puesto en él, disposiciones las más felices para desarrollar y robustecer el carácter que desplegó en su larga carrera pública. Inteligencia clara tanto como sutil, en ocasiones superior y de ordinario inclinada á darse cuenta exacta de los hechos, por el análisis crítico de ellos; voluntad firme pero sin obstinación, ánimo reposado y sereno y facultades reflexivas bastantes á madurar la acción, sin debilitarla ó hacerla extemporánea. A estos preciosos elementos iniciales, la educación paterna, la gran escuela del mundo

y las vicisitudes y contrastes de la revolución no tardaron en añadir el recto sentido de las cosas, una razón fría, gran discreción de conducta, resultado de una severa disciplina de la voluntad, opiniones templadas, espíritu de conciliación y un vivo sentimiento del deber con la guía de principios morales muy sólidos que fueron la base granítica del edificio.

Con los documentos de esta filiación á la vista, el carácter de SOUBLETTE no sólo se hace comprensible sino lógico, faltando sólo advertir que, aparte la originalidad de ciertos rasgos individuales, él fue común á otros hombres de igual procedencia y circunstancias, como Urdaneta, Sucre, Blanco, Manrique y Anzoátegui, todos ellos sobrevivientes con papel directivo á la catástrofe de 1815.

A fin de dar á nuestro trabajo el orden, claridad y precisión que requieren como principales cualidades de su género, las narraciones biográficas, dividiremos la vida de SOUBLETTE en cuatro épocas. Comprenderá la primera la raza, la familia, el medio físico, y el hombre en el momento en que principió su carrera. Abarcará la segunda, las campañas militares desde el día en que recibió el bautismo de fuego á las órdenes de Miranda, hasta el momento en que despojándose de la suprema autoridad militar en Venezuela, principió en Cartagena su carrera administrativa. Incluirá la tercera toda la labor del constituyente y consejero de 1830, la del diplomático y por fin la del estadista, llamado en dos períodos constitucionales á regir los destinos de la nación. La cuarta y última estará dedicada al proscrito y al moderador, hasta el día en que sustrayéndose por debilidad patriótica al reposo y preparación para una muerte próxima, aceptó en época por demás azarosa funciones públicas, cuyo desempeño hubo de amargar cruelmente las postrimerias de su vida.

A esta división del trabajo debemos añadir unas pocas reflexiones que den idea siquiera sea breve, del criterio general y de los métodos con los cuales habremos de tratar el asunto y cada una de sus partes.

Principiaremos nuestra investigación por la raza, el medio social y el medio físico respectivo, pero sin dar a estos factores, por otra parte muy importantes, la preponderancia casi absoluta que el sentido crítico de cierta escuela hoy muy en boga les atribuye generalmente y a poder de la cual, el hombre, aunque actor principal de los acontecimientos, en su calidad de ser pensante y libre, desaparece del drama de la historia ó cuando más figura en él como ciego instrumento de inexorable fatalidad, á semejanza del Edipo de la tragedia antigua. Lejos de adherirnos á un criterio que tiende á suprimir así el alma de la historia y hace de ésta un simple proceso de fuerzas físicas en constante lucha las unas contra las otras, es nuestro sentir, que la raza y el medio social no representan privilegios naturales de ningún linaje, sino que son simplemente estados de desarrollo varios, procedentes de una educación más ó menos propicia al desenvolvimiento de las facultades propias de todos y cada uno de los individuos de nuestra especie. Sacada de esta fuente la superioridad de aquellos elementos, es incontestable en la realidad de los he-

chos como en la filosofía de la historia, pero resultando ser así obra del libre albedrío, no dá á los fuertes derecho de ejercer altanera preponderancia sobre los débiles, y por el contrario les impone aquella mayor responsabilidad que siempre corresponde á un mayor poder. Creemos con uno de los grandes filósofos y apóstoles del cristianismo en el siglo cuarto, que en el fondo de las cosas humanas ha existido, existe y existirá siempre cierta cantidad de bien como dote natural de nuestra especie, cuyo aumento ó disminución constituye en definitiva la historia de todas las civilizaciones que el mundo ha conocido hasta el presente día. Todas las comunidades humanas extendidas, sobre la haz de la tierra, participan de ese bien, y tienen derecho á gozar de él y á desarrollarlo por su propio esfuerzo, sean cuales fueren por otra parte las diferencias accidentales de la respectiva comunidad y del territorio en que ella habita. Un criterio distinto de éste, nos inhabilitaría seguramente para escribir la historia de los emancipadores de nuestra América, pues nos veríamos obligados caso de emprender la tarea, no sólo á invalidar la herencia que nos legaron esos hombres ilustres, sino á exhibirlos como otros tantos insensatos ó peligrosos soñadores, que derramaron torrentes de sangre y paralizaron por largos años, la obra del trabajo y de la producción, indispensable á la vitalidad de nuestra especie, á trueque de conquistar derechos para razas no sólo incapaces de ejercerlos, sino condenadas por inferioridad orgánica irremisible á desaparecer del conjunto humano.

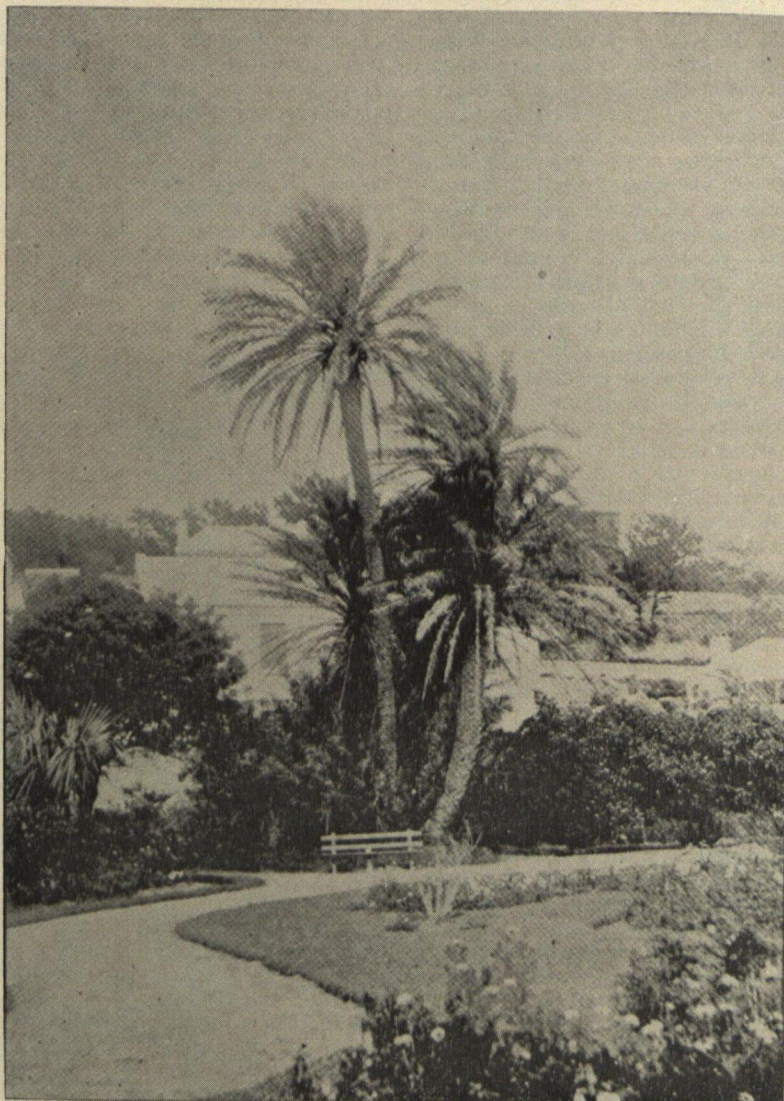
Por otra parte el progreso científico al cual se refieren para sacar autoridad en favor de sus teorías los modernos preconizadores del antiguo fatalismo, no marcha realmente en esta dirección y aun cuando así fuera aquella de sus investigaciones que pudieron parecer encaminadas á tal fin, no nos han dado todavía el grado de certidumbre que es necesario para prescindir en la atmósfera de la historia de la dinámica moral que rige y pondera las fuerzas de este organismo.

Bien al contrario, en los mismos trabajos históricos en que aparece dominando un criterio fatalista, encontramos testimonios numerosos que contradicen esta tendencia. Razas en un tiempo oscuras, algunas de ellas profundamente degradadas, reaparecen, no obstante, en la marcha de la civilización y ocupan en ella los primeros puestos. Otras á la inversa sufren eclipses ó se arrastran paralizadas por dolencias al parecer incurables. La poderosa Inglaterra de nuestros días es la misma de la guerra de las dos rosas. La Francia que en menos de treinta años se ha levantado del mayor de los desastres que registran los anales modernos, es la misma Francia que la historia nos presenta anarquizada y mutilada bajo el reinado de Carlos VI, á punto de desaparecer como nación bajo el cetro del último Valois, y debatiéndose en epilepsia revolucionaria á fines del siglo pasado. Los Magdyares, raza la más bella y de mayor poder moral entre las que rige el cetro de los Hapsburgos, era en el siglo VIII una raza abyecta, de formas procénicas á la cual el criterio de la moderna escuela histórica, seguramente habría augurado los más tristes destinos. La

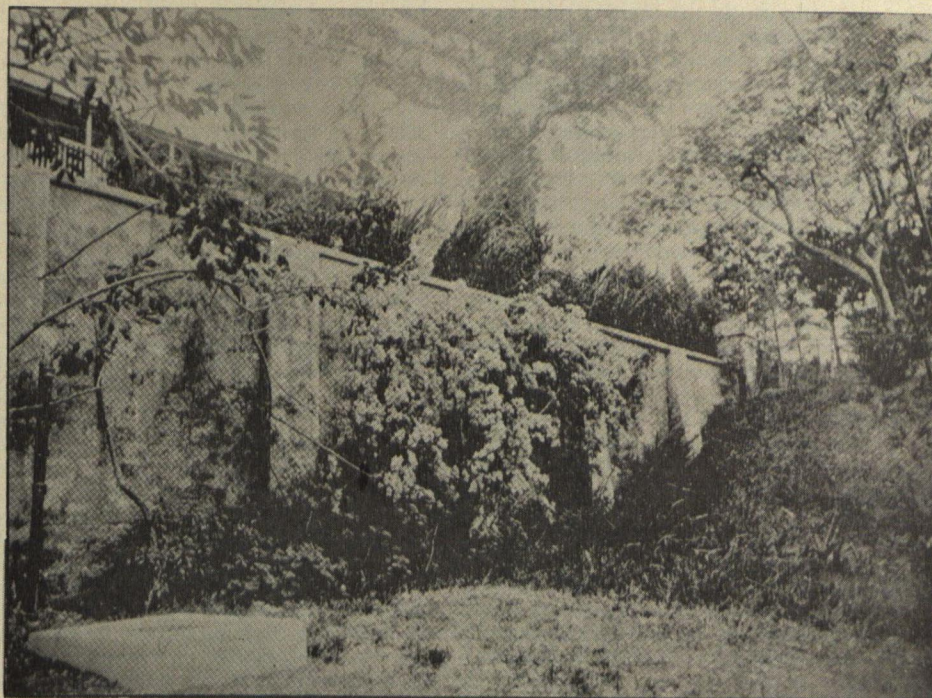
gente española á quien vuelve á aplicarse en estos momentos el *finis Hispania* de otras épocas, es sin embargo la misma que después del congreso de Nimega donde se decidió, sin consultarle de sus destinos, asombró á la Europa, venciendo al lado de Felipe de Borbón la poderosa coalición de austriacos, ingleses, portugueses y alemanes que intentaron sancionar definitivamente aquel ultraje; la misma que, objeto de conmiseración y lástima universal, salió no obstante del palacio donde sus reyes rivalizaban en bajeza y miedo á pelear heroicamente contra el coloso usurpador por su independencia y la de toda la Europa. Cuidémonos de menospreciar demasiado al lazzaroni de los suburbios de Nápoles, y al siciliano que se alimenta, sin mayor trabajo de pescado é higos, pues nadie podrá asegurarnos que no nos hallamos en presencia del descendiente de un Temistocles ó de alguno de los capitanes que acompañaron á Alejandro en la conquista del Asia, y que las energías que fueron capaces de crear tales hombres y realizar semejantes hazañas, se han extinguido para siempre.

El mismo Maquiavelo, impasible analista de los hechos, para quien las fuerzas morales fueron siempre meras abstracciones indignas de ocupar su mente, profesó, no obstante un concepto de las cosas humanas que bien pudiera oponerse al fatalismo pseudo-científico de la escuela que pretende reducir la Historia á un simple curso de ciencias físicas y naturales. El negó la progresión del bien, pero no el bien mismo, como viático para todos los miembros de nuestro linaje. A la pregunta de si el mundo era en su época mejor ó peor que en las anteriores, contestó afirmando que las cosas habían sido y serían siempre iguales. La buena fortuna cambia constantemente pero el fondo es el mismo: entre las naciones como entre los Estados prevalecen unos mismos deseos y unos mismos sentimientos. Los hombres han trillado y trillarán siempre iguales caminos, y si estudian diligentemente lo pasado verán con claridad lo porvenir. Las cosas continuarán siendo lo que han sido, del propio modo que en concepto de los físicos modernos ninguna transformación física ó química es capaz de cambiar la naturaleza y el peso de la materia. Todo lo cual se resume, según el pensador Florentino en la integridad de una misma porción de bien y de mal, sólo que estos elementos sufren ó decrecen con los cambios y los usos de la sociedad, sin más diferencia que la de concentrar diversamente su poder, primero entre los Asirios y los Medas, luego en Persia y más tarde en Roma y en la Italia.

Mas como quiera que no es nuestro propósito desarrollar aquí estas consideraciones á la medida de la importancia del tema, ponemos punto á la anterior breve pero inequívoca declaración de nuestro criterio histórico, mas no sin advertir la doble oportunidad con que la marcan el objeto de este trabajo y la naturaleza de las circunstancias en medio de las cuales lo emprendemos. El autor de él cuenta entre los escasos honores de su oscura carrera, el de haber conocido y tratado á muchos de los fundadores de la independencia hispano-americana que sobrevivieron hasta hace poco al magno esfuerzo y á las pruebas por demás dolorosas de los primeros en-



BERMUDA: Parque de St. Georges



BERMUDA: Vista tomada en un jardín

sayos, López, Velez, Ortega, Herran, Paris, Mantilla, Mosquera, Barriga, Posada, Mendoza, Briceño y Espina en Colombia; Páez, Soublette, Blanco, Monagas, Silva, Briceño, Paredes y Valero en Venezuela; La Fuente, Vigil Mariategui y Grueso en el Perú; Godoy en Chile. Todos conservaron intacta la fe que los animara en sus primeros días, no sólo respecto de su derecho, sino también y muy principalmente en cuanto al final buen éxito de su obra. Ninguno llegó a pensar sino como achaque de pasajero histerismo, que había arado en el mar, por lo cual cuando en 61 y 64 banderas extranjeras llegaron a Méjico y al Pacífico con programas de intervención y de conquista, ninguno encontró fallas sus fuerzas morales para el caso de que fuese necesario acudir á la común defensa.

¿Cómo levantar á estos hombres la estatua á que son acreedores en la galería de la historia sin la base de fe y de confianza que ellos mismos le pusieron con sus hechos? Siendo como es su propia historia la mayor de las fuerzas que un pueblo puede y debe emplear para su defensa, ¿cómo debilitarla y aportarillar las poderosas murallas que ella levanta, aceptando criterios de duda ó de desmayo que ponen en contradicción la vitalidad de la obra con el esfuerzo y la previsión de los que fueron principales operarios de ésta?

La familia hispano-americana se halla hoy abocada á una crisis de gravísimo carácter, de cuyo desenlace dependerá seguramente que ella pierda ó conserve y desarrolle progresivamente la autonomía política de sus presentes agrupaciones nacionales. Al norte de este continente un pueblo que comparte con sus abolegos del otro lado del Atlántico la ambición avasalladora y demás facultades de análogo carácter, propias de su raza, declara sin mayores reservas, botín de conquista los resultados fácilmente adquiridos de la victoria que sus milicias fueron á disputar á las de España en Cuba, Puerto Rico y Filipinas. La guerra que se dijo era emprendida en nombre de la humanidad y para la redención política de aquellos pueblos, resulta ser así obra de mal encubierta codicia que ahora se pretende legitimar en nombre del mismo criterio pseudo-científico que no es en su esencia sino una cínica apoteosis de la fuerza. Cuantos aplaudieron generosamente engañados la intervención norte americana, saben ya á que atenerse y guardan silencio. Pero la rectificación del error no ha de fiarse sólo á ese silencio ó á tardías malhayas. Partícipes de la generosa sangre latina, y nutridos en las ideas de fraternidad universal características de los pueblos que en la terminología ordinaria solemos agrupar y cubrir con aquel solo nombre, tócanos á los hispano-americanos rememorar nuestros fastos y constituir nuestra naciente historia, afirmando en oposición á la tesis anglo-sajona la intangibilidad del derecho humano en todas las razas y bajo todas las zonas.

No entra por lo demás en los planes á que habrá de ajustarse este trabajo recargar la parte narrativa de él con la minucia de cuantos hechos é incidentes alimentan secundariamente la historia biográfica. Por lo que hace á la época de la guerra, esa tarea á más de enfadosa y en parte al menos de simple repetición,

se compadecería muy poco con el carácter sintético y directivo que resalta en la carrera militar del personaje. Dicho está que Soublette no fue sino ocasionalmente y en los primeros años de la lucha un paladín y un oficial de fila. Su papel no se acentúa hasta revestir verdadera importancia histórica, sino á contar desde el día en que la guerra deja de ser acopio al mismo tiempo que desgaste de fuerzas que resisten heroicamente pero sin mayor plan ni concierto, para convertirse en instrumento de una vasta combinación política, que abarca la independencia de varios pueblos y la organización de otros tantos Estados. Sin mutilar indebidamente su hoja de servicios, sólo nos detendremos en las tres empresas cuyo desempeño nos da una idea exacta de sus peculiares aptitudes. La de la invasión de Ocumare de la cual fue el alma y el brazo, según testimonios irrecusables; la de la campaña de 1819, en la que le tocó desempeñar las funciones de Jefe de Estado Mayor General, que debían ponerlo en inmediato contacto con las poblaciones de un país ávido de afianzar su independencia, pero poco acostumbrado á los sacrificios y penalidades que comporta la guerra; y finalmente la poderosa diversión militar que arrancando de las orillas del Orinoco debía amagar el centro de Venezuela y cooperar al buen éxito de la campaña de Carabobo.

Habremos de estudiar al hombre público y particularmente al gobernante en circunstancias que fueron las más á propósito para poner á prueba su carácter y la naturaleza de sus principios, como que durante ellas, las pasiones políticas violentamente desencadenadas hablaron más alto que la razón y aspiraron á sobreponerse á la autoridad de las leyes de que él era supremo depositario. Tiempos turbados y difíciles los cuales en el osario mismo de las cosas que fueron, conservan todavía la candente atmósfera engendradora de las faltas y crímenes que los manchan. Penetraremos, no obstante en esa atmósfera con ánimo sereno, explicaremos las pasiones sin removerlas y no nos abanderizaremos. Para lograr esto último bastará que no llevemos al campo de la historia el vulgarismo y extravíador criterio de la polémica diaria, dirigida á desconocer el derecho de existencia de los partidos ó cuando menos á monopolizar en favor de aquel en cuyo nombre se habla el acierto y el patriotismo, á atribuir al contrario todos los errores y todas las faltas, á desconocer en una palabra la coexistencia pacífica y la acción alternada de esos partidos, como si fuese posible sin tales elementos un régimen de opinión y de gobierno libre. Ni aun cuando lo quisiésemos podríamos emplear semejante criterio, pues el hombre cuya vida vamos á narrar se distinguió muy particularmente por su genial desapego al espíritu de facción y bandera, no habiendo sido jamás, ni como ciudadano ni como gobernante, hombre de partido en el sentido ordinario de esta clasificación, por lo cual la tarea de reconstituir su figura histórica, habrá de reducirse en gran parte á rescatar su nombre y su memoria, como el cadáver de Patroclo, de manos de las facciones que se lo disputan, cuál como trofeo de sus victorias, cuál como presa de sus méritos. Soublette no perteneció sino á la patria y á la legalidad constituida en

nombre de diversas doctrinas y principios por el voto de sus conciudadanos, carácter éste que impone á los biógrafos la equidad como criterio y el juicio de las ideas antes que el de los hombres como método de esclarecimiento. Haremos cuanto de nosotros dependa para no faltar al doble compromiso.

Juzgamos que lo expuesto hasta aquí, basta para dar una idea clara de la naturaleza del trabajo histórico que nos proponemos ejecutar. El no sera, pues, una apología; tampoco un alegato de sistemática defensa. Bien al contrario, vigiaremos cuidadosamente los sentimientos de respeto y admiración personal que el hombre nos inspiró en el trato íntimo y que después de su muerte conservamos intactos, á efecto de impedir que ellos nos arrastren á dar á su figura histórica las proporciones ambiciosas que son como el rasgo distintivo de nuestra fastuosa literatura biográfica, rasgo por otra parte muy á propósito para hacer más notable la diferencia que existe entre la natural pequeñez de nuestras cosas y las facultades extraordinarias, casi sobrehumanas, que con singular hinchazón de concepto y de estilo gustamos atribuir á nuestros hombres. Soublette no es uno de esos semidioses, obra de la fantasía ó legado de la adulación con que algunos escritores se complacen en poblar las galerías de nuestra naciente historia. No es siquiera un grande hombre, tal cual entienden y admiran este tipo, las más de las gentes. En la tela de su vida hallaremos sin duda oro y rica pedería, pero también el bajo metal de la aleación humana: errores, faltas, desfallecimientos, debilidades, por dicha ningún crimen. Fundidos no obstante, todos estos materiales en el crisol de un juicio histórico equitativo, quedará como no tardaremos en verlo un precioso residuo de virtudes públicas y de altas capacidades digno de ser conservado en la historia como propiedad de nuestra América y como ejemplo y enseñanza para las nuevas generaciones.

Un atento observador del carácter y costumbre de las naciones indianas que la raza anglo-sajona extermina friamente en el Oeste de la Unión Americana refiere en un escrito recientemente impreso, que invitado un individuo de la tribu Cheyena á recitar una de sus sagradas tradiciones, después de imponer sus manos en dirección al sol y de pasarlas por su cuerpo cual si quisiese penetrarlo con los rayos luminosos del astro, rompió su discurso con esta invocación: "Oh tú sabio que habitas en lo alto, ¡escucha! Tierra, ¡escucha! vosotros todos poderes espirituales escuchad, tened piedad de mí y ayudadme. Voy á hablar á este hombre y á contarle una historia de los tiempos antiguos á hablarle de las cosas santas que existieron hace ya largo tiempo. Ayudadme á hablarle bien, vigiladme é impedid que yo mienta, haced que yo le relate las cosas exactamente como ellas fueron; escuchadme con cuidado y alertadme á decir con sencillez la verdad."

Hacemos nuestra esta invocación del indiano para poner al amparo de la verdad, de la sencillez y de la rectitud de juicio, el relato histórico á que se refiere este prefacio.

CRONICA CIENTÍFICA

TRATAMIENTO DE LA PEREZA

Infinitamente dignas de interés y de lástima son esa categoría de almas débiles, llamadas vulgarmente perezosos.

En todas las profesiones, manuales ó liberales, es abundante el número de los indiferentes y de los tibios, de los tardíos y de los indolentes.

Desde los bancos de la escuela hasta los más elevados puestos de la magistratura, vemos diariamente hombres de gran inteligencia que prometían grandes esperanzas, detenerse en mitad de su carrera, ó por decirlo así abortar, sin haber podido utilizarse á sí mismos, ni realizar ninguna idea.

Esta cuestión de interés general pide á gritos una solución, la aplicación de una moral de acuerdo con las necesidades del tiempo.

Los especialistas del sistema nervioso, no satisfechos con haber creado una psicología moderna, llegarán también á instituir una terapéutica para las enfermedades de alma descritas y clasificadas por ellos.

Del mismo modo que un médico ordinario practica el tratamiento de las enfermedades del corazón y del pulmón, ellos pondrán en práctica el tratamiento de ese órgano, donde lo físico repercute sobre lo moral.

Amar sin mucho sufrimiento y trabajar sin mucho desfallecimiento es lo que falta á los hombres por aprender.

Esta nueva enseñanza no se limitará á emitir con más ó menos elocuencia, preceptos ingeniosos ó máximas saludables, lejos de sí la idea de suscitar querellas metafísicas ó disputar sobre los fines últimos; ella será esencialmente práctica, indicará el remedio y enseñará minuciosamente la manera de servirse de él. Esa será su parte de moral, la moral pequeña al lado de la moral grande.

Escribirá obras destinadas á transmitir á los especialistas del porvenir, la relación de sus más recientes conquistas. Pero antes que todo ella será esencialmente *clínica*; se dedicará á una sola enfermedad—en el momento actual la pereza—se dirigirá al hombre inteligente, que se gasta y se anula, para vigorizar sus fuerzas y dirigirlas con esfuerzo continuo á un fin determinado.

La moral de los médicos será, pues, individual, y la condición necesaria para su realización será que el enfermo consienta en dejarse cuidar.

No tardarán en aparecer médicos especialistas para el alma; ya los hay. Un médico de neurosis será al mismo tiempo un buen higienista de las almas, no siendo las neurosis otra cosa que malos hábitos de la actividad cerebral.

Es raro que la pereza sea un fenómeno aislado; esta impotencia de querer va

acompañada de otros síntomas. En la mayoría de los casos los perezosos adultos, los que podrían llamarse «de voluntad retardada» son al mismo tiempo de «nutrición retardada», para emplear la expresión clásica de M. Bouchard, dispepticos ó neurópatas.

Estos ocurren al médico para tratarse su dilatación de estómago ó su neurastenia y después de dos ó tres meses de tratamiento apropiado salen igualmente curados de la atonía de la voluntad.

En cuanto á los que no sufren, sino

En verdad que esta higiene superior propuesta en estas líneas, no se ejercerá con eficacia, sino en el seno de la confianza, en el gabinete de consulta de un especialista, lo cual no pasaría de ser una confesión laica, sin prestigio y sin poesía, ante el tribunal de un sacerdote que recibe dinero por sus consultas, que no lleva el hábito imponente, que no se vanagloria de representar á Dios, ni ha recibido de él la sublime misión de «atar y desatar.»

Reflexionando se comprende la magnitud de ese sacramento; pero puede argüirse sin embargo que todo el mundo no tiene la misma fe; que es necesario una moral para los que no creen en las llamas del infierno ni en las remuneraciones del cielo.

El confesor enseña el buen camino, cita un texto del Evangelio, promete el paraíso y dice:

«Id en paz, hijo mío, no pequéis más.»

Esto no siempre basta para transformar un alma.

Además, es necesario decirlo, al sacerdote católico lo alarma mucho más el pecado por orgullo ó por impureza, que las faltas por indolencia; aconseja la humildad y no comprende, sino difícilmente, la ambición individual quien ha hecho voto de pobreza. Para él la patria no existe. La moral cristiana más busca elegidos para el cielo que forma luchadores robustos y valientes para la lucha de esta vida.

Es necesario, pues, prepararnos para el combate, esgrimir armas que nos permitan querer con valor y perseverancia, so pena de vernos devorar algún día, los latinos, por las razas de espíritu práctico, de ideales terrestres, de esperanzas inmediatas.

A este respecto el doctor M. de Fleury, se expresa en los siguientes términos:

«Llegará un día en que surgirá un médico probo é inteligente, suficientemente apóstol para no temer al ridículo, suficientemente autorizado por la nobleza de su vida y el mérito de sus trabajos, para pretender la suprema dignidad de moralista. Si conoce bien el corazón humano, el porvenir será de él. Lo mismo que un Marcel Desprez disciplina las fuerzas, perdidas en el espacio, y de la naturaleza ciega, de las cascadas y de las mareas, así mismo el buen moralista podrá duplicar quizás la suma de energía voluntaria y de vigor moral de cada uno.»

«Si hay alguna moral capaz de satisfacer las necesidades del eclecticismo moderno, será sin duda alguna, esa, que sin oponerse á la moral cristiana antes bien la complementa, ayudándola en los que han perdido la fe ó la fuerza de saber utilizarla.»

Las veces que se ha manifestado la esperanza de una moral nueva, capaz de



MALAS NOTICIAS

más bien gozan, con su pereza, y cuya felicidad consiste en no hacer nada, no hay que tratarlos; sería un error quererlos sacar de su bienhechora apatía; porque además, si todos fueran enérgicos en el mismo grado, la lucha por la vida sería imposible. Esas almas son incurables, porque son almas que no tienen remordimientos; los que no sienten malestar, los que no sufren, no desean nunca curarse.

Pero ¡cuantos otros viven torturados por su propia debilidad! ¡cómo padecen ante el temor de no llegar nunca al fin propuesto!

Estos son enfermos simpáticos; y son éstos precisamente los que pueden salvarse, porque su sensibilidad les revela su propio mal; porque el dolor que sienten es demasiado agudo para no desear la curación, y su humildad muy grande para no solicitar auxilio.

Pero surge una objeción formulada por el novelista Bourget de un modo tan encantador como injusto, cuando dijo que el ideal del médico había sido siempre «sustituir el Evangelio con una caja de píldoras.»

tonificar las voluntades débiles y de luchar victoriosamente contra la indolencia humana, no ha faltado quien conteste:

«Pero la pereza es, por su definición misma, el más incurable de los males, y el único remedio que podría aplicársele es el trabajo, y precisamente es el trabajo de lo que los perezosos son incapaces»....

Paradoja fácil de reputar, pero que puede revestir la apariencia de un argumento más serio. Taine creía, y muchos fisiólogos todavía lo creen, que la célula cerebral, comprendido el temperamento que en ella se encarna, ó de otro modo, el alma humana, es cosa, inmutable y fatal, que ninguna fuerza humana podría hacer mejor ó peor. Pero esta es una doctrina frecuentemente desmentida por la realidad, doctrina que bastaría para derribarla el hecho incontestable de que la mayor parte de los perezosos

no lo son en todos los momentos, y que la voluntad de la mayoría de los hombres tiene oscilaciones, en todo comparables á las de un manómetro de mercurio.

Consideremos los perezosos como lo que son, es decir neurópatas, y las neurósís también como lo que son, malos hábitos de la actividad cerebral.

Hay que admitir una numerosa categoría de indiferentes, de insensibles, sobre quienes nada influye; estos están perdidos y su suerte no interesa porque no sufren. Pero los perezosos que tienen remordimientos, los intermitentes, sobre todo, son susceptibles de curarse ó de mejorarse notablemente. Esta es la categoría de aquellos que esperan la inspiración para trabajar, la inspiración, es decir la facultad que en ciertos momentos poseemos, de realizar naturalmente nuestro pensamiento, sin esfuerzo, en toda la plenitud de nuestra potencia de espíritu. Podría compararse á esos vagabundos de las estaciones de ferrocarril, que tienen por oficio correr detrás de los coches de los viajeros para cargar los bultos; permanecen ociosos todo el día, pero pasa un coche cargado de baúles y todos, ante la posibilidad de ganar algunos centavos, corren á veces de un extremo á otro de la ciudad jadeantes, sudorosos.

Los perezosos de las profesiones liberales son muy parecidos; son capaces de grandes esfuerzos momentáneos, separados por largos intervalos de improductividad, de inactividad cerebral. Permanecen ociosos haciendo proyectos, esperando que la inspiración descienda sobre ellos, ó que la necesidad del dinero los impulse á obrar. De tiempo en tiempo son capaces de un esfuerzo de algunos instantes; este es el momento de curarlos.

Por supuesto que no se trata de hacer trabajar siempre á quien no ha trabajado nunca, sino de encargarlo de una la-

gran neurasténico ocupa lugar importante en la historia del espíritu humano.

Goeth, el olímpico, no podía trabajar sino pocas horas al día.

El ejemplo de Darwin es todavía más elocuente.

Este filósofo que ha cambiado el aspecto de la ciencia y propuesto al hombre una de las más bellas concepciones sintéticas del universo, este investigador, cuyas observaciones personales son gigantescas, tenía un espíritu lento, una memoria confusa, tan poco activa que le fue imposible siempre retener un verso ó un nombre propio más de uno ó dos días.

Desposeído de imaginación, confesaba, con su incomparable y sincera modestia, no tener el sentido crítico suficiente para poder juzgar una obra que fuera suya.

Sufría sin cesar, siempre cansado; tanto en invierno como en estío, habitaba en el campo, y la fatiga lo aniquilaba tan pronto que se le prohibía



Napoleón dictando sus órdenes al General Berthier. — Cuadro de Meunier

bor regular, moderada, sin fatiga, suprimiendo esos raptos intermitentes que agotan la energía cerebral, sin producir mayores resultados. Esto es muy realizable puesto que las transformaciones de la fuerza humana obedecen á las mismas leyes que las transformaciones de la fuerza física.

Muchos grandes hombres tratan de disminuir la importancia de los dones recibidos por la naturaleza para aumentar el mérito de haber triunfado de su debilidad original. En efecto; cuántos hombres ilustres han existido que fueron en su infancia pésimos estudiantes.

Alfieri, el dramaturgo italiano, era tan perezoso que se hacía atar á la mesa de trabajo para verse constreñido á redactar, á realizar en palabras escritas, definitivas, las concepciones de su espíritu, pronto en imaginar, pero excesivamente lento en el trabajo.

Refiere Rousseau en sus Confesiones que durante largos días no podía pensar ni dictar sino acostado. Al ponerse de pie su cerebro se anemiaba, se oscurecía su memoria y le era imposible fijar su atención y encadenar sus ideas.

Por más que su vida no haya sido un modelo de dignidad moral, como la concebimos en las postrimerías de este siglo, no puede dejar de reconocerse que ese

recibir sus amigos.

Sólo una hora al día trabajaba con vigor, de ocho á nueve de la mañana, luego entraba en familia y se hacía leer los periódicos ó una página de una novela; á las diez y media volvía á su laboratorio, donde permanecía hasta mediodía; hasta allá alcanzaba el límite extremo de sus fuerzas.

Pocos hombres han sido tan débiles y pocos hombres han realizado una labor más considerable. Admirable poder de una idea dominante en un cerebro de mediana vitalidad.

Los perezosos se quejan justamente de fatigarse pronto, de no poder fijar largo tiempo la atención sobre el mismo asunto; de este agotamiento de la voluntad, de esta parálisis de la voluntad sufría también Darwin.

Pero este neurópata genial había comprendido por instinto el bien que podía sacarse de estas miserias. Cambiar sus defectos en virtudes, sustituir la atención voluntaria de que son incapaces por la atención involuntaria.

Todos cuantos conocieron á Balzac, entre ellos Teófilo Gautier, referían que muy á menudo confesaba con placer su gusto original por la pereza y el trabajo que á veces le costaba vencer ese enemigo.



CADIZ. — Puerto de Santa María

De todos los grandes trabajadores de la época actual, ninguno suministra documentos más preciosos que Emilio Zola, no como el más perfecto, sino simplemente, como el más potente, el menos gastado de los escritores contemporáneos.

Este gran trabajador ama el reposo, y sólo piensa en el momento en que concluida su tarea pueda abandonarse, sin remordimientos, á las delicias de no hacer nada.

La naturaleza no ha sido pródiga con él.

El mismo confiesa haber sentido desfallecer su voluntad.

Zola no puede trabajar más de tres horas en las veinticuatro; jamás ha podido prolongar sus esfuerzos por más tiempo. Esta es la potencia del cerebro más poderoso, en el dominio literario, á fines del siglo.

La relación de estos datos de historia literaria no serán la mejor lección de esperanza que pueda darse á los que se sienten débiles y desesperan de su voluntad.

Conclusión: Cualquiera á quien atormenten los remordimientos de su pereza, tiene en la mano el remedio contra su propia pereza.

Para levantar las fuerzas que decaen, para luchar contra la fatiga, hay tónicos del sistema nervioso, para suplir la falta de energía voluntaria y de perseverancia.

Aquí podemos, para terminar, citar la siguiente fórmula:

El pesimismo, la idea de que la suma

de los males es mayor que la de los bienes se encuentra habitualmente en el hombre civilizado en razón directa de sus conocimientos y de las sensaciones de arte acumuladas en su cerebro, y en razón inversa del trabajo intelectual realizado.

ELÍAS TORO.

EL TENDERO (DEPENDIENTE)

Comienza su "carrera" en calidad de meritorio; y sin saber por donde van tablas en materia de trapos.

La escoba es el primer instrumento comercial que se le confía.

Transcurren los años.

Un día lo llama el dueño de la tienda para decirle, solemnemente:—"Fulano, desde este mes ganará usted quince pesos." Y el pobre joven tiene que agarrarse al escritorio para no caer de espaldas. Sale de la canastilla con el corazón henchido de gozo, y con ganas de tirar cohetes.

Desde entonces comienza á sufrir mejoras anuales, hasta llegar á cincuenta pesos de sueldo.

Y es en esta cima de su "carrera" que quiere presentarlo á ustedes.

Su existencia se desliza tranquila y feliz entre el mostrador y las armaduras. En esos pocos metros de terreno realiza proezas. No necesita más; ni tiene noticia de otros horizontes, ni le hace falta.

Ustedes lo habrán visto, muy de mañana, á la hora en que los isleños y las vacas de leche se enseñorean de las

calles de la capital, atravesar éstas presuroso, camino de la tienda.

Su contracción, su actividad, su celo por la prosperidad de la casa, sólo puede apreciarse en el mostrador de la misma.

—¿Abanicos?—Aquí los tiene usted—¿Sombrillas?—Voy por ellas—¿Cintas? Ya va usted á verlas todas.

Nunca se sienta. Sentado perdería una de las particularidades que más lo distinguen. Para él no hay más sillas que las de su casa, las de la Plaza Bolívar (los domingos) y la que le asignen en el prometido reino celestial entre los bienaventurados de primera fila.

Sus piernas son de acero.

Baja, sube, vuelve á bajar, y torna á subir, llevando sobre sus hombros lotes de tres, cuatro y cinco piezas de tela, sin proferir una palabra que no sea de la más alta escuela tenderil.

—No se moleste usted.

—No es molestia, señora, contesta él. Por usted revolvería yo, con gusto toda la casa.

Atiende á varias compradoras á la vez, sonriendo á todas, con amabilidad pareja; preguntando á otras, en tono de arrullo, á tiempo que hace correr la tela sobre la vara de medir:—¿Qué otra cosa?

Consustanciando con el dueño de la tienda, habla por los dos:

—¿Simpático? Lo tenemos magnífico.

—¿Y muselina de pintas?

—Debe llegarnos por este vapor.

—Conque ¿no me baja nada en la lana?



CADIZ. — Plaza de abastos y torre de Tavira.

—No podemos. En ese artículo estamos perdiendo.

Trabaja mucho, es verdad. Sus fatigas cotidianas duran hasta que, cerrada la tienda, se entra á acomodar las cajas y perendengues que fueron traspuestos durante las horas del despacho.

Pero, en cambio ; cuántas satisfacciones legítimas ! Agua de rosas es para él que uno de los compañeros que le quedan debajo en la gerarquía del mostrador, le diga delante de varias personas:—“Oye, Fulano ; ¿se puede dar este percal á tanto ?”

¿Y la dulce fruición que le produce la compradora que pregunta por él ?

—¿Nó está aquí Fulano ?

—Ya viene, señorita.

—Bueno ; yo lo espero.

¿Y las consultas ? Yo las callaría en obsequio de su modestia ; pero no quiero defraudar al lector.

—¿Qué le parece ? le pregunta una agraciada dama. ¿Qué le parece la combinación de este rosado con este negro ?

—Perfectamente, Luisita, (ó Rosita, ó Anita. Porque con todas tiene confianza. Y esta es otra ganga suya). Perfectamente. Y si le ponemos este encaje crema . . .

—¿Sí ?

—Ya lo creo. Eso es lo “último ;” lo chic. ¿No vió usted el traje que tenía el domingo, en “la plaza” Perencejita de tal ?

—Ciertamente. Tiene usted razón.

¡ Oh, joven, feliz !

—Fulano ; dóbleme este “corte,” con

gracia—Fulano ; búsqueme un adorno á su gusto para este sombrero—Fulano ; hágamele el lazo á este regalito.

Yo te admiro ¡ oh, joven ! y te envidio.

Te envidio en los paseos públicos, cuando te saludan sonreídas tus bellas marchantes ; te envidio en el teatro, por el mismo motivo.

Y no te envidio en más ninguna parte, fuera de la tienda, porque en ninguna otra te encuentro. Salvo los templos, y sus plazoletas.

Yo quisiera ser tú, con los medios domingos de que disfrutas en los trescientos sesenta y cinco días del año ; con tu flux dominguero, tu bonita corbata (al costo) tus regios pañuelos, tus extractos, y los cinco pesos que te echas al bolsillo los días feriados, para “la corrida,” si la hay, tu hora de coche (vespertina) tus dos tandas, y tu chocolate de casa de Fullié.

Quisiera para mí, por dudoso que él sea, tu porvenir, que consiste en establecerte por tu cuenta, y publicar este aviso, ú otro parecido:—“LA GAVIOTA—Fulano y C^a—Telas preciosas—Artículos de última moda—Todo baratísimo.

Díos te lo conceda.

JABINO.

MARMOL GRIEGO

Brilla en su rostro de Hebe la juventud eterna de las diosas, y matiza su carne como nieve la sangre de las venas de las rosas.

Ajenos á la queja, en sus labios de adelfas en capullo

la voz mundana solamente deja ternuras semejantes al arrullo.

Su imagen que fulgura no inspira al alma tentador empeño, pues recorre su cándida hermosura la placidez radiosa del ensueño.

En sus dulces pupilas, asilo de las sombras encantadas, reposan inocentes y tranquilas, como negras palomas, las miradas.

Es negra su corona, y en relucientes ondas el cabello con oscuros anillos aprisiona, como serpientes de ébano, su cuello.

Su aliento adormecido hinche su seno en curvaturas suaves como esponjan, ocultas en el nido, el dorso blando voluptuosas aves.

El beso que convida con ardiente placer al alma loca en ignorada languidez anida, como inerte crisálida, en su boca.

Bajo puro destello, su noble encanto de mujer encierra la fría pesadumbre de lo bello que no fecunda el soplo de la tierra.

Mas tiene delicada el ímpetu de fuerza contenida que al conjuro tenaz de la mirada hace en el mármol palpar la vida.

Es para el alma ansiosa, al amor avezada y al desvelo, hermosura que sueña y que reposa con los sagrados éxtasis del cielo.

Así por modos raros llevar parece entre sencillas galas sobre su torso helénico de Paros el estímulo incierto de las alas.

Pero aun así perdida deja en las almas que sujeta el suelo como una vaga sensación de vida con ternuras y ráfagas de anhelo.

JUSTO A. FACIO.

LAS CABELLERAS SEPULCRALES

Desde los primeros días de junio, inmóvil, silencioso, exangüe, con las mejillas hundidas, el mirar extraviado, las manos largas y escuálidas, permanecía horas y horas, en el balcón, sentado en su silla rodante, entre cojines blandos y muelles.

El mar, allá abajo, en la opulencia de la primavera moribunda, brillaba, resplandecía... La gran superficie azul, movida por el viento, tenía sobre cada ola un pétalo cándido. Parecía una pradera sembrada de lirios.

La mar, en el largo crepúsculo, sollozaba sordamente. Pero de pronto, de su tersa lámina sonora, se levantó la voluptuosa armonía crepuscular. Primero, notas roncadas, profundas, misteriosas, como lamento de naufragos, como llanto de abismos, como gemido de órganos. Toda la superficie del mar temblaba y gemía. Después notas tersas, claras, ligeras, locas, límpidas, como trino de pájaros, como canto de sirenas, como vuelo de campanas, como gemido de fuentes, como risas de cristal. Todo lo débil, todo lo frágil, todo lo cristalino que guarda en su vientre el agua profunda, reía en el aire. Luego, un sollozo largo, monótono, inacabable, recorrió de un extremo al otro, hasta morir, la vasta pradera del agua, sonora y muelle.

En el encanto de la hora, Teresa, turbada por la armonía del mar, le gritó al parálítico:

—¡Leonardo! ¡Leonardo!
¡Escuchas! Es el agua que canta... es el agua que gime...
¡Escuchas!

Leonardo miraba el mar... De la orquesta del agua ni una sola nota había penetrado en su alma. Su mirada, como perdida, vagaba en el horizonte. Sus grandes pupilas verdes, muy abiertas, parecían dos esmeraldas enfermas. Y como todos los atacados de la médula, sus manos, temblorosas y pálidas, parecían deshojar en el aire una flor invisible...

Desde su estadía en el pueblo, el enfermo no había mejorado. Su convalecencia prometía ser larga, igual, inalterable. Ni el vaho salobre del mar, ni las fragancias primaverales, habían logrado despertar sus pobres nervios dormidos. ¡La milagrosa fuente vital se habría secado para siempre!

Hacía algún tiempo la sangre dormía en sus venas. Apagada, fría, muelle, como una agua inmóvil y muerta, quién sabe en qué profundos vasos sollozaba, recordando quizás, el luminoso vuelo de un día, el antiguo ímpetu creador. Y en verdad que su sangre había animado toda una belleza, dando vida ideal y vencedora al blanco mármol mórbido. Por virtud del milagro de su sangre, la arcilla, negra y ruín, se había hecho entre sus manos, luz y carne de su ensueño. Pero la estatua maravillosa había surgido? Leonardo creía que nó. De esta creencia había nacido en él una lucha entre el artista y el ideal. Y de esta lucha entre el artista impotente, y el ideal poderoso, germinadora de tanta flor de melancolía en tantas y tantas almas, había surgido en la de Leonardo el ansia de luchar y luchar sin descanso. El creía que el artista

en la lucha con el ideal debía combatir á toda hora, hasta coronar con el triunfo su ardimiento. Y le repugnaban y encendían en cólera los artistas mediocres, satisfechos de su obra. El no estaba satisfecho de la suya; él no veía en sus mármoles sino fugitivos relámpagos de su genio. Pero esta convicción, antes que desconsolarlo lo animaba cada vez más.

Estos vagos fragmentos de belleza, dispersos en su obra, le hacían pensar que sus manos

misma en que la vio en el teatro, bailar envuelta en el oro impalpable de sus cabellos, sueltos y largos. Y pensó que al fin se le ofrecía la cabellera soñada, larga, sedosa, fluida, moribunda, en cuyo raudal profuso, sus manos, sus brazos, su rostro, su cuerpo todo, se hundirían largo tiempo, largo tiempo, se bañarían horas y horas, para gozar largamente las caricias de aquella deliciosa y divina agua de oro.

Cada hilo de oro, cada hebra de luz, le decían á Leonardo mil frases de pasión, nuevas y extrañas. Cuando con el rostro hundido en la maravillosa cabellera de la bailarina, Leonardo veía de muy cerca los reflejos pálidos de sus cabellos, estos reflejos le hacían pensar en otros reflejos parecidos; en los reflejos de los trigos maduros, en los matices de las sedas antiguas, en el resplandor de los oros ocultos, y en el oro indeciso de los vinos muy viejos.

Pero ¿quién avivó en los nervios de Leonardo, aquella eflorescencia maldita de rosas voraces? ¿Quién despertó aquella simiente fatal oculta en la sangre del escultor? Porque la enfermedad se presentó un día, en la sombra, como fiera cautelosa. Primero fue una vaga tristeza, una melancolía sorda, una murria indescifrable. Leonardo pensaba que esta tristeza no era otra sino la tristeza y en este pesar, cada día, cada día, en el jardín de sus mejillas, las rosas de la salud se marchitaban y morían... Y á cada nueva aurora, una nueva rosa de salud se deshojaba lentamente!

Pero á poco, el descalabro de su cerebro tomó formas más crueles y evidentes. La enfermedad se reveló de pronto, ahogándole entre sus brazos de tumba.

Y era el cerebro, lleno de brumas pesadas, y era la memoria, confusa y torpe, y era la voluntad gastada y muerta. Y en medio á todo esto, las amargas noches de insomnio, largas como los crepúsculos de junio, en medio de los cuales lo asaltaban mil siniestras visiones. Rostros sardónicos, de mujeres y de hombres, con narices corvas como narices de judíos, con labios iluminados por sonrisas extrañas, ojos encendidos por miradas misteriosas, todos horribles, y sarcásticos, gesticulantes en la sombra. Y por sobre todas estas negras visiones, el terror á la muerte, á la imbecilidad, á la locura.....

Su cerebro se fatigaba. Para avivar la llama de su inteligencia, Leonardo recurrió á los excitantes: el alcohol, la morfina, el éter..... Pero las drogas funestas apresuraron el mal. Un día, cuando menos lo esperaba, cayó de pronto en la sombra profunda. Y desde entonces comenzó para Leonardo aquella vida terrible de horas grises, días largos, noches eternas, inmóvil, silencioso, pálido, con las mejillas hundidas, el mirar extraviado, las manos temblorosas y exangües, entre los blandos cojines de su silla rodante.



MUSA

Es su voz la amorosa serenata
De tierno ruiñeñor; en su mejilla
Se besan el armifio y la escarlata;
Su cuello de alabastro
Al germánico Cisne diara enojos;
Semejan sus cabellos
Espirales de ébano bruñido;
Y entre las sombras de sus negros ojos
Serpean las miradas
Como del meteoro los destellos
En las noches serenas y calladas.

JUAN E. ARCIA.

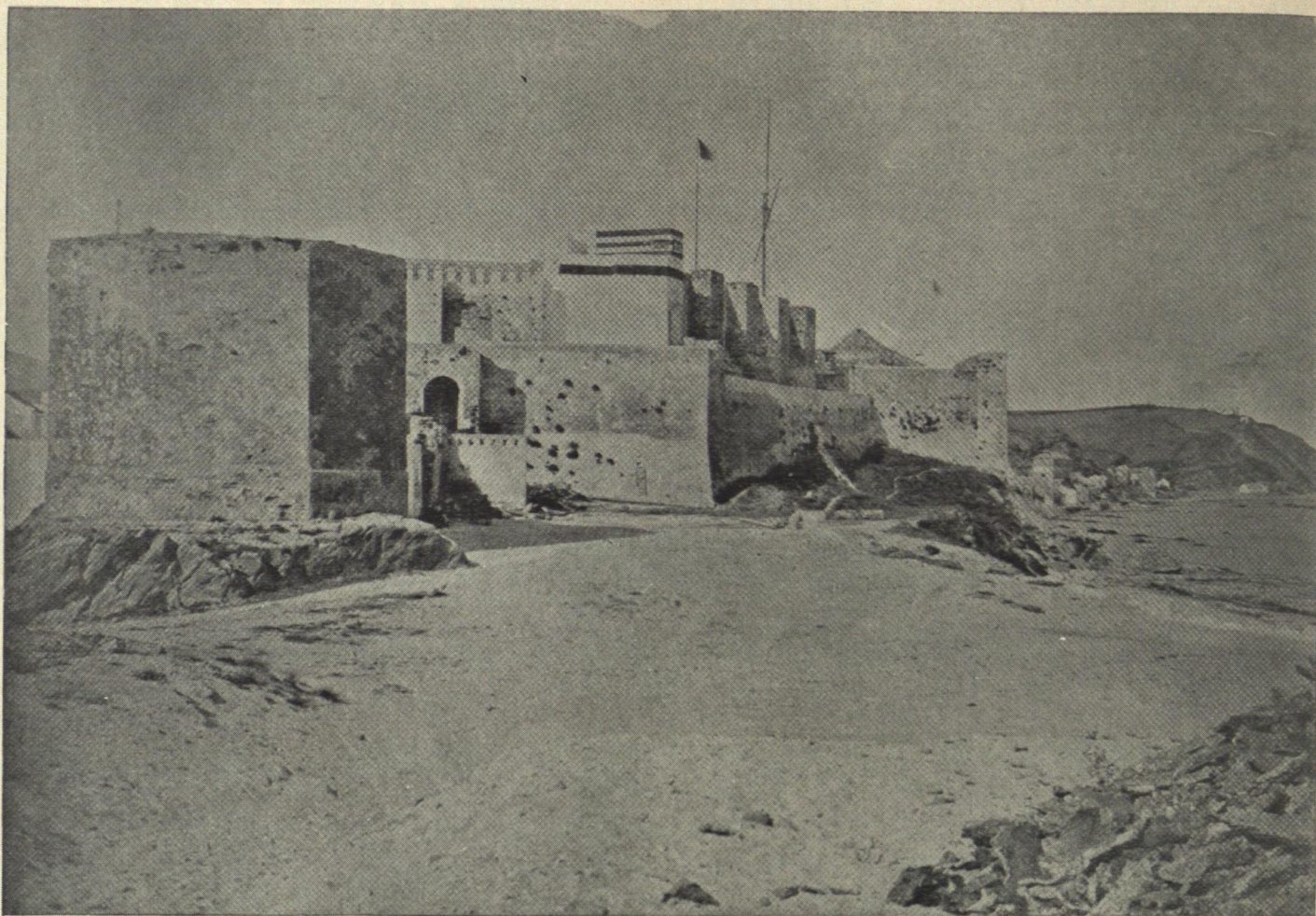
poseían una virtud milagrosa. Pero ¿la obra genial, surgiría? ¿La estatua perfecta, brotaría de sus manos?

El pensamiento de la obra futura, en la cual vibraría toda su alma lo embriagaba como un vino ardiente. Y en esos días de entusiasmo delirante, el estudio del escultor se llenaba de vida. La arcilla blanda y dócil, tomaba mil formas entre sus dedos febriles. El gran ardor del arte le encendía las venas, y Leonardo sentía en sus manos la palpación impetuosa de la fiebre creadora. A su impulso, la arcilla impasible se animaba. Y de sus dedos inspirados surgía la belleza inefable y triunfal.

Pero ¿la arcilla para la estatua soñada, la modelarían sus dedos?.....

En esa época de trabajo fue cuando Leonardo conoció á Teresa Colombo. Leonardo amó á la bailarina por satisfacer un vano capricho de artista. Leonardo hacía tiempo que soñaba con una cabellera de oro, luminosa y larga; pero una de esas originales cabelleras de un rubio enfermo y lánguido, de reflejos agonizantes, como la luz mortecina de los soles de invierno. Y Teresa poseía la cabellera de oro prodigioso, hecha de los mil hilos anémicos, y de las mil hebras cloróticas.

Leonardo amó á la bailarina desde la noche



CADIZ (Tarifa) -- Vista de la torre de Guzmán el Bueno, y del Castillo

Sin embargo, Teresa Colombo amaba al artista. Apesar de su enfermedad no lo había abandonado, y por eso estaba ahora acompañándolo en aquel oscuro pueblo del mar adonde lo habían enviado los médicos.

—¡ Leonardo ! ¡ Leonardo ! ¡ Escuchas ? Es el agua que gime... ¡ Escuchas ?...

Así había gritado Teresa, turbada por la gran voz del mar, mirando fijamente las pupilas del paráltico. Pero en vano se desesperaba. Leonardo no veía nada, no escuchaba nada ! Su mirada, sin expresión, erraba en el horizonte. Y como todos los enfermos de la médula, con las manos temblorosas y pálidas, parecía deshojar en el aire una flor invisible !...

Teresa se desesperaba. Pero Leonardo en medio de su sombra vio brillar una luz. La milagrosa fuente vital parecía animarse de nuevo. De las rocas ocultas fluía el antiguo raudal. Y lentamente, lentamente, por el cauce muerto, el agua milagrosa, comenzaba á correr... Pero fue un minuto, solamente un minuto de luz el que tuvo. Leonardo despertó á la vida por un instante, pero sin voz. La afacia le apretaba la garganta con sus tenazas de hierro ! Y en medio de las brumas de su inteligencia, el paráltico recordó la antigua pasión. Solicitó de nuevo los cabellos de Teresa ; la cabellera larga, profusa y fluída ; la cabellera de oro prodigioso, hecha de los mil hilos anémicos y de las mil hebras cloróticas.

Teresa, comprendiendo el deseo del enfermo, desató sus cabellos sobre sus rodillas. Y Leonardo pudo hundir otra vez las manos en el raudal voluptuoso.

Sus manos finas y lánguidas, hundidas en

los cabellos de Teresa, parecían dos cándidos lirios de agua.

Las manos del escultor se embriagaban como antes en la profunda cabellera voluptuosa. Temblorosas y lívidas entre los cabellos fluidos, parecían buscar ardientemente, el hilo de oro más pálido, la hebra de luz más moribunda...

El escultor sintió otra vez en sus manos la palpitation impetuosa de la fiebre creadora. Y antes de caer en la sombra profunda, Leonardo creyó modelar en una arcilla de oro la estatua perfecta !

El día moría... Del jardín próximo, subía un perfume cálido. La luz del crepúsculo, sutil y penetrante, lo invadía todo, lo penetraba todo. Hasta la brizna de yerba más humilde de brillaba, ebria de luz. Las hojas de los árboles de un verde muy pálido, lucían con la clara transparencia de las esmeraldas. Y las acacias, las bellas acacias, desfallecían bajo la pesada carga de sus flores de púrpura. Bajo la roja efluorescencia, las acacias no tenían ni una hoja verde. Parecían árboles de fuego. Eran una, dos, tres, muchas acacias juntas ; y bajo el agua inmóvil del cielo, semejaban una rara efluorescencia marina, una ardiente vegetación del mar. El suelo bajo las ramas incendiadas, estaba sembrado á trechos de flores bermejas...

Y lentamente, en el silencio crepuscular, una flor, arrancada por el viento, caía, como como una gota de sangre.....

ALEJANDRO FERNANDEZ GARCIA.



LETRAS BRASILEÑAS

NOTAS DE ADHERBAL DE CARVALHO

I

La proclamación de la República del Brasil en el campo de Santa Ana, en la mañana del 15 de noviembre de 1889, fue el violento despertar de todas las aspiraciones que venían manifestándose desde hacía largos años en el Parlamento, en la prensa y aun en el seno mismo de la Corte imperial.

La revolución triunfante comenzó en el acto su obra de transformaciones radicales en el orden político y social ; y en el campo literario y científico el movimiento cobró vigorosa intensidad. La diaria comunicación que tienen con Europa las principales ciudades del Brasil, — Belén, Maranhão, Bahía, Pernambuco, Río, San Paulo, — las acerca más que á ningún otro pueblo de América, excepto Montevideo y Buenos Aires, y hace más rápida la iniciación, más fácil y fecundo el cambio de las ideas.

Para no hablar sino de la capital federal, Río de Janeiro, gran centro de donde irradian todas las manifestaciones de la vida nacional, no hay teoría científica, descubrimiento, método artístico, palpitation intelectual alguna en Europa que no tenga inmediatamente resonancia, adaptación y acogida entusiástica en las academias y en los círculos literarios de la inmensa metrópoli brasileña. Arrojan anclas todas las mañanas en la colosal bahía los grandes trasatlánticos que cruzan los mares del Sur : con destino especial, ó de paso para Montevideo, Buenos Aires ó Santiago, vense allí los artistas eminentes, las personalidades sonadas, los más ilustres peregrinos del Viejo Mundo ; y cuando la prensa europea

nos trae apenas el anuncio de una nueva obra, de un acontecimiento artístico, ya los más reputados libreros de Río poseen en sus vitrinas la obra ó los últimos resultados del suceso.

Los grandes diarios, como el *Jornal do Commercio*, *Jornal do Brazil*, *O Paiz*, *As Noticias*, *Gazeta de Noticias*, son competidores de los diarios ingleses y franceses: de dimensiones aun mayores que las mayores estiladas entre nosotros, duplicadas ó cuadruplicadas en folios casi diariamente, sus columnas aparecen nutridas con cuantas noticias, informes y estudios puedan acorrer á las múltiples necesidades intelectuales de la opulenta capital; noticias transmitidas *au jour le jour*, ofrecidas con prodigalidad y original incentivo y demandadas con presurosa solitud.

Las notas críticas que en su obra, *O Naturalismo*, apuntó Adherbal de Carvalho, pueden tomarse como exactas todavía en cuanto á la apreciación general, complementadas con vistas de detalle, de que no es posible obtener y dar información sino por la corriente cotidiana del movimiento literario, por el juicio ó noticia del suceso, por la prensa, etc. Trabajo que juzgo está realizando para los lectores del Plata,—en el *Mercurio de América*,—el distinguido Secretario de la Legación de Bolivia, Ricardo Jaimes Freyre, uno de los jóvenes mejor iniciados en el arte y letras modernas en América.

Para algunas apreciaciones de Carvalho en cuanto á la literatura lusitana y algunas otras influencias portuguesas en el estado intelectual, social ó político del Brasil, ha de tenerse en cuenta el inextinguible resentimiento que ha dejado Portugal en esta nacionalidad americana; malquerencia vecina del odio aún inextinto á las presiones de la antigua metrópoli, no mal correspondida, ciertamente, por parte de los viejos dominadores y manifiesta mutuamente en cuanta ocasión ha lugar.

II

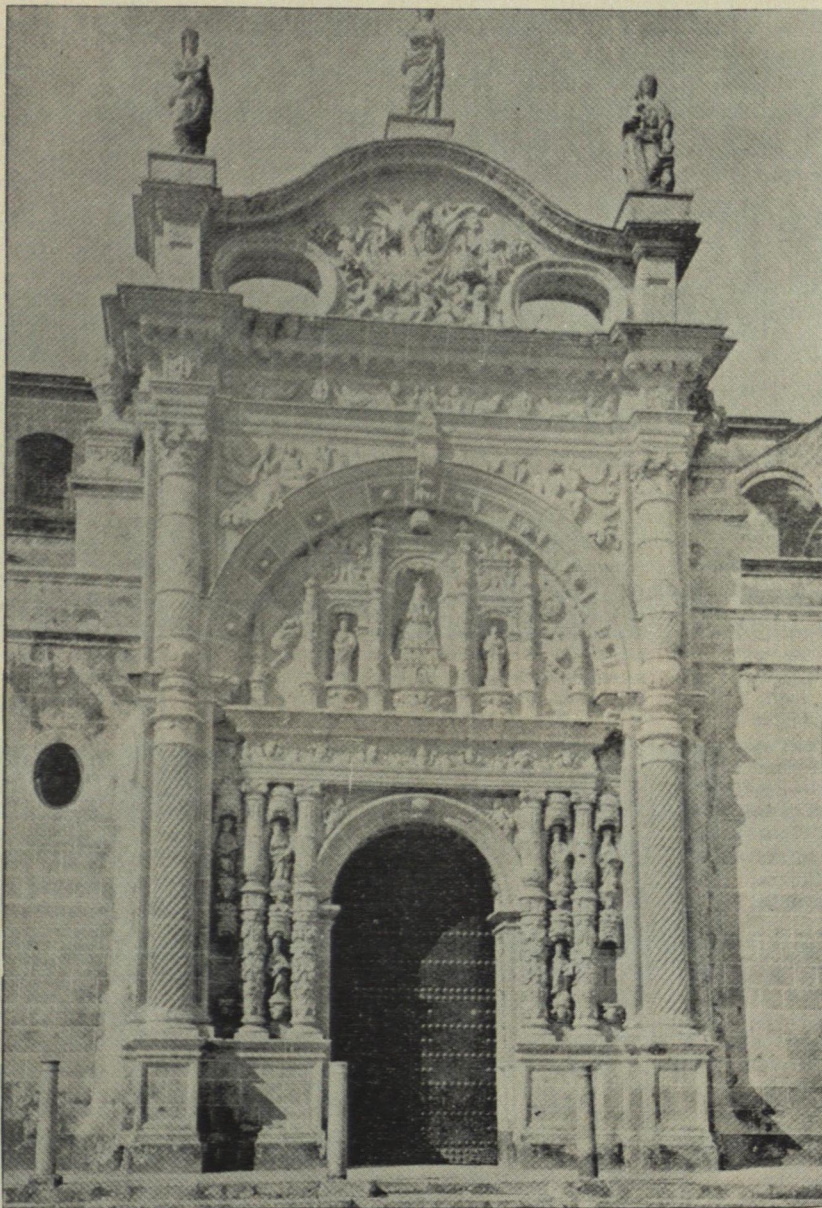
"No hace todavía mucho tiempo que el *Conde de Montecristo* y las *Memorias de un médico*, mediocres producciones literarias de una celebridad francesa, hacían las delicias de todos los brasileños, hasta el punto de haber enriquecido á los editores diferentes traducciones nacionales. No poseíamos entonces club, revista, ni periódico literario y aún hoy (1894) no los tenemos; la *Revista Brasileira*, una bella publicación, murió pronto (*), y

(*) Actualmente, entre las más notables revistas se cuenta ésta, igual en formato é importancia á los mejores mercurios de Europa y América: *Mercurio de France*, *Revue des Deux Mondes*, *España Moderna*, *La Biblioteca* de Buenos Aires.—E. G. G.

La Semana, que acaba de reaparecer, bien que fue muy interesante, estaba inspirada en un exclusivismo intransigente, hostilizando á algunos talentos de esperanza y acatando verdaderas nulidades que la esponja del tiempo se ha encargado de borrar de la losa intelectual en que figuraban como puntos de interrogación, como geroglíficos indescifrables. Nuestros teatros, los folletines de nuestros diarios, todo, en fin, cuanto se refiere á la educa-

Los libros de Michelet, de Renán, etc., eran considerados impíos por los directores intelectuales, y prohibida, por tanto, su entrada en el lar perenne de las familias, en el santuario de las escuelas. En las academias, á excepción de algunas organizaciones literarias de verdadero mérito que abrieron á los estudios jurídicos y literarios de los modernos una válvula de esperanza, permanecía el mismo antiguo cartujismo didáctico, el mismísimo proceso de la interpretación jurídica y casuística del derecho divino.

Era ese nuestro estado intelectual cuando apareció en los escaparates de los libreros *El crimen del padre Amaro*. No sé si por miopía cerebral, ó por inanición literaria, lo cierto es que el libro pasó enteramente inadvertido, no consiguiendo siquiera traspasar los límites del escándalo que se propusiera y de cuya triste fama gozaba la escuela literario-fisiológica en que se afilara. Zola era aún una entidad oscura, una personalidad desconocida de los *parvenus* de entonces, y sabíase de la existencia del gran maestro Balzac por las críticas de Saint-Beuve y Villemain. Todo ello en tiempos en que Taine, Scherrer y otros eran universalmente aplaudidos y traducidos á diversas lenguas; en que el industrialismo europeo inventaba y perfeccionaba las máquinas Marinoni para dar abasto al ansia nerviosa de una tirada de cien mil hojas por hora, para satisfacer el ardor febril y delirante de una lectura eléctrica, vertiginosa. Todo eso tiene, sin embargo, su explicación; y no debemos olvidar que nuestra vida intelectual fue toda hecha por los portugueses, que siempre dominaron nuestra prensa, nuestro comercio, nuestra industria, nuestra política, etc.; que absorbieron, en fin, nuestra vitalidad, menoscabando nuestra intelectualidad vigorosa y fuerte. Poseemos, no obstante



CADIZ. — Puerto de Santa María: Portada de la Iglesia Parroquial

ción intelectual de un pueblo era del más absoluto atraso, de la más desoladora decadencia.

Devorábase, y aún se devora, á Montepín, Ponson du Terrail, Gaboriau, etc. No teníamos literatura, no teníamos idea, no teníamos arte; íbamos á buscarlos de preferencia á la Francia, ó (¡ irrisoria verdad!) al viejo Portugal; en política, á los más retrógados tratadistas; en literatura y ciencia, á los más fútiles *pimpinistas*, á quien la gran masa de los burgueses les aplaudía la suma ciencia con la convicción de su profunda estupidez.

Hace poco tiempo, pues, se daba todo eso, y, sin embargo, es preciso confesarlo, todavía se observa; no obstante haber ya espíritus ávidos de nuevas sensaciones artísticas, deseosos de una luz estética que ilumine el vasto horizonte de la inteligencia humana....

te grandes diferencias, los vicios y defectos lusitanos y nos resentimos de las causas y de los fenómenos que se producen en el pueblo progenitor nuestro. Si los propios modernos escritores portugueses, como bien dice Ramalho, Ortigão, "por una fatalidad fisiológica, por un defecto de herencia, son inválidos de la orientación cerebral," ¿qué diremos de los nuestros, que con raras excepciones no pasan de sumisos copistas de los libros lusitanos?

Los espíritus de los nuevos paladines, poseedores de una tensión nerviosa apropiada á la concepción de todo lo que es bello, de todo cuanto es sublime, de todo cuanto significa un conato iconoclasta contra la rutina literaria, conservan, por un determinismo de organización, el estigma servil, la señal ignominiosa de la presión que en muchas de las ge-



CADIZ: Plaza de Isabel II

neraciones que nos precedieron ejerció el grillete de la servidumbre mental.

Así se explica por qué el libro de Eça de Queiroz no produjo el ruido que se esperaba, no obstante "estar misantrópicamente concebido y ejecutado con una ironía cáustica y con un humorismo repasado de lágrimas, que deja en el espíritu una fuerte impresión consoladora; ser la obra de un grande artista, de un poderoso revelador de ideal y de, como toda idealización perfecta, librarnos de nuestras preocupaciones personales y egoístas, engrandeciéndonos, elevándonos a nuestros propios ojos, infundirnos la fe, obligarnos a ver en el sagrado desinterés del arte, en la divina inmortalidad de lo bello," como afirma el autor antes citado.

No aconteció otro tanto con el *Primo Basilio*, que cayó en nuestro medio como una verdadera bomba de dinamita, haciendo el más fuerte estruendo de que se tenga noticia en los anales literarios, escandalizando la pacata burguesía, ofendiendo el pudor de nuestros mamuths intelectuales, de nuestra arqueológica literatura.

El primer golpe estaba dado. Desde entonces comenzaron a llover en los diarios folletines, cuentos y algunas novelas afiliadas a la escuela del autor de *Fradique Mendes* y de los *Maías*. La figura que más sobresalió fue incontestablemente la de Aluizio Azevedo, en el *Marafión*,... un gran talento artístico, una organización literaria excepcional, poseedor de una percepción estética digna de los Goncourt.

Tiene Queiroz un defecto, y es la preocupación constante de querer imitar al autor de *Salammbô*. Así es que el *Primo Basilio*, sino se parece muchísimo a *Madame Bovary*, transparenta la obsesión de su autor por la novela de Flaubert. Su proceso analítico y descriptivo se aproxima extraordinariamente, asombrosamente al del gran psicólogo francés. Los *Maías* tienen pasajes que insensiblemente nos hacen recordar los de *Bovary*, y el trabajo perseverante y hercúleo que Eça de

Queiroz está empleando ha más de un año en la *Vida de San Cristóbal* confirma esa persistencia sublime de querer ser el continuador del genial psicópata de la *Tentación de San Antonio*. Esto no impide que lo considere como el primer artista de la lengua portuguesa, como el escritor más extraordinario de nuestros tiempos, en el Portugal y en el Brasil, y el mayor y, tal vez, único represen-

le negó la asamblea de su provincia.

Por aquel tiempo murió su padre y Aluizio tuvo que volver a Maranhão, en donde permaneció hasta fines de 1881, época en que regresó a la Corte. En la capital de su provincia nativa, el autor de la *Mortaja de Alzira* no estuvo del todo inactivo; colaboró en varios periódicos con cuentos, poesías, crónicas ligeras, etc., y publicó su primera novela,



CADIZ: Iglesia de San Antonio

tante de la observación experimental en la literatura de su país.

III

Con la publicación del *Mulato* de Aluizio Azevedo se despertaron para las letras nacionales las auroras del nuevo ideal artístico y científico en la novela, estimulando con una mirada maternal todas nuestras manifestaciones estéticas.

Una lágrima de mujer, libro muy impregnado de un lirismo lacrimoso y de una sentimentalidad infantil, y que fue recibido friamente por el público. Había entonces en San Luis un diario católico, *La Civilización*, de los padres del convento de San Antonio, que se hizo célebre en los anales de la prensa marañense por las disputas de toda especie, políticas, literarias, científicas, religiosas, etc., que

Infórmanme allegados de Azevedo que, dueño de una habilidad precoz para el dibujo, el futuro autor de *El Mulato* estuvo para seguir a la Academia de Roma, a estudiar pintura, cuando apenas contaba catorce años; habiéndose frustrado su intento, a causa de la tenaz oposición que le hiciera su padre. De los dieciseis a los diecisiete años comenzó a colaborar en los diversos diarios, rasguñando mala prosa y malos versos. En esa misma época iniciase en el magisterio particular, dando lecciones de portugués elemental y de dibujo en el colegio Feillón, en Maranhão. Algunos años después se trasladó a Río de Janeiro, en donde, de 1875 a 1877, mostró su rara habilidad de caricaturista en *El Fígaro*, en *La Vida Fluminense*, en el *Mequetrefe*, en el *Zig-Zag* y en otros periódicos ilustrados. Hizo, además, un año de aula de modelo vivo en la Academia de Bellas Artes; pintó en colaboración una tela de boca del teatro Gimnasio, parte del escenario de la *Petite Mariée*, del teatro Alcázar y dio lecciones de dibujo y gramática portuguesa en varios colegios y externatos. A fines de 1877 intentó de nuevo ir a Italia, solicitando para ello una pensión que

provocó, hasta el punto de salir fuera de barreras á luchar pecho á pecho y brazo á brazo con Tobías Barreto, en Pernambuco, elevado entonces á semidiós de la intelectualidad académica. Para oponerle un baluarte fuerte, inexpugnable, Aluizio Azevedo, aliado á un valeroso grupo de jóvenes inteligentes, fundó el hebdomadario *El Pensador*, no dejando de trabajar para él ni un solo día. La lucha con los padres trabóse ferrozmente, valerosamente y los insultos y las invectivas virulentas cruzáronse de parte á parte, en una espantosa confusión de vocablos ardientes y sangrientos.

No satisfecho con *El Pensador*, Aluizio se hizo redactor-jefe de *La Paqueta*, y á diario, vertiginosa, aceleradamente sustentó el trabajo más fuerte de que se tenga noticia en el periodismo de provincia. Aquello le sirvió, con todo, para hacerlo señor del *affaire d'écrivain*, del profundo secreto del oficio, lo que probó brillantemente, publicando su primer trabajo de moldes naturalistas, *El Mulato*, que fue á la vez su primer éxito literario.

El momento fue decisivo: á tiempo que Azevedo era duramente atacado y censurado en Marañón, todas las otras provincias se expandieron en frenéticos aplausos de entusiasmo y de estímulo. En Río de Janeiro, el centro de donde siempre parten las nuevas ideas, la prensa batió palmas al nuevo escritor que surgía lleno de coraje para la lucha. Araripe Junior, en la *Gazeta de la Tarde*, le aseguró los mejores éxitos y Urbano Duarte, en *El Globo* lanzó un grito sonoro y estridente de "¡novelistas al norte!" grito que repercutió vibrante como una nota aguda de clarín por todos los ámbitos del país.

A despecho de la campaña ingloriosa de descrédito contra el autor y contra el libro, se vendieron de *El Mulato* dos mil ejemplares en pocos días. Desde las doradas alcobas hasta las oscuras mansardas, desde el joven académico hasta el noticierista y el comerciante, desde el rico hasta el pobre, nadie hablaba de otra cosa que no fuese del libro, leído febril, embriagadoramente. Los desafectos de *La Civilización* tuvieron que abrir sus válvulas de salvamento para no volar en astillas, en aquella nerviosa explosión de entusiasmo. Estaba, pues, dado entre nosotros el primer paso en el camino del arte de Balzac, en la vía del realismo literario y se abrió entonces para las inteligencias el campo luminoso y extenso de la observación y de la experimentación artística.

IV

Trabajando con vigor y brillo esa vía, gozan hoy de merecido renombre en la grande

obra del Brasil literario: el vizconde Taunay, autor de *Inocencia*, la novela rival de *María* en cuanto á creciente popularidad; Julio Ribeiro, que en *La Carne* ha establecido y defendido la tesis naturalista del matrimonio,

se como obra maestra á la admiración de los pósteros, necesita antes que todo ser verdadera ó presupuesta tal. Así es que toda esa voluminosa provisión literaria de Víctor Hugo, por lo mismo que no es verdadera, está ya olvidada de los lectores, ya nadie habla de ella; al paso que no sucede otro tanto con los libros de Alfredo de Musset, que representan únicamente, exclusivamente la verdad; y mientras haya en el mundo un corazón, esos volúmenes han de ser eternamente leídos, eternamente amados. Porque el poeta de *Rolla* se servía de la poesía para expresar las angustias dolorosas y las neurosis intensísimas que atormentaban su sensible y delicada alma de gran poeta desequilibrado, de epileptoide, según la clasificación de Lombroso.

Un artista, por lo mismo que lo es, no debe abusar de

sus manifestaciones sensacionales, estereotipándolas en trabajos exóticos, ridículamente extraños y nebulosos, en perjuicio y sacrificio de lo real; esto es, de la única fórmula exigida por lo bello, de la única línea viable para la inmortalidad."

ELOY G. GONZÁLEZ.

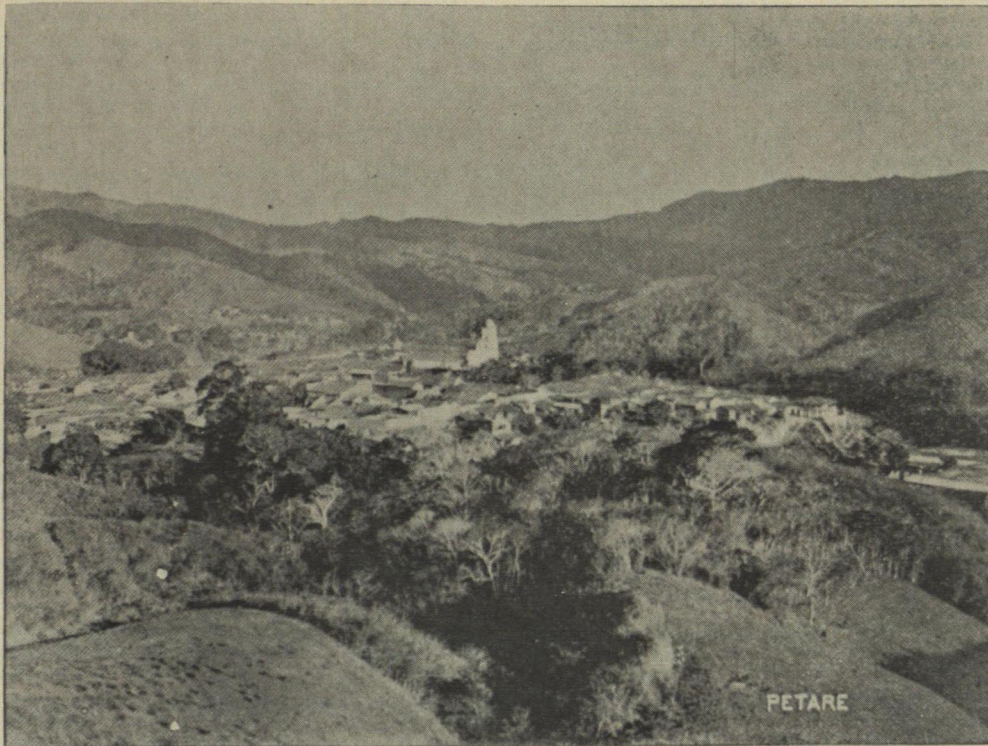
A MI MADRE

ANTE SU LECHO MORTUARIO

I

Ah! los que habéis perdido
El santo amor, amor de los amores,
De ese ángel bendecido
Cuyo regazo es cielo de esplendores;
Ah! los desventurados
Que perdisteis los castos embelesos,
Los mágicos dulzores,
La miel que dan los maternales besos;
Vosotros los que vais cruzando el mundo
Sin hallar luz que á vuestras ansias cuadre;
Vosotros, solamente,
Podéis saber qué dice este profundo
Grito del corazón: ¡NO TENGO MADRE!

¡Y vosotros, los hijos amorosos,
Los que vivís soñando,
Al arrullo de silfos cendorosos,
—Como soñaba yo,—con la mentira
De que en ese tesoro venerando
No tiene parte la insaciable Muerte,
La que, á los ritmos de su negra lira,
El gran Juicio severo va anunciando
Al rico, al pobre, al desvalido, al fuerte;
Vosotros los que aún, en el desvelo
De la materna voz, al bendeciros,
Oís como aleteos de suspiros
Que suben hasta el Cielo.....
Vosotros..... ah! pensad en la amargura
De este golpe cruel: partir, ufanos,
Del hogar, donde reina la ventura,
Dejando á vuestra madre, que os sonrío
Y acalla, por amor, ayes tiranos:
Partir, dejando en aparente calma
A la noble mujer que lleva en su alma



VISTA DE PETARE

como institución sociológica y evolutiva; Valentín Magalhaes, autor de *Bric-à-Brac* y de *Flor de Sangre*; Olavo Bilac, *conteur*, folletínista fecundo y delicado; el doctor Ferreira d'Araújo, director de la *Gazeta de Notícias*, el escritor más brillante de cuantos manejan en el diario la lengua portuguesa.

"Cualquiera que sea el punto estético de cada uno,—continúa Carvalho,—lo cierto es que la filosofía, el determinismo psíquico de uno es de todos. Este fenómeno del decrecimiento filosófico en el arte, salido de Alemania según Nordau, ó del imperio moscovita como quiere Courrière, es semejante al que se dio en los espíritus jóvenes con la irrupción del romanticismo literario. Como éste, el pesimismo ha de producir obras maestras, y después, agotados todos los recursos, caerá en manos de nulidades.

No creo que esta fórmula artística persista por mucho tiempo, por el simple y esencialísimo hecho de no ser verdadera; esto es, de externar únicamente el capricho de una fantasía efímera y voluble, dictado al cerebro nervioso del artista que lo concibió.

Si toda la vida de Schopenhauer, de Alfière, de Hartmann, etc., es en todo sentido completamente opuesta á sus terribles y desoladoras teorías subjetivistas, como lo confirman escrupulosamente sus biógrafos, no es menos cierto que esas teorías fueron creadas con el objeto exclusivo de llamar la atención del mundo pensante hacia sus individualidades, comentándolas é incesándolas. Sus libros se asemejan á esas bombas pirotécnicas que atraen la curiosidad solamente en la ocasión en que estallan, lanzando á todos los lados una miriada de luces políferomas extraordinariamente bellas, heteróclitamente dispersas, pero de duración vaga, rápida é inofensiva.

De resto, la manifestación artística de un temperamento, como de una época, para tener elementos de vitalidad, para poder imponer-

Cuanto hay de abnegación sobre la tierra;
Llamaros luego, con clamor que aterra;
Y anhelando alcanzar el postrer ósculo
De la madre querida,
Y entre tormentos mil, nunca esperados,
Correr, atolondrados.....
Para encontrarla inerte..... ya sin vida!

II

Madre mía! ¿Por qué, cuando me viste
Separarme de tí, callaste, inquieta?
¿Cuán tarde supe tu inquietud secreta
Y me explicaron tu mirada triste!
¿Por qué, por qué, callaste? Hoy lo comprendo:
Te causaba dolor, angustia, espanto
Anticipar mis duelos, mi agonía;
Te causaba dolor verme sufriendo,
Anticipar mi llanto,
Mi noche más oscura, madre mía!

Cuando, tras los brevísimos instantes
Que estuve fuera del hogar donde eras
Objeto de caricias incesantes
Y numen de esperanzas placenteras,
Llegué, sintiendo desgarrado el pecho,
A palpar la verdad cabe tu lecho;
Cuando, como la niebla matutina
Se evapora, al calor del rayo ardiente
Con que el sol alimenta é ilumina,
A la voz diligente
De la ciencia de Hipócrates,
Se dispó mi bienhechora duda
Y en tus ojos sin luz, madre adorada,
Pude leer la realidad desnuda;
Cuando muerta te ví..... ¿qué hubiera sido
De mi razón ¡menguada!
Faltándome la fe de mis mayores,
Aquella en que nací y en que he vivido;
La que, por darme alientos salvadores,
Tiene en mi corazón caliente nido?

III

Ay! ¿Cuán amarga soledad nos deja
La muerte de una madre: sé que guarda
Los goces puros que el amor refleja;
Que la llama del bien anima, y logra
Que, á todo instante, por nosotros arda!
¿Muchas veces, descansando sus ternuras
Que Dios nos sea propicio,
Sufrir una madre espinas y torturas,
Y aún siente pequeño el sacrificio!
¿Ella es quien nos ampara, quien nos cuida
Entre arrullos de célica paloma;
Y, haciendo dos porciones de la vida,
La miel nos brinda y el acibar toma!
¿Ella calma los recios vendavales
Con que el mezquino orgullo nos golpea;
Ella trueca en verjel nuestros eriales;
Y, al ver que nuestro espíritu flaquea,
Ella nos fortalece y nos recrea!
¿Es la oliva de paz que el Señor quiso
Plantar del mundo en los sombríos campos,
Para darles sabor de paraíso
Y de la dicha los divinos lampos!
¿Es el iris tendido sobre el fondo
Nublado de las penas,
Para traer del alma á lo más hondo
Ilusiones sin hiel, glorias serenas!
¿Es el vaso precioso en que se exhala
Del cariño la esencia embriagadora!
¿Es la estrella polar que nos señala
Rumbos hacia la orilla salvadora!

Vosotros, ah! los que cruzáis la tierra
Sin hallar luz que á vuestras ansias cuadre,
Vosotros, solamente,
Podéis saber qué júbilos encierra
El corazón de los que tienen madre!

IV

Oh madre! Aunque tan lejos
Te encuentras hoy de la mundana escoria,
Constantemente escucho tus consejos;
Y ellos y tu memoria
Son, contra el mal, mis prendas de victoria.

¿Qué inmenso bien! Sentado en tus rodillas,
Yo aprendí, de tus labios, con fe ciega,
A bendecir á Dios, *alpha* y *omega*,
Y á admirar sus excelsas maravillas.
Luego, me hablaste del honor, escudo
Con que el hombre resiste los embates
De la contraria suerte;
La violenta injusticia, el golpe rudo:
Armas con las que el mundo, en sus combates,
En sus villanas luchas, se hace fuerte.
Y luego, cuando en medio á la algarazara
Del gran circo social me encontré un día,
Tú me mostraste, por perenne gufa,
La conciencia, que nunca desampara

Y en el santuario del deber es siempre
Centinela despierto, madre mía.

De nuestro humilde hogar, augusto templo
En que, por largos días, ofreciste
La enseñanza eficaz del buen ejemplo;
De nuestro hogar sencillo salir viste,
El uno en pos del otro, á casi todos
Tus hijos adorados,
Que, de la vida en la risueña aurora,
Renuevos de tu amor, fueron tronchados
Por la hoz de la eterna segadora.
Y caer viste el roble majestuoso
Que, en tus horas de angustias y tristezas,
Te ofreció cariñosos,
La más rica y mejor de las grandezas:
El plácido reposo
Que templó las humanas asperezas.
Y en tus brazos cayó tu primogénito,
El que fue para mí segundo padre,
Y en cuyo sér, como en el tuyo, oh madre!
El entusiasmo por el bien fue ingénito.....
Y quedé yo para tu solo amparo,
Para cuidar de tu vejez los días:
Siendo, en cambio, tu amor el limpio faro
Del puerto de mis santas alegrías.

V

Madre mía adorada:
¿Hice algo por tu dicha? ¿De qué modo
Cumplí el mandato de la ley sagrada?
Por tí, según tu afecto, lo hice todo;
Mas si interrogo á mis anhelos... ¿nada!
Nada, mi edén perdido, ante el reclamo
De aquel tu celo maternal sublime,
Que hoy, tantas veces, en mi auxilio, llamo,
Y que acude á mi voz y me redime.
Nada, ante el regocijo
Que hacía lumináres de tus ojos
Siempre que de las sendas de tu hijo
Lograbas apartar crueles abrojos.
Nada, madre querida, ante el consuelo
Que sentía mi alma en tu regazo,
Cuando el alerta fiel de tu desvelo
Me enseñaba á salvar siniestro lazo.

Ya qué me resta? La oración ferviente
Por tu eterno descanso.....
Que es la plegaria el celestial remanso
De esa impetuosa fuente
Que el hombre, ciego, cuando no demente,
Llama, entre sombras, vida... La plegaria
Es quietud, es antídoto, es riqueza:
El alma que no reza
Vagará triste, enferma, solitaria.

Y me resta pedirte, aunque no dudo
De tu ruego tenaz por mi alegría,
Que Allí, donde es inextinguible el día,
Te acuerdes de mi hogar... ¡Sea su escudo
Tu bendición constante, madre mía!

DOMINGO ALAS.

Caracas: julio de 1896.

ANOTACIONES

César Zumeta—Escrituras y Lecturas—New York—1899

Con la publicación de *Escrituras y Lecturas* ha correspondido César Zumeta, no tan sólo al reclamo de sus amigos, quienes deseaban ver coleccionadas en volumen muchas de sus producciones literarias, sino que también ha respondido á la voz cuasi despiadada de sus detractores, quienes se negaban á reconocerle sus grandes méritos y á acordarle el debido homenaje por el hecho de no haber colocado aún su nombre al frente de un libro. Por consiguiente, no he de hablar de sus amigos ni del placer que han experimentado al releer su solemne, impecable prosa y al saborear una vez más la exquisita miel que ella destila; me circunscribiré, en primer término, á tratar de la importancia que para los negadores de su talento y de su fuerza haya de tener el libro.

¿Es acaso un libro, ó mejor, constituye la obra de un ingenio ese puñado de artículos escritos para diarios y revistas que hoy ha reunido el señor Zumeta? Tal me parece ser el más alto, el más tremendo cargo que de los labios detractores ha de partir silbando cual flecha envenenada. Ellos responderán negativamente, y á falta de otras razones, y porque la pasión ó la tristeza del ajeno mérito no les

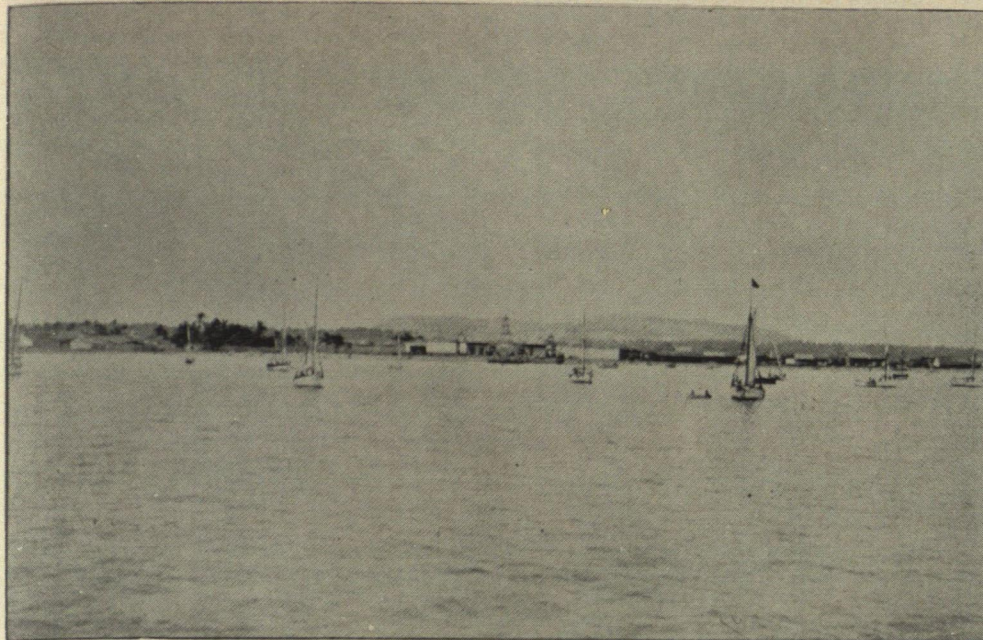
permite ver con claridad, nos dirán de manera sentenciosa y con voz ahuecada pero inocua: Un libro no es sólo un número de páginas más ó menos extenso donde quepa una serie de producciones de índole opuesta, de opiniones más ó menos brillantes sobre asuntos concretos y desemejantes; libro podrá llamarse únicamente el conjunto de páginas en las cuales desarrolle el escritor una idea exclusiva, con toda amplitud, con absoluta precisión, de modo que, visiblemente, nos sea fácil seguir el curso de una doctrina ó de una teoría y donde á cada paso resalte la personalidad del que escribe. Lo demás será en todo caso un centón agradable ó nó, ó á lo sumo; lo que en su hablar sencillito llaman nuestras mujeres una colcha de retazos.

Con ello creerán haber reducido á polvo al escritor y á cuantos cometan la irreverencia de apartarse de opinión tan luminosa. Mas siempre es bueno, aun cuando sea por mera curiosidad, ó si se quiere, por travesura intelectual, descomponer las opiniones de las gentes por versien el fondo de ellas damos con base de granito ó con un simple amontonamiento de arena movediza.

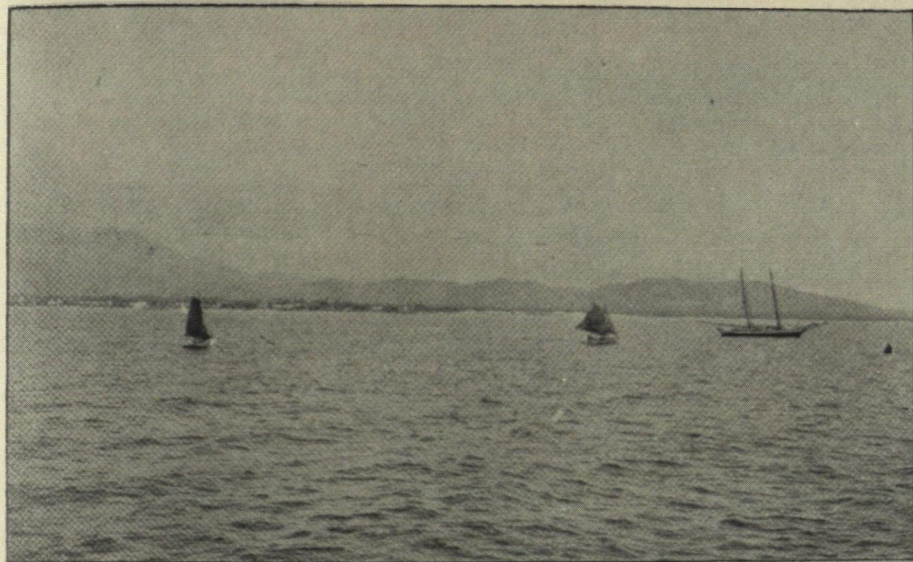
Dada la relatividad de las cosas humanas será bueno, y hasta prudente, distinguir siempre, establecer linderos que no vayan más allá de lo tangible ó de lo probable, á fin de no exponernos á la diaria rectificación y á quitar alcance ó á cercenar fuerza á las opiniones de los hombres. Una ley cualquiera, y lo mismo da decir una opinión, no ha de formularse jamás sino luego de ver repetirse unos mismos hechos generadores de un determinado fenómeno, ó después que, realizado un análisis paciente, vengamos al convencimiento de que todo concurre á demostrar que, en materia concreta, los hechos han de pasar según ciertas reglas ó procesos. Pero fallar de modo absoluto y categórico en asuntos que, si bien guardan cierta analogía, revisten diversidad de formas y cambian de aspecto según la manera de ser considerados acusa, sin duda alguna, ligereza de espíritu.

Si nos referimos á lo que debe ser un escritor y al concepto que ha de contener esa palabra, no sería posible, de una sola plumada, dar de ello idea somera, mucho menos completa. Son tan infinitos las gradaciones ó matices que median entre un zurcidor de frases y aquellos magnos espíritus que alcanzan á ver más allá del tiempo y del espacio, que crean, reforman y señalan nuevos derroteros al humano verbo, que parecería sino imposible, pedantesco al menos, tratar de catalogar la ingente variedad de los escritores existentes. Pero en todo caso, no habrá de acordarsele el calificativo de escritor á cuantos han péfiolas ó saben trazar sobre el papel signos legibles. El trabajo ha de consistir en separar de entre el incontable número de los plumarios á todos aquellos que, ya se sirvan de la prosa ora del verso, hagan brotar de la punta de la pluma ideas ó sensaciones,—ideas que convengan, muevan á pensar, indiquen la honda labor de un espíritu y el grado y calidad de la mente que las dio á luz; sensaciones que, al escaparse del horno donde hallaron forma, vayan á poblar el mundo de la imaginación ó del sentimiento con el eco de sus músicas y el esplendor de sus colores. Quien tales condiciones reúna será escritor, cuyo mayor ó menor renombre estará en la grandeza y número de sus ideas, en la majestad, lustre y profundidad de sus sensaciones é imágenes y en la belleza y originalidad del estilo de que se valga, importando poco ó nada la denominación con que á la crítica pluga bautizarlo.

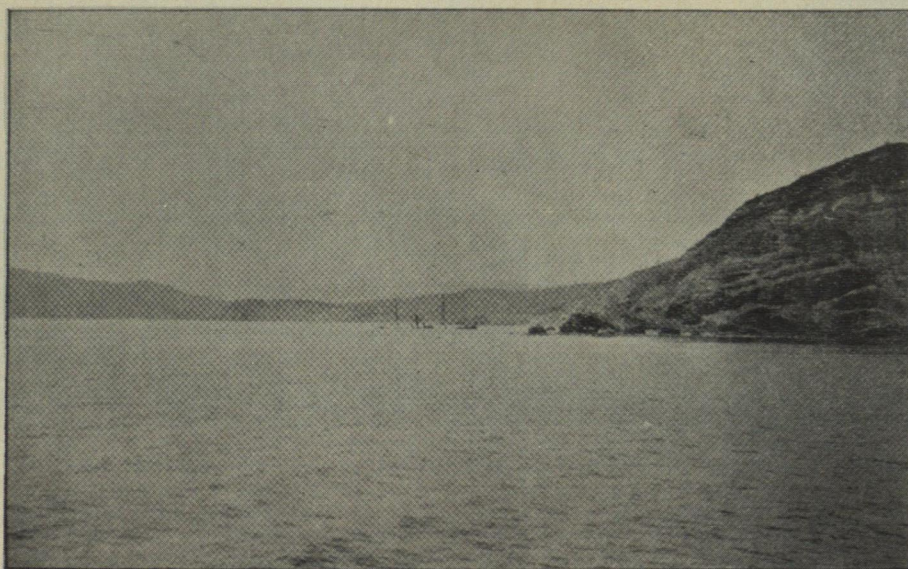
Así, pues, no se podría dictar regla alguna á intento de establecer de manera decisiva lo que pudiera llamarse la obra de un escritor. En multitud de casos un pensador, un artista, un poeta vendrían á estar caracterizados por una serie de rasgos personales, de cuya intensidad, de cuya penetración, idealidad ó poder



Cumaná — Puerto Sucre



Margarita: Porlamar



Islas Curucas — Naufragio del vapor "Prius Maurits"

mas, crónicas, tragedias, dramas, constantes todos de muchos volúmenes, han pasado irremisiblemente al olvido sin que nos sea posible hacer de ellos memoria! Y por el contrario, ¡cuánta flor de arte, delicada y menuda, como para la vida de una mañana, cuánto pensamiento, juguete de la inteligencia, mariposa de la mente, no han traspasado los tiempos á fin de revelarnos todo un mundo de bellezas, el esplendor de una época, la potencialidad de un espíritu!

Estoy por creer que la obra de un ingenio no ha de medirse ni por el número de páginas que haya escrito ni tampoco por el desarrollo que haya dado á sus ideas ó sensaciones. Más que á la cantidad debería atenderse á la calidad; y de este modo, no pasarían por magnos espíritus, como de continuo acontece, los que emborronando papel han malgastado sus días para decirnos sandeces ó revelarnos como valioso y fresco lo que ya todos los Sanchos se saben de corrido; de esta suerte, la valía de un escritor y de su obra, atendidos el modo y la manera que le es propia, estaría en la cantidad de ideal, de fuerza ó de belleza que guarden dentro de sí. Ya Nietzsche ha expresado la idea de que un libro es antes que todo un *acto* y que una filosofía debe ser la historia del alma de quien la escribe. Busquemos, pues, ese *acto* en la primera obra que caiga en nuestras manos; escudriñemos, descompongamos la historia del alma del escritor que solicita nuestra atención; y después de hecho todo eso, y no antes, será el momento de fallar decididamente.

*

En este libro de César Zumeta aparece el escritor bajo las distintas facetas que concurren á formar su personalidad y en las cuales no es difícil advertir el lazo que las une, el rasgo que les es común. Cada una de las distintas producciones que el libro contiene, verdaderas páginas de antología, denotan una manera, un rasgo, un estado de alma del escritor. Como si él quisiese, de una vez por todas, fijar los grandes lineamientos de su personalidad, á intento quizá de convertir luego sus miradas hacia designios más altos y prepararse para la definitiva, para la excelsa visión perseguida y alimentada por su mente, nos ofrece hoy, á manera de puntos luminosos que habrán de servir de orientación, y que en lo adelante han de ser tenidos en

evocador deduciríamos la justa medida de su valor. Muchos, es cierto, no se contentan con darnos á conocer el simple enunciado de sus ideas sino que, luego de haberlas hallado, presentan á nuestra vista, junto con sus causas más ó menos remotas, todo el desarrollo de que son susceptibles. Tal artista nos ofrecerá la historia detallada de un alma ó creará un tipo humano destinado á vivir en el curso de los siglos; cual poeta tejerá con sus sueños la epopeya del sentimiento ó la emoción, haciendo de modo que á su obra no falte ni un matiz. Las obras de esos trabajadores de la inteligencia habrán de ser completas, acabadas, hasta donde pueda alcanzar la perfección de la labor humana. Pero siempre hemos de atender al carácter, al temperamento, no menos que á las condiciones de medio y de momento en que se encuentre el escritor; y con tales elementos, sin ideas preconcebidas, ni definiciones formuladas al azar y aceptadas sin previo examen, conseguiríamos decir, en cada caso, lo que es ó no una obra de la inteligencia.

¡Qué número infinito de libros provenientes de todas las edades, frutos de larga y penosa contracción, creaciones filosóficas, explicaciones del universo, reglas para la vida, poe-

cuenta para la mejor y más amplia comprensión de su sér complejo y uno, estas páginas donde se armonizan y prolongan el ensueño y la idea, la belleza y el ritmo. El soñador, el poeta, el pasional, el combatiente, el pensador, se suceden lenta y pausadamente como una blanca, solemne teoría bajo las denominaciones generales de *alas de quimera, musas y mujeres, negativos y lecturas*.

No se podría decir de él, que cultivador del ensueño y amante de la quimera se lanza por los mundos ideales echando en olvido la noción de lo real, ni que del brazo de la fantasía se da á crear visiones imposibles como de alma enferma ó como de un enamorado de filtros y de drogas. Podrían marcarse los límites alcanzados por el vuelo sosegado de su espíritu y seguirse, sin menoscabo alguno para una inteligencia lúcida, las etapas recorridas por el rayo de luz tenuísima que partiendo de su alma va á recorrer los senderos inexplorados del ensueño. Cierta es que él alcanza alturas infinitas, pero en ese ascender de la estela de luz de su ideal no se echan de ver desviaciones ó tortuosidades; ni en los mundos que esa estela ilumina descúbranse laberintos ú opacidades de donde no haya de volver ó se oscurezca el pensamiento hecho ensueño. Diríase que esos poemas han sido vislumbrados por un alma griega desdoblada en un alma del septentrión.

Y esa dualidad, esa unión de dos almas, en apariencia opuestas, se ve más claramente cuando observamos que en una misma página, en un mismo poema se hermanan y confunden el himno tierno y silente con la crueldad cuasi refinada, la lucidez y la locura, la vida vaporosa y la vida refulgente, el dolor y la dicha, la actitud macabra y el gesto noble y luminoso, la beatitud y el hastío. Quizás otro, para expresar sentimientos tan sutiles, emociones y espasmos tan raros se hubiese valido de un estilo también raro, á fin de que la frase siguiera paso á paso, retorciéndose, alambicándose, descomponiéndose, la íntima relación del pensamiento. En la unidad de estilo de estos poemas en prosa, estilo claro, impecable, cincelado, y lo nebuloso y lo cruel, para valermé de una expresión de Villiers de l'Isle-Adam, de muchos de sus asuntos, es donde, sin duda, se hace más palpable la dualidad de que he hablado. Algunos de esos temas son propios del pensamiento contemporáneo que regularmente se vale de un idioma especial, y hasta puede decirse, apropiado, para darles forma; cosa que es en extremo explicable si se atiende á que toda forma especial de la idea en una época ó medio dado, va siempre revestida de un modo de expresión que le sea cónsono. Esas rarezas de los llamados decadentes, que tanto escandalizan á las gentes de corta vista, no son en último análisis un producto del refinamiento ó del capricho, sino más bien un rasgo distintivo de la inteligencia moderna.

Pero ese idealismo con base helénica que se desprende de las creaciones de Zumeta, no lo encontramos sólo en las producciones suyas que tienen por objetivo la ilusión ó el ensueño, sino que brota de continuo en toda la extensión de la obra, como para mostrarnos por modo evidente que ese idealismo es uno de los elementos más robustos de que está formado su sér. El amor y las mujeres ocupan lugar distinguido en este libro y no sería aventurado decir que constituyen su esencia más pura y rica. Y aun cuando no son tan escasos los capítulos dedicados á materia tan escabrosa y complicada, puede verse en ellos cómo piensa y siente Zumeta en cuestiones de amor. El nos habla de la cortesana y de la virgen, de la que se deleita en el placer y de la que hace del amor un culto; y si en ambos casos su penetración es idéntica, sus gustos no lo son. La frágil, la amable creación de Shakespeare lo arrebató y conmueve; su verbo se hace entonces fluido, terso, y se

deshace en un himno armonioso y sereno. La pasión que esa virgen guardó dentro del pecho es para él lo sublime, lo imponderable; el tipo de la amante que el poeta extrajo de lo real es la deidad ante quien él se postra y ora. El acaricia y enaltece en una prosa llena de ideal y de sublime, la perfecta, la indestructible unión de dos almas cuya vida entera es consagrada al amor, vida que se desenvuelve en una perpetua adoración donde no cesa de oírse la armonía epitalámica. Ciertamente, él canta la cortesana, pero entonces el cándido estilo se torna en rojo y á las dulzuras de enantes, sucede la ironía y, no pocas veces el sarcasmo. La estatua ó el pastel son correctos, atrayentes, despiertan el deseo; pero el escritor no los ama con el mismo, dulcísimo amor que en él despiertan las inocentes, las intocadas. Y es del caso anotar, á fin de señalar nuevamente hasta qué punto repugna á Zumeta lo que no sea candor y finura, que en esa su prosa enrojecida por el dictorio no asoma jamás el vocablo ó la expresión ruda y canalleza, y que sus mismas ironías aparecen veladas por un manto brillante debajo del cual se descubrirá, no sin esfuerzo, el dardo afilado, el amargo veneno.

Ese criterio suyo cuanto al amor lo lleva más adelante, al hablar de la *Afrodita* de Pierre Louys, á distinguir en el prosador francés á un póstumo campeón de Milita, y á ver en su novela una producción faunescas, una preciosa biblia de impurezas. De sus labios se escapa uno como grito de reprobación, una elocuente defensa de la Venus casta que es á su entender la personificación del amor y la belleza, "tal cual la eternizaron en sus mármoles los griegos." ¿No es verdad que, hasta cierto punto, podemos considerar á Zumeta como un sér algo extraño á su época y hasta como un amable y sabio predicador de moral? En el modo como él siente el amor hay algo de misticismo, de un misticismo suave y seductor, que al desprenderlo de la realidad en que vive, le enseña á descubrir sublimidades donde otros no alcanzan á ver sino bajezas y apetitos groseros.

Y esa alma que es toda dulzuras y finezas y por la cual se filtran á las veces gotas de amargura, es susceptible de sentir el odio y de objetivarlo, personificándolo en ciertos seres que se van por el mundo tras el anatema de cuantos como él aspiran á ascender á las regiones de la perfección. Nótese bien que de entre sus *negativos* la única figura simpática, la única que ha sido trazada con cariño, es la del *libertador*. Las demás están dibujadas severamente, á golpes de pluma y, en ellas, cada palabra, cada frase, es un cauterio y un anatema: se diría un profeta airado que descargase sobre una frente maldita todo el caudal de sus iras. El *libertador* aparece en medio de la serie como la excepción, como el contraste; y, precisamente, ese sér de nobleza ha sido elegido por el escritor, por cuanto en él se encarnan multitud de anhelos de perfección, de deseos ideales, y porque no siendo de este mundo y porque "no ha venido aún," satisface mejor y de modo más cabal la infinita sed de regeneración y de ensueño que atormenta el espíritu de Zumeta.

Resta ahora medir y apreciar el pensador que en Zumeta vale tanto como el soñador y el sensitivo. Así como existen muchos que por igual manejan la prosa y el verso, así en él, la facultad de pensar y la de idealizar corren parejas y casi de continuo mezclan sus claras linfas, á fin de que, combinadas, resalte más el brillo de la personalidad y se haga más radiante y viva la expresión de las cosas que caen bajo el poder de sus sentidos. La medida de cómo alcanza él á contemplar y á juzgar, puede ofrecérsenos su estilo terso, fluido cristalizado, marmóreo. La labor de la inteligencia se transparenta allí serena, sin sacudidas violentas ni arranques impetuosos; y esa misma fluidez del estilo, donde parece

que el oficio de la lima entró por mucho, nos descubre la serenidad de espíritu con que se efectuó el análisis y se formuló la opinión. Si es cierto que al escritor poco le gusta exponer detalladamente el proceso que se efectuó en su alma y marcar indeleblemente las distintas fases del desenvolvimiento de una idea ó las etapas que recorrió la inteligencia, se debe tal vez al hecho de que siendo en él tan poderosa la fibra poética y artística, encuentra mayor placer en recrearse en las profundidades por él descubiertas y de las cuales extrae para luego exhibirla, la síntesis ponderosa, la materia evocadora, que sin duda habrá de complacer al espíritu cultivado. Ello se explica fácilmente por un dato real, fácil de observarse, cual es, el que en veces no basta una simple lectura para apreciar debidamente una producción de Zumeta. Como si fuese celoso de sus ideas ó mucho las amara, él hace de modo que, recatadas y hasta orgullosas, no vayan á herir de repente la vista ni comparezcan á la mente del lector sino por esfuerzos de éste. No obstante, verificada la obra de reconstrucción, la limpidez del estilo llega á armonizarse con la idea, y entonces consigue uno apreciar el alcance del pensamiento.

No sería bastante la brevedad, á condenar sus *escrituras* como de poco profundas y de escasa observación. A mi modo de ver, el hecho de que Zumeta no preste gran favor á la fecundidad y á la extensión que á tantos enamora, denota una vez más el disgusto que le procura el uso inmoderado de las palabras, la repetición de lo banal y el exponer lo que estrecha ó íntimamente no se refiera á la idea. Por otra parte, hay en él mucho del desdén, del que en nada se preocupa del aplauso estruendoso y no pára mientes en la aprobación del mayor número. El se contenta con desentrañar de lo más oculto el rasgo característico de un sér, y cuando apunta un detalle, es porque lo cree de suma importancia para fijar definitivamente un temperamento, un carácter, una época. En todo ama lo esencial, lo evocador, lo sugestivo, á intento de que su pensamiento interior, ajustado á ese su estilo hermético, conserve más después la fragancia primitiva y rica. Y si acendra el pensamiento así como acendra el estilo, no por eso el mundo por donde él pasea sus miradas es reducido, ni escaso el acervo de sus observaciones ni, mucho menos, es corto el vuelo de su inteligencia. A lo variado y escogido de sus lecturas, de las cuales él se sirve en la hora oportuna y no á destajo, añade un poder de observación agudo y luminoso, con ayuda del cual descubre los secretos y disipa las sombras.

Hombre de convicciones, no se muestra sin embargo mezquino ó dogmático; y si en sus críticas se descubre en ocasiones la ironía, débese ello, más bien que á perversidad de alma, á cierta filosofía que él profesa y para la cual, "esa buena consejera, la ironía, nos enseña á burlarnos de los malvados y los tontos á quienes, sin su auxilio, tendríamos la debilidad de odiar".

Idealista en toda ocasión, si la serenidad de que se arma lo conduce amenudo á observar imparcialmente y á rectificar lo que juzga exagerado ó falso, no por eso deja él de expresar, apartándose algo de tan excelente compañera, lo que su afición ó sus gustos le aconsejan. Ejemplo de ello es su opinión acerca de aquella oda de Leopardi que el poeta tituló *A sé stesso*. Reveladora cual ninguna otra de la desolación, de la infinita orfandad de su alma, habría sido quizá tarea más propia del crítico la de haberse dedicado á hurgar en la obscuridad de su desconsuelo y su desdicha el secreto y origen de mal tan desastroso. Pero el crítico, olvidando en cierto modo su misión, nos dice el disgusto que le causa el pesimismo de Leopardi y, bellamente, nos habla de cómo, á su entender, ha de ser el poeta.

Tal es el escritor. En la multiplicidad misma de sus facultades estriba su fuerza y su



CUADRO DE HUGO VOGEL

grandeza. Hombre de ensueños y de ideas, de pasiones y de esperanzas, dueño de la ironía y amante de lo candoroso y de lo bello, todo en él se funde en una infinita visión de arte y de vida, de perfeccionamiento y de ideal. En la diferenciación de sus cualidades vemos el signo más evidente del poder de su alma, porque habiéndole sido posible comunicar á cada uno de sus modos de ser igual energía idéntica bondad, se ha creado una personalidad que, al empeñarse en una obra cualquiera, habrá de imprimirle el sello imborrable de su yo. Una producción suya equivale desde luego á un acto, á la diafanización de su espíritu; y ese acto ha de hacerse cada día más palpable porque dado ya á florecer, el rosal primoroso de su alma ha de ofrecernos en lo venidero rosas más fragantes y hermosas.

ANGEL CÉSAR RIVAS.

BETANCES (1)

.....Yo no había tratado personalmente á Betances cuando un periodista español, mi amigo don Juan B. Enseñat, vino á nombre de *l'Époque*, de París, á pedirme una "interview," relativa al Delegado de la Junta revolucionaria de New York. Recordaba yo que siendo muy niño había visto en Puerto-Rico, en casa de mi tío político don José Julián de Acosta, que por entonces, y antes de ir al Congreso á defender las reformas de aquella antilla, estaba tildado de separatista, aunque nunca lo fue. Recuerdo que la independencia de Puerto-Rico era el único estado del alma de Betances. En cada una de sus visitas quería convencer á la familia de que todos debíamos hacer armas contra el gobierno de España. Un viento de la manigua corría por la casa cuando el doctor agitaba su atezada cabeza de raras tonalidades. Recuerdo, por último, que siempre hice justicia á sus cualidades morales é intelectuales, haciéndosela en todas partes, hasta en mi *Español*, que siendo una válvula para desahogo de los justos resentimientos de mi primera juventud, todo lo corroía con el vitriolo de la tinta envenenada Luego supe que Betances conocía todo el zig-zag de mi jorobada existencia, y que cuando le hablaban pestes de mí, decía sonriendo:—¡Bah! Esas son diabluras de un *petit Voltaire*.....

La última "interview" de Betances fue conmigo, y se publicó en mi *Campaña* de París. Ya estaba herido de muerte. Recibí-me acostado en una *chaise-longue*, y bebiendo difícilmente, con ayuda de un aparato, un poco de leche. Me habló con muchísimo trabajo. Su fácil palabra, un tanto mística y silenciosa al romper, como el susurro con que Jules Simón empezaba sus discursos, parecía un silbo. Así y todo tuvo energía para escribir por sí mismo cuanto me dijo: y al enviarme las cuartillas con don J. B. Ventura, le escribió:

"Aquí van las notas á vuelo pluma. Bonafoux se encargará de retocar el estilo, conservando la idea."

No había que retocar absolutamente nada, de las manos de Ventura, fueron las cuartillas á la imprenta. Fue lo último que Betances habló para el público. Sus dolencias físicas agraváronse con motivo de la desgarradora decepción que le produjo la conducta de los Estados Unidos en Cuba. Puede decirse que desde su lecho de muerte vislumbraba la usurpación yankee, que siempre temió, y contra cuya idea sublevábase su corazón con una cólera sorda:

"No puedo terminar mi carta—escribía al general Cabral, el 1º de abril del 70—sin recordarle el principio que es mi objetivo y el de todo verdadero patriota. A los falsos intérpretes de la doctrina Monroe debemos contestar siempre:—*Si, la América para los americanos, pero las antillas para los antillanos. Esa es nuestra salvación.*"

Y á Francisco Basora, desde Santo Domingo, 12 de abril del 70:

"Ya que los anexionistas cubanos no han querido esperar el fin de la revolución para decidir la cuestión, y en todas partes se nota la sorda propaganda que tanto daño nos hace aquí, no creo que los independientes estén ligados por ninguna promesa, y en Santo Domingo empezará la guerra civil, que ha de invadir después los campos de Cuba, entre independientes y anexionistas. En cualquier punto de las tres islas donde se inicie, tenemos todos el derecho de tomar parte en ella. Estoy convencido que Inglaterra interviendrá directa ó indirectamente en la lucha contra el americano, á quien veré apartado de nuestras playas con el mismo placer que al español."

"¡Estamos seguros—preguntaba en un notable folleto—de que transplantada la constitución de los Estados Unidos á nuestros climas, y aplicada á nuestra raza, producirá los mismos envidiables frutos! ¡Ah! No sembréis ni el manzano en la Habana, ni la palma en Washington. Ambos perecerían."

Así pereció él: con la palma del martirio de sus propias ideas.....

La última vez que le vi fue en una casita de Neuilly, aislada del bullicio de París, encavada en un jardín, ocultándose con verdes hojas de parra, y con retorcidos bejuos de enredadera, que enroscábase, como sierpe, al agrietado muro. El amarillento marfil de la fisonomía de Betances destacábase de la blanca del almohadón donde reposaba su marchita cabeza de hombre triste y resignado, y con su larga barba blanca parecíome un Cristo muy viejo, agonizando en los escombros de todo cuanto había amado..... El que fue inseparable compañero suyo, Ventura, velaba la agonía. Sobre una mesita destacábanse las aterciopeladas redondeces de unos melocotones, renovados diariamente por Filiberto Fonst. El doctor Betances me hizo señas de que me acercase á la cabecera del lecho, y viniendo la disnea que iba ganándole el corazón, me habló de Puerto-Rico, con quejumbroso acento, que parecía una plegaria entre sollozos..... Una niñita, Coconí Bonafoux, le ofreció un ramo de frescas flores, las últimas que vio él..... Saludé y salí..... Y al pasar el jardín díjome: "no hay esperanza" el doctor Maurice Levy, joven médico que, á pesar de ser una notabilidad científica, llamábale Maestro, queriéndole, admirándole y reverenciándole, y que, como el doctor Mazary, cuidó su organismo y consoló su espíritu.....

Tristezas íntimas amargaron cruelmente la despedida del moribundo. Días antes de desaparecer él murió su fiel perrito, *Nicolás*, y bien puede decirse que Betances no fue tan llorado como *Nicolás*....., siendo esta la única vez que no debe expresarse la mala muerte de un hombre diciendo de él que *murió como un perro*.....

Y así, solo de toda soledad, angustiado de toda angustia, y pobre de toda pobreza, así murió el hombre que no tuvo reparo en hacer los más humildes oficios en provecho de la revolución antillana; así murió el revolucionario que escribía á Fonst el 19 de Mayo del 96: "Vendo, además de los sellos, banderitas, botones, alfileres, á precios módicos, sin cesación de comercio á pesar de que se pide mi expulsión, que no consentió Bourgeois;" así murió el hombre cuya norma de conducta en todo tiempo fue este aforismo de uno de sus libros:

Trabajar es producir, y producir es servir á la humanidad. Producir cuanto uno pueda y hacer todo el bien que uno pueda, es llenar la vida de un buen ciudadano y de un hombre de bien.

LUIS BONAFOUX.

PAGINAS CORTAS

En un álbum

(POR MIGUEL IZAGUIRRE VALERO)

Una noche espléndida de Mayo iluminada con la serena claridad de la luna, voló desde su alcázar hacia la tierra, una hada benigna. Posó en vuestro jardín lleno de fragancias, sus pies pequeños y sonrosados; y cuidando de no desgajar con sus grandes alas blancas vuestras flores, tomó gardenias, rosas purpúreas y tulipanes negros.

Formó un búcaro con todas ellas y lo besó murmurando en su divino idioma, no sé qué conjuro mágico.

Luégo, agitó sus alas y se remontó á grande altura, desde donde apenas se veía distintamente, este pobre hormiguero humano que hinche las ciudades.

Subió más todavía y tomó de Orión que brillaba en el Cenit, dos de sus más rutilantes estrellas; voló entonces hacia abajo, y cuando hubo atisbado al Océano, que como un negro monstruo, rugía en lo profundo, descendió sobre él y arrebató de su seno las perlas más preciadas; y con todo eso, gardenias y rosas purpúreas, para vuestro cuerpo; negros tulipanes para vuestros cabellos; estrellas, para vuestros ojos, y perlas para vuestros dientes, formó como os dije antes, con un beso y un conjuro, una gentil y adorable señorita que sois vos.

Y se volvió á su alcázar satisfecha de su hermosa obra.

Luégo vuestra madre, dulce y buena, os hizo el corazón á su imagen, y puso en vuestra alma todas las virtudes. Y ella y el hada benigna, velan por vos. Esta, desde su alcázar, que una nube de grana pasea por el ancho espacio, y aquella, desde el trono del hogar que la virtud y el trabajo santifican.

Marzo de 1899.

El hombre

(POR CHARLES FENIL)

Una mar borrascosa al pie de una roca escarpada, la noche, el cielo estrellado.

El hombre. ¿Esto es la vida? ¿es un sueño? ¿cuál es mi pasado y mi porvenir? ¿estas olas que se forman y desaparecen, estos olores, estos soplos, están fuera de mí ó están en mí mismo?... Si mis ojos, si mis orejas, si mis narices me engañaran, si yo estuviese sólo bajo las apariencias del mundo, si no fuera más que un alma ilusa que vaga por el infinito, un sér irónico y aterrador!... ¡Locura!... Esta roca impassible y negra no es un sueño, es la evidencia... La evidencia! (mira al cielo).

Un universo real no es menos terrible que la nada en que me encuentro... A mis pies, sobre las ondas, la luz de una estrella; la luna, un astro muerto; el enjambre innumerable de soles... ¿Y, después? ¿Y más allá? ¿Quién soy en medio de esta inmensidad? (se arrodilla). Es un misterio aterrador (llora).

¿Ser y no comprenderlo! Dos gérmenes se encontraron y se unieron, tomaron forma humana, constituyeron un sér. Este sér grita, se mueve, piensa, vive y se pregunta por qué vive. Del fondo de lo eterno ha venido al través de las generaciones; recuerda otros tiem-

(1) Próximo á publicarse el libro *Betances*, que, por los documentos que contiene del revolucionario antillano, ha de llamar grandemente la atención pública en España y América, damos como primicias un fragmento del volumen.



PROFESORES Y CURSANTES DEL 6º AÑO DE DERECHO, EN LA ILUSTRE UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA. — Fotografía de Manrique & Cº

pos, adivina que ha vivido en los siglos anteriores, en la edad media, en los tiempos antiguos, en la época primitiva. Pero antes de todo ¡era una nebulosa, un grupo imperceptible de átomos!

Moriré antes de comprenderlo; partiré para un nuevo misterio, seré arrastrado hacia lo eterno por la incesante evolución que forma de nuestras vidas nuevas vidas. Oh! acaso entonces sabremos la verdad, dejaremos la incertidumbre, venceremos la duda, saldremos de la sombra!...

(Una figura aparece).

—¿Quién eres?

—La ciencia. ¡Enfrente de la vida terrestre que eres tú sobre la tierra?

—Gota de agua para una sed inmensa.

(Una segunda aparición).

—¿Quién eres?

—El ensueño!

Toma de la mano y conduce de las tinieblas á las tinieblas á un pobre hombre que llora.

Pastel

(POR OSWALD EYRIER)

Llueve flores, flores blancas, embalsamadas y ligeras, que caen de los árboles con rumor de seda restregada.

Flores de manzano, flores de almendro, abiertas á los primeros hálitos del renuevo deshojan sus débiles pétalos, y en el deslumbramiento del sol la nieve se arremolina trasparente y fresca sobre el césped del verjel. Bajo las ramas, que forman una bóveda de zafir, el camino está preparado como para que pase el cortejo nupcial.

El cielo azul, de un azul de turquesa, tachonado de blanco, parece sonreír. Cantos de pájaros resuenan por todas partes; flota en el aire el placer tranquilo, el gozo sereno que experimentan los convalescientes al sentirse revivir.

En medio de este paisaje virgiliano, embriagada con los perfumes del campo, una joven medita.

Sentada sobre la fresca hierba, recostada en el tronco de un manzano florido como un ramillete de novia, ella permanece inmóvil con los ojos medio cerrados y la mirada perdida en el rayo de sol atravesado de insectos. ¿Qué visiones pasan por sus pupilas? ¿qué recuerdos ó esperanzas, alegrías ó deseos? Sus labios se entreabren con ligera sonrisa. Olvidada de todo, insensible á toda otra realidad exterior que al perfume de la atmósfera y á la luz del sol, ella sueña.

Más lejos, con su gorra de terciopelo y su pipa en la boca, el marido pasea su pesada digestión.

Su presencia simboliza toda la existencia con sus rápidas é intensas alegrías demasiado compensadas por eterno fastidio.

Ensueño

Del francés.

Esta tarde, hace pocos instantes, abrí un libro para leerles: á mi madre y á mi hermana.

Mas, las sombras llegan presto en estos días de invierno, y gracias al resplandor del fuego que ardía en la chimenea, la oscuridad no nos envolvió al punto por completo..... Mi

voz iba vacilando más y más á medida que mis ojos leían con mayor dificultad..... Llegó un momento en que hube de callar, y el libro se me cayó sobre las rodillas, sin que mis auditoras muy queridas advirtiesen que había dejado de leer..... Maquinalmente, miré á mi madre que se estaba con el codo apoyado en el sillón y la cabeza en la mano..... miré á mi hermana, con el rostro reclinado en el mármol de la chimenea..... Y yo también me quedé inmóvil y pensativa, ante aquella doble inmovilidad y aquel doble arrobamiento..... La noche continuaba invadiendo la estancia..... ¿en qué pensaba mi madre, anciana y enferma? ¿vagaba su espíritu por la región de los recuerdos felices, ó por la de los amargos pesares? ¿olvidaba los rigores del presente para saborear las dulzuras del pasado?..... Y mi joven hermana ¿en qué pensaría; niña ella, cuya primavera no había alegrado ni un solo rayo de sol? ¿sentía acaso que su juventud y su hermosura se marchitaban en una viudez eterna? ¿ó bien, entrevería, allá lejos, en un horizonte azul, la dulce imagen de una desposada que venía lentamente á ella despertando al amor su corazón y poniendo en sus labios la flor de las sonrisas?..... Y en qué pensaba yo misma, esposa sin ilusiones, viuda de amores y de dicha, sin los plácidos recuerdos de mi anciana madre y sin las radiantes esperanzas de mi joven hermana? Reinaba la noche en torno nuestro y dentro de nosotras..... Y me pregunté mirando á mi madre con la cabeza siempre entre las manos, y á mi hermana siempre con el rostro apoyado en la chimenea, me pregunté en cuál de nuestras almas era más negra y más profunda la noche!.....

Pobre Marsellesa!...

(POR LUIS BONAPOUX)

A la hora de dejar á dreyfusistas y antidreyfusistas, para dedicarme á los cámaros, que son más inteligentes por todos conceptos, la iluminación de la villa riela en el canal de la *Vilaine*, sacando á los peces de su fangoso lecho, y los vecinos canturrean á coro la Marsellesa.

¡Ay, República, cómo la has puesto!... Esto no es Marsellesa, sino, como dirían en la Habana, un *choteo* de la Marsellesa. Cada uno de los partidos militantes se ha apropiado el himno de Rouget de l'Isle, le ha puesto coplas á gusto del consumidor, y la Marsellesa sirve actualmente de taparrabo á las peores vergüenzas y á las más horribles blasfemias. ¿Para cuándo se deja el convertirla en canción para bailarse en Montmartre? Si el bueno de Rouget resucitara para dar una vueltecita por Rennes, de fijo se echaría al canal de la *Vilaine*, cuyos peces, atónitos por la iluminación del 14 de julio, quieren y no pueden levantar cabeza, acaso avergonzados de que haya venido tan á menos el himno revolucionario, y van dejando un surco de burbujas á través del agua sucia y pestilente, que esparce en la atmósfera el microbio de la fiebre tifóidea.

¡Ay, Marsellesa, cómo te han puesto!... ¡Ay, Rouget, cómo te *chotean*!... Tu canto inmortal es un verdadero *canto* que va á estrellarse en los cristales de la casa del catedrático Basch; tu música sublime es el zumbido del abejorro que ronda día y noche una celda de la prisión militar, y que de vez en cuando roza con sus alas de luto la vitrina del cuarto donde solloza una mujer, sola de toda soledad y triste de toda tristeza...

Yo he llegado á oír la Marsellesa como oigo el chis-chis de la lluvia que cae desesperadamente en esta costa bretona llamada de esmeralda, como recuerdo las páginas de *Los Girondinos*, toda la fe y todas las ilusiones de mi juventud de revolucionario; y cuando percute en mi corazón con ruido de onda lanzada de muy lejos, no pienso que va á amparar un derecho ni á defender un oprimido, sino á servir de acompañante á una iniquidad cualquiera de las muchas que la han tomado de de pantalla.

¡Pobre Marsellesa, cómo te han puesto! ¡Pobrecito Rouget de l'Isle, cómo te *chotean*!

Trío de pájaros

(POR EUGENIO ASTOL—Puertorriqueño)

En un país del Mediodía—no me acuerdo cual—y en la cúpula frondosa de un castaño—árbol venerable, patriarca del bosque—verificóse, cierta tarde de primavera, un extrañísimo concierto.

Actores: un pinzón—erguido caballerete de flamante pechera roja; un jilguero—bullicioso doncel ufano con su jubón amarillo, y un ruiseñor—meditabundo artista que se emboza en capucha parda.

¿De dónde venían? Seguramente, de un campo de flores, porque el primero ostentaba un pétalo de rosa en el extremo de las alas; el segundo oprimía entre sus uñas la breve copa blanca donde anida la madre selva, y en el pico del tercero titilaba una gota de miel.

¿Cómo se encontraban allí? Al azar, por instintivo impulso, en busca de ramaje para el nido, de fresca brisa y amplia sombra; esquivando la emboscada de arteras redes y la acechanza traicionera de las aves de rapia. Se miraron con desconfianza, midiéndose unos á otros como hubieran podido medirse Tamberlik, Gayarre y Massini, juntos. Indudablemente, eran del gremio.

Cada cual se creía con un derecho exclusivo á la posesión de aquel castaño, que era, á la par, su teatro y su asilo. Pero no hubo ri-

ña, ni siquiera discusión. En este punto son los pájaros mucho más perfectos que los hombres.

Los picos estaban cerrados. Sólo reinaba un silencio hostil, interrumpido á veces por un murmullo del castaño—el árbol comunicativo por excelencia—á quien ya impacientaba el mutismo de sus huéspedes.

La tarde descendía por la escala del crepúsculo. El sol envolvía el bosque en un ambiente de rosa y oro, donde revoloteaban los alados insectos como un mar de luz, mostrando sus coseletes de deslumbrante pedrería. Las flores nocturnas aguardaban con ansia los besos de la noche.....

En esto presentóse en escena un murciélago—repugnante animalucho llegado de no sé donde—y clavó en los inmóviles artistas una mirada llena de hiel—verdadera mirada de crítico.

El murciélago no canta; más algún fabulista—quizá Lafontaine—ha descubierto que posee el *don* del sarcasmo—como todos los envidiosos.

Debo convenir en que el hurafío avechuelo empleó á maravilla el aguijón cargado de bilis, pero sólo obtuvo un efecto contraproducente.

Aquello—eterna historia del arte—fue un estímulo para la inspiración y un motivo para que cesaran pueriles rivalidades. Y se formó la liga del genio contra el enemigo común.

El pinzón, más vivo que los demás, se lanzó el primero, desplegando todos los recursos de su excelente voz de barítono. Su canto, plácido himno á la vida campestre, tenía el sabor de la leche recién ordeñada y el aroma del romero: una estrofa de las églogas virgilianas.

Entra en liza el jilguero, esponjando suavemente las plumas. *Cavatina* amorosa, estilo Bellini, de dulzura y suavidad inefables. Al oírla, sintió el viejo patriarca, que por sus fibras circulaba sangre nueva, y agitó las tupidas hojas con primaverales arreos.

El ruiseñor abarcaba toda la gama, desde el *fa* hasta el *do* sobreagudo, y su canto fue también otrá gama de ritmos. Era, á la vez, Anacreonte y Homero, Horacio y Virgilio; ya lanzaba el dardo de la sátira, ya se envolvía en la clámide de la oda; ora soplaba en la trompa épica, ora discurría coronado de jazmines por las florestas del idilio.

Tanta poesía, belleza tanta, avergonzaron de tal modo al celestial engendro, que huyó con oblicuo vuelo á su covacha, dando graznidos insoportables—ejemplo para los Zóilos.

El arte es una fiebre, pero en la música lo es más, y aquellos pájaros se hallaban animados por ese fuego divino, que, según los antiguos paganos, eleva á los hombres al nivel de los dioses. Dio comienzo al trío de las aves. Admiradores de Euterpe, *dilettantis* refinadísimos, ¿no habéis oído jamás un concierto de picos arpados, en la mitad de un bosque, al caer el sol? Pues... avergonzaos: no habéis oído ni visto nada.

¡Qué trinos tan dulces! ¡cuánto gorgorito primoroso! qué arpeggios y escalas cromáticas tan bien dibujados. La Patti no lo hubiera hecho mejor. Y aquel concierto al aire libre, grande como la Naturaleza, selvático como el bosque que le servía de escenario, tendría el privilegio—¡oh felices cantantes!—de no ser tratado por ningún periódico.

Pero viene la noche. El jilguero y el pinzón, vencidos por el sueño, inclinan la cabeza bajo el ala...

Sólo el ruiseñor—única ave canora á quien no amilanán las tinieblas—siguió derrochando notas triunfales; y al aparecer la luna, saludóla cantando la *Casta diva* de Norma.

La luna, agradecida al rasgo del artista, envió al ruiseñor una gota de rocío—líquido diamante, que como imperial diadema ornó la cabeza del pajarillo, reflejando en sus facetas las luces del cielo.

Los negadores en el arte

(POR J. M. LLANAS AGUILANIEO)

Scherer, crítico alemán, habló en cierta ocasión, del tipo *negador*, que tiene fisonomía propia muy característica dentro del campo de las letras y las artes.

El negador, es tan necesario para la vida y progreso del arte, como el creador mismo; espíritu complejo, nunca satisfecho, sarcástico y despiadado, todo en una pieza, pesimista casi siempre é influido en lo moral por esos mil derivados de la «hipocondría sistemática», cruzado de brazos ante la producción de cualquier tiempo, crucifica con su sonrisa irónica á todo ideal, obligándole de este modo indirectamente á transformarse y transformarse sin término.

Frecuentemente se le encuentra encarnado en determinados individuos, pero aparte de ello, raro es el artista ó el hombre de letras, que no resulta un negador al juzgar la obra de los demás.

Sorprende á veces ver y oír la variedad incongruente de opiniones, que una serie de personas cultas, emiten á propósito de un libro, cuadro, ó escultura determinados; mientras algunas de ellas juzgan con imparcialidad y sensatez, otras ponen al autor en el quinto cielo, y la mayoría le declaran incompetente, imbécil, y hasta falto de sentido común. No hay tertulia de escritores ó artistas en que no pueda verse esto á diario.

Actualmente, en Madrid, la palabra negadora de moda, es, *cursi*. Hoy todo es aquí *cursi*; pocos son los cuadros de la Exposición que se han librado del epíteto y poquíssimas las obras literarias de la temporada, ó de otras anteriores, á cuyo asunto haya dejado de aplicarse el sambenito de esa palabreja semi-inglesa y semi-tonta, que no obstante decir muy poco ó nada, constituye hoy por hoy en la corte la fórmula inevitable y compendiada de todo juicio crítico en materia de arte.

Muchos al oírla, tal vez piensen maquinalmente en las decantadas envidias y celos artísticos, pero yo veo tras ella otra cosa muy distinta: es el imperativo negador, el que allí asoma, el genio de la evolución artística que hace decir pestes de la obra alumbrada, precisamente porque ha visto la luz, porque es ya del público y no conviene detenerse sino seguir adelante.

El elogio neutraliza y embrutece; la negación es la única que puede producir el desequilibrio necesario para que las ideas sigan brotando y se sucedan y metamorfosean, dando como resultado la aparición de nuevas formas y concepciones. La eterna teoría del salto y de la antítesis; sin diferencia de nivel, sin oposición no puede haber dinamismo, ni exteriorización de energía.

La discordancia entre el medio exigente é implacable de los negadores, y el talento ó el genio de los que crean, hace que la corriente de la producción no se interrumpa; que el individuo siga sin cesar vibrando é ideando, y las sociedades modifiquen su constitución, buscando siempre la forma de perfección ideal.

Ampliando el concepto del tipo negador, caben dentro de él, filósofos, sociólogos, políticos, pensadores en una palabra, que no hallando aceptables (por impotencia, despecho, ampliación mental, etc.) las antiguas, han cuidado y cuidan de marcar direcciones nuevas á la inteligencia, al individuo y á los organismos sociales, ú obligan á otros á hacerlo. Sin su iniciativa los hombres hubieran continuado errando á media noche—como dijo Nietzsche, en *Zarathoustra*—al redor de la tumba de sus dios, esto es, del depósito sagrado de sus tradiciones, ideas fijas, obsesiones y rutinas.

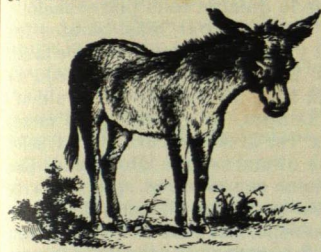
Por eso, cuando mi mala fortuna me lleva á presenciar cómo tiran del pellejo del ausente los *habitués* á tal ó cual congregación de gente del oficio, pienso que era caso de contrársele al interesado y darle la enhorabuena encima.

NOVELA VENEZOLANA

(ILUSTRACIONES, EN PARTE, DE ARTURO MICHELENA)

XII

UNA mañana Gertrudis bajó al pueblo, acompañada de un muchacho que le llevaba un gran canasto atiborrado de racimos de tomates encendidos, hermosos ramilletes de cebollas de cabeza y otras cosas semejantes. Se proponía vender aquéllo en el mercado, para comprar con el producto de la venta unas varas de zaraza, dos pañuelos de madrás y un retazo de bramante ó de liencillo. Por no exponer el pollinillo á los deseos de tantos militares como vagaban por los campos haciendo de las suyas, lo dejó en el zanjón hartándose de yerba fresquecita, sacudiendo las orejas con estrépito y espantándose las moscas con el rabo, y prefirió pagarle á aquel muchacho para que le llevase el canasto hasta Maraure.



Encarnación se quedó de cuidadora, porque no era conveniente abandonar la casuca todo un día en aquellas circunstancias, y después que

almorzó con toda la desgana que solía desde cuando la tristeza se le había introducido en el espíritu, se puso á lavar en el cequión. Sentada sobre la yerba de la orilla, inclinando la cabeza sobre la piedra en que lavaba, encuadrado el fresco rostro en el ala de un inmenso sombrero de cogollo, constelada la frente de gotas de sudor, con los brazos desnudos que daba gloria verlos tan rollizos, y acesando de fatiga á consecuencia del sol y del trabajo que el recio menester le ocasionaba, la muchacha respiraba espléndida salud por todos los poros de su cuerpo. Por sus torneados brazos, de hoyuelos en los codos, corría la sangre pura; del seno casi descubierta, donde lucía un rosario su brillante cruz de oro, se escapaba un olor como de rosas en capullo, aún no mancilladas y nacidas en la falda de las lomas; sus labios, encendidos como adelfas, tenían la inequívoca frescura que en la mujer denuncia el estado virginal. Ninguno, al contemplarla tan hermosa, podría imaginarse que su corazón sufriera, que su pecho fuese un vaso rebosante de amargura, ni que en su alma joven, vibrante como un arpa, hubiese más profunda sensación que la avasalladora alegría de vivir.

Pero ahora, como tantas otras veces, no cantaba al porracear en la piedra con la ropa, ni sonreía con el deleite que da la juventud, ni sus ojos resplandecían con ese brillo insólito que sirve á denunciar la absoluta alegría del espíritu. Sus miradas eran tristes, sobre todo cuando iban á perderse en el azul; la palidez de su semblante denunciaba el sufrimiento; dos anchas ojeras circundaban el borde de sus párpados; de vez en cuando una lágrima se desprendía de ellos, y con no poca frecuencia la chica suspiraba, pero con esa tristísima expresión del que siente algún dolor al suspirar. En ocasiones suspendía el movimiento del oficio, é inmóvil como una bella estatua de mujer, con las manos apoyadas en la piedra, abstraída de cuanto la rodeaba como el que está bajo la influencia del ensueño, echada la cabeza para atrás y con los ojos fijos en la soberbia cúpula del monte fron-

terizo ó en el azul espléndido del cielo, parecía que hablaba sola, porque sus labios se movían y el viento se llevaba el rumor quedo de sus palabras indecisas.

¡Alegría! ¡alegría! era lo que cantaba entonces todo en el regazo de la naturaleza: las frondas al soplo de los céfiros, las yemas de los troncos al impulso de la savia, las aves al calor del mediodía, las flores al ardoroso beso de los efluvios de la tierra. Sin embargo, Encarnación permanecía en una especie de laxitud abrumadora, y un pensamiento fijo, que nunca se apartaba de su mente, la dominaba en absoluto. ¿Qué podía ella hacer para acallar su corazón, para no entregarse nunca al hombre á quien quería, para doblegar su voluntad á la voz de su conciencia? ¿Qué podía ella hacer para triunfar en la batalla, cuando su amor era invencible, y heroicos los impulsos de su naturaleza, é indomables sus anhelos como bridones disparados en airoísima carrera por la pampa?

De improviso despertó, como asustada, de la abstracción en que cayera desde hacía media hora. Sintió hacia la izquierda el crujir de algunas ramas, y volteó llena de espanto, sin atinar á decir nada, encogido de miedo el corazón. Abriéndose camino por entre lo tupido del espinoso matorral, con los ojos desmesuradamente abiertos, las manos temblorosas y el semblante demudado, Matías avanzó hasta colocarse frente á ella. Su alejamiento de la casa, su aspecto melancólico, la amargura que revelaba el decaimiento de su ánimo, el hecho de no verle de mes y medio acá, los decires que corrían con relación á sus frecuentes embriagueces, amén de aquella solemnidad siniestra con que acababa de surgir de la arboleda, llenaron de terror á la muchacha; y al verse sola en el conuco, entregada á los caprichos de aquel mozo, cuya frenética pasión podía impulsarle á cometer un desafuero, palideció como una muerta y comenzó á temblar.

Matías no tardó en darse cuenta de aquello que pasaba por el ánimo de su adorada prima, tormento de su alma y origen de todos sus dolores, y echándose de espaldas contra el tronco de un naranjo, le dijo para tranquilizarla:

—Ya miro que te asustas de solamente verme...; Malhaya con mi suerte tan indina!... Por lo que se barrunta, de seguro que me crees un bandolero capaz de atropellarte... Pero escucha, no te figures nada malo, porque yo; por la Virgen del Carmelo te lo juro! no vengo á hacerte nada.

Y al murmurar aquéllo con voz sorda, el desdichado mozo se ahogaba de emoción, de una emoción profunda que sacudía todos sus miembros.

—Y ¿quién te ha dicho que me asusto?—balbuceó toda confusa Encarnación, tratando de dominar el estallido de sus nervios.

—Tú misma, con ese color blanco que tienes en la cara, con esos ojos que ya se te salen de las cuencas, con ese gran temblor que te brinca en todo el cuerpo.

—Pero puedes contar con que no es por miedo á ti, porque no hay razón pa ello. Como no te veía desde hace mucho tiempo, y como estaba descuidada cuando te sentí llegar sin esperarte, en el primer momento me asusté, porque creí que era otra gente. Y como ahora andan tantos ladrones por aquí, que arrasan con todo lo que encuentran, cuando escuché tus pasos, sin que todavía te hubiera conocido, me quedé fría de miedo.

Encarnación mentía con el mayor descarro; pero mentir era preciso en tan difícil coyuntura, para evitar que Matías se irritara y diese rienda suelta á la vehemencia de sus pasiones tanto tiempo comprimidas. El cual, sentándose de firme en una de las piedras que bordeaban la orilla del cequión, le dijo á la muchacha:

—La ocasión de estar tú sola en esta casa, la he atisbao desde hace muchos días. Esta mañana, con la fresca, vi ganar á mi tía pa Maraure, y aquí me tienes con el alma hecha pedazos, pero resuelto de un todo á que me salves, ó á que me acabes de enterrar... Vuelvo á decirte, pa que lo escuches bien, que no vengo á hacerte nada, sino á hablarte lo que siento con todo el corazón. Oyeme, pues, si quiera sea por caridá, y después que me respondas lo que quiero, quedas en libértá de hacer lo que te plazca, que los gustos son pa eso. Pero añádoté, sí, que en tus manos está el remediar mi pesadumbre, más negra que la noche, ó el acabar conmigo de una vez.

Con la cabeza gacha, rayando con la uña del pulgar los pliegues de la enagua, y sin poder deshacerse del temor que en la sangre le picaba como un millón de agujas, Encarnación le escuchaba silenciosa.

—Ya sabes—agregó el mozo luégo, apoyando el brazo izquierdo en la pierna respectiva y accionando con la derecha mano—ya sabes, porque mucho te lo he dicho de cuantos modos hay, que yo te quiero con locura, que no pienso sino en ti, que estoy dispuesto á hacer lo que me mandes, en consiguiendo tu cariño, y que si suelo emborracharme, es pa aliviarme de las penas que me borbotan el corazón por tus desprecios... Aunque me sea feo el decirlo, yo soy un hombre honrao, trabajador como lo ves y de buenos sentimientos; y ninguno, más que yo, te haría feliz como tú te lo mereces. Mi tío, por lo bien que me conoce, se alegraría de verdá con lo que yo tanto deseo; y lo que es mi tía, ya ves lo que me quiere. El día que ellos se mueran, que Dios no le permita en mucho tiempo, te quedas sin amparo en este mundo, y sola no tendrás sino meras pesadumbres. Ya sé que yo no tengo pa ofrecerte sino mucho corazón, que es lo que se agradece, y voluntá pa los trabajos, que es lo que los hace llevaderos; pero en queriéndome tú de buena gana, pa reírme del mundo y de sus grandes perrerías no va á alcanzarme el tiempo ni que jile muy delgao todo el copo... Conque ahí tienes ya, clarito como el agua del cequión en donde lavas, lo que traía pa decirte; y como á cada quien le gusta estar en el secreto del mal que ha de morir, yo quiero que me contestes ahora mismo. Una cosa sí te pido en buena ley y por el amor de Dios, y es que no vayas á engañarme: si no me quieres, pues prefiero que me lo digas de una vez, á que me hagas tragar una mentira.

Desazonada Encarnación con el pesado discurso de su primo, que salió de un tirón sin más ni menos, después de haber estado en gestación noches enteras, seguía rayando con la uña del pulgar los numerosos pliegues de la enagua, sin levantar del pecho la cabeza.

—¿Te escuece mucho el contestarme?—le preguntó Matías entonces, contrariado por aquel foso silencio que no le hacía ninguna gracia.

—Y ¿pa qué quieres que te diga lo que ya sabes demasiao?—le preguntó á su vez Encarnación, tratando de eludir una respuesta en toda forma.

—Mujer, pa que no me quede duda.

—Quererte yo, lo que es quererte, sí te quiero, pero tan sólo como hermano.

—Es que yo no me conformo con cariños de esa estampa.

—Matías, ya me duele la lengua de decirte que no esperes de mí otros amores.

—Y ¿no será porque tú tienes algunos enredijos con otro hombre?

—No es por eso—replicó Encarnación palideciendo—sino porque me dolería engañarte, casándome contigo sin quererte.

—Y si no es lo que yo digo, ¿por qué te apuras tanto, y te pones de amarilla como la flor de muerto, y me ves á la cara con temor?

—Porque todo eso te lo figuras tú, que no haces sino dar palos de ciego.

—Pues ten cuidado, niña—silabéó Matías al punto en tono de gran burla—no sea que á mí me hayan dicho lo que tú crees muy escondido.

Para disimular el raro efecto que aquéllo le produjo, Encarnación soltó en seguida una ruidosa carcajada, y murmuró:

—¡Por fortuna, mi conciencia está tranquila!

—¿De veras, niña linda?

—Como lo estás oyendo.

Hubo una pausa embarazosa en este punto, al término de la cual dijo Matías con alarmante seriedad:

—Mira, hablemos formalmente, y contéstame al fin si me desprecias, pa yo saber al cabo mis dolores.

—Pues, chico, formalmente te lo digo: te quiero como á hermano, y se acabó.

—Según eso—vociferó Matías, perdiendo los aplomos y olvidándose de todas sus promesas—¿prefieres desbarrancarte como una desalmada, á vivir en la santa ley de Dios? ¿Prefieres matar á mi tío de amargura, y llenar de pesadumbre esta casa de honradez, y echarle encima las murmuraciones del vecindario enteró, que no te dejará cabello sano? ¿Prefieres que mañana, cuando te vean pasar, te señalen pa decir: allí va la querida de D. Jacinto Sandoval, en vez de esto otro: allí va la mujer de Matías Bobadilla?

Con lo cual Encarnación se puso lívida, abrió los ojos que ya se le saltaban de las órbitas, levantó la cabeza con espanto, y exclamó:

—¡Matías, tú estás loco!

—¿Loco? Ni esto, mira.

—O andas bebido por lo menos, porque venirme con tan falso testimonio como ése, es lo mismo que tener un frasco de aguardiente en la cabeza.

Enardecido con semejante golpe, Matías arremetió con pujanza formidable.

—¿Sabes lo que hay, Encarnación? Que yo no trago entero, porque mi casta es otra; que tú estás hoy en camino de perderte, y que si no te has perdido hasta la fecha, es por la misericordia del Señor.

—¡Matías, por Dios, no seas infame!—gritó con energía Encarnación, creyendo que su primo decía aquéllo por mera suspicacia.

El cual, herido en lo más noble de su alma generosa, temblándole de cólera los labios, dueño de sí mismo por lo que había visto y escuchado aquella noche inolvidable, llamándole los ojos y extendiendo el dedo índice de la derecha mano con ademán imperativo, gritóle á su prima con furor:

—¡Niégame que tú sales de noche á conversar con D. Jacinto en el cercado del camino!

—¡Te lo niego!—contestó resueltamente la muchacha.

—¡Pues eso, grandísima embustera, podrás decirselo á mi tío cuando vuelva, pa embobarlo como tienes por costumbre; pero no á mí, que desde aquella piedra que está en el cafetal de los naranjos, asombrado de tu piquísima vergüenza y rebosándome las ganas de alumbarte una paliza, te he mirado dejándote engañar por D. Jacinto! ¿Sabes cuándo?

¡Aquella misma noche que le dijiste que me tenías lástima, y que si no hubiera sido porque llegó mi tío, entregas cuerpo y alma sin ningún temor del cielo y te llevan los demonios!... Con que niégame ahora, perla, lo que yo mismo he visto con mis ojos.

Descubierta por completo en lo que ella creía misterio impenetrable, y rabiosa con los bárbaros insultos que acababa de escuchar, á Encarnación no le quedaba otro camino que confesar lo que su primo aseguraba; é irguiéndose altanera y cejijunta, se le enfrentó para decirle:

—Sí es verdad, no te lo niego... Pero mira, ¿qué te importa á ti lo que yo haga? ¿Qué tienes tú que hacer conmigo? ¿Eres acaso hermano mío?

—Ni lo soy, ni tampoco quiero serlo; y por lo que hace á mi cariño, desde hoy te lo quito de raíz, porque pa mozas desalmadas como tú, en donde quiera se consiguen; y no permito el cielo que muy pronto tengas ya que arrepentirte de haberme despreciado; y acuérdate de que Dios castiga á las hijas sin conciencia que se pierden por su gusto cuando su padre está en desgracia; y sigue engañando como te dé la gana á la buenota de mi tía, que ni siquiera ha podido maliciar lo que pasa en sus redores con el vagamundo ese á quien tú oyes encantada; y revuélcate en el fango como mejor te pidan las miserias de tu sangre, y después véte al infierno.

Dicho lo cual en un tono de rabiosa exaltación que parecía más bien un acceso de locura, Matías se alejó á paso largo por donde había venido.

XIII

Así que le pasó la indignación que en su ánimo causara la numerosa parrufada de Matías, Encarnación dejó el oficio, se sentó sobre una piedra y se puso á meditar. Jamás se había encontrado en una situación más conflictiva. Dejar de querer á D. Jacinto, era imposible para ella; y si Matías, desengañado como estaba en absoluto de que ella en ningún caso llegaría á ser su esposa, le revelaba á Gertrudis su secreto, de seguro que ésta trataría de entorpecer, por cuantos medios estuvieran á su alcance, las amorosas relaciones de su hija con el rico propietario. Lo cual haría con tanta más razón, cuanto que al regresar Felipe, que era hombre harto severo en punto á la honra de su casa, la apostrofaría indignado si la encontraba culpable de tibieza con la menguada hija.

Si Felipe regresaba, en el acto se pondría en los retazos de lo que estaba aconteciendo á la sordina en el conuco, aunque no fuera más que por virtud de la sospecha que tenía; y con el fin de extirpar de raíz la enfermedad, trataría de casar por la fuerza á Encarnación con su sobrino, porque Felipe era hombre para esto y mucho más. Encarnación veía como un hecho consumado lo que todavía no era sino apenas una hipótesis, pero hipótesis probable por más de un contrafuerte poderoso, y se volvía loca de desesperación.

Resignarse á ser la esposa de Matías, por más que éste fuera el dechado más perfecto de nobles cualidades, era sacrificar sus ilusiones más queridas, renunciar á la felicidad que tanto había soñado en sus momentos de dulcísima abstracción, echarse encima el peso de un martirio continuado, y doblar el cuello al yugo de la más repugnante servidumbre, que no otra cosa es ni puede ser el matrimonio sin amor.

Ella quería á D. Jacinto con todas las ternuras de su alma, con todos los arranques de su sér, con todos los anhelos de su rica juventud, y había jurado ser de él en absoluto, aunque tuviera que pasar osadamente por sobre todos los escrúpulos del mundo. Ante aquella grandeza de su amor valían poco ó casi nada la limpieza de su nombre, la honra de su casa, los cuidados de sus padres, el te-

mor mismo de Dios. Y cavilando, cavilando de tal suerte, de repente aparecía en el fondo de su imaginación la figura de aquel hombre por quien tanto había gozado y padecido, y una lágrima corría por sus mejillas de sólo imaginarse que jamás volvería á verle, á sentir la voz ardiente de sus labios, ni á escuchar sus palabras carifiosas, que sonaban en su alma como divina música.

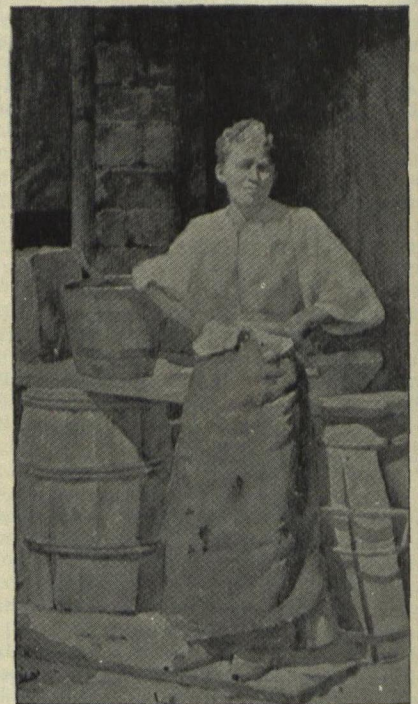
Por consiguiente, antes de que Matías fuese á cometer un disparate, revelándole á Gertrudis lo que había, lo que importaba era dejarse de consideraciones, obedecer á los impulsos de la naturaleza, echarse ciegamente en brazos del destino, y aceptar las consecuencias que sin duda surgirían de aquel paso.

Y del modo que lo pensó lo hizo en breve.

Postrada de cansancio, acezando de fatiga y cubierta de sudor, como á las seis llegó Gertrudis acompañada de los perros, que traían la lengua afuera, encendida y palpitante, á consecuencia de la prisa del camino. En el banco de madera que había en el corredor, Gertrudis se sentó un rato á descansar, limpiándose los chorros de sudor con el pañuelo.

—Y ¿por qué se tardó tanto?—le preguntó su hija.

—Porque el fulano mercao ha sido pa mí hoy un puro inconveniente... Primero, que me costó mucho trabajo vender los coroticos que llevaba, porque lo quieren todo por el suelo... Después, que por comprar más baratos los trapitos que tú y yo necesitamos, anduve la seca y la meca hasta las tres, y eso con el estómago en un hilo, porque no había almorzado... Y en fin de fines, lo que me pasa siempre: que fui á ver al señor cura y á la señá Socorro, y me dilataron que dio miedo. Esa gente es tan buena con nosotros, que á una le da pena salirse tan ligero después de almorzar como un obispo. Al señor cura, que con mucho interés me encargó te saludara, le pregunté si no sabía algo de Felipe, y me contestó que nada. La tropa que salió de aquí, como que la han juntao con la que carga un feje de apelativo creo que Colina, que dicen



GERTRUDIS (dibujo de A. Herrera Toro)

que es muy guapo; y á según se barrunta por allá, el bochinche como que se acabará en poco tiempo, porque dizque al fulano Salazar lo tienen ya cercao pa cogerlo.

—Y ¿trajo la zaraza?—tornó á preguntarle Encarnación, desesperando de impaciencia porque la noche se venía á más andar.

—Allí está en el canasto...La compré de a real y medio, porque las más baratas son poderías. Ya la verás que es muy bonita, y el tendero me aseguró que no destifie...Lo que sí es de flor es el bramante: sin maldita la puerca ni la goma, y doble que da gusto jalarlo, porque resiste como lona. Pal justán está buenazo.

Encarnación creyó que el momento había llegado, y díjole á Gertrudis:

—Pues bueno, mamita, mientras que usted descansa y se desviste, yo voy á la pulpería en un instante. ¿Le parece?

—Y eso ¿qué, mujer?

—A comprar un poquito de aguardiente pa echarme en la cabeza. No se figura usted lo que me duele, y de golpe se me planta un tabardillo con el sol que cogí hoy en la lavada.

—Véte, pues; pero eso sí, anda ligero, porque ya va á cerrar la noche. Acuérdate de que esos melitares andan sueltos por ahí.

Encarnación, que acababa de bañarse y de peinarse con esmero, entró sobre la marcha al aposento y se vistió de prisa con la ropa dominguera, sin olvidar ni los pendientes, ni el collar, ni el pañuelo azul de seda, ni el jipijapa nuevecito que le caía en la cabeza como una gloria. Gertrudis había ido á la cocina, con el fin de atizar la candela en el fogón y de informarse por sí misma de cómo estaba la comida aquella tarde, porque traía una gazuza soberana; y Encarnación se aprovechó de aquel instante para salirse en pin-ganillas, no fuera que Gertrudis maliciase alguna cosa al verla tan galana.

Una vez del lado fuera del tranquero, apretó el paso hasta llegar frente á la pulpería, para ver si divisaba por allí á D. Jacinto. Con el fin de ver mejor, sin que advirtiesen su presencia, se agazapó detrás de un espeso matorral. La pulpería estaba llena de campesinos que regresaban á sus chozas; muchos de ellos cargaban para entonces cuando menos medio frasco de ginebra en la cabeza; la algaraza que formaban aturdía; el pulpero iba y venía como un azogue del un extremo al otro, sin dar abasto á la demanda; y los pollinos mientras tanto, atiborrados de sueño y de pereza, asediados por las moscas y resistiendo el volumen de la carga que les habían encaramado en las costillas, inclinaban la cabeza contra el suelo, descolgaban las orejas con visible abatimiento, meneaban con displicencia el rabo, meditaban con gran filosofía acerca de lo arrastrado de su suerte, y pedían, no sé á quién—quizás á Dios—que sus amos acabasen de llegar á las casucas, lejanas todavía, para refocilarse ellos con la provocativa yerba que verdeaba en los potreros.

Por más que atisbó bien al interior, Encarnación no logró ver á D. Jacinto. Esperó un rato, y nada: aquél no parecía. La pulpería se fue desocupando poco á poco, y los alegres campesinos, tambaleándose los unos, espontaneándose los otros en lenguaje no nada edificante y chorreándose los más de escupitajos la pechera, desperdigábanse, camino de sus casas, prendidos del rabo de los burros.

La noche se echó encima, pero trayendo afortunadamente un ejército de estrellas capitaneadas por la luna. Encarnación se movía de un lado á otro desesperando de impaciencia. El pulpero encendió luz, y desde afuera podía la muchacha, saliendo yá del matorral, observar á quien entraba sin ser vista, y esperar de centinela media hora todavía. Estaba resuelta á no marcharse hasta no hablar con D. Jacinto, que tardaría poco de seguro.

En eso entró á la pulpería un muchacho de la hacienda. Compró algo y volvió á salir en la misma dirección que había traído. Encarnación se puso en marcha, le alcanzó, y emparejándose con él, le dijo:

—¿Qué hay, Patricio?

—Nadita, Encarnación...; Caramba, y qué milagro verla á usted á estas horas por aquí!

—Es que ando en un negocio de interés—contestó Encarnación, tratando de despistar así la curiosidad del mozo.—Dime, ¿D. Jacinto está en la hacienda?

—No, no está. Pa Maraure ganó como á las cuatro, y todavía no ha llegado.

—Pero, ¿él entra por aquí?

—Algunas veces, porque otras allega por la puerta de golpe del potrero.

—¿Tardará mucho?

—No lo creo, porque tiene que despachar temprano á los catorce piones que han de molar mañana...¿No los oye en gran chacota? Pues allá están en el trapiche, esperando á D. Jacinto.

Con lo cual Encarnación se dio por satisfecha, regresó á la pulpería, tomó camino abajo, y fue á situarse á la entrada del sendero que conducía á su casa, una cuadra más allá de la puerta de golpe indicada por Patricio. En medio de aquella soledad, á la muchacha se le encogía el corazón de horrible angustia, por temor de que Matías pasase por allí y fuese capaz de cometer con ella un desatino.

No se oía sino el rumor sonoro de la naturaleza, ese rumor solemne producido por la nota continuada de los grillos, por las ráfagas del viento, por el bullir de los raudales, por el sacudimiento constante de las frondas, por la respiración de cuanto vive en el regazo de la madre inmortal y soberana. Ruidos más intensos estallaban de improviso en medio del rumor uniforme que salía de todas partes, y Encarnación brincaba sobrecogida de terror, se agazapaba tras el monte y esperaba con anhelo.

De pronto percibió sobre el menudo cascajo del camino el ruidoso pasitrote de una mula encasquillada, y las manos se le pusieron frías, y una ola de sangre le corrió desde los pies hasta el cerebro, y comenzó á palparle el corazón de una manera inusitada. A poco D. Jacinto pasó por frente á ella; pero á pesar de sus esfuerzos no pudo conocerla, por lo cual se limitó á pronunciar:

—Muy buenas noches.

—Muy buenas, D. Jacinto—le contestó Encarnación.

Ello fue lo suficiente para que entonces él la conociese por la voz, y sofrenando la mula acto continuo, y haciéndose el sueco todavía, preguntó:

—¿Como que es Rosita Tello?

—No, señor, que equivocándose va usted; pero es que como ya me echó en olvido, ni siquiera me conoce. ¡Así es el mundo!

Allí mismo D. Jacinto se acercó á la muchacha, y fingiendo gran sorpresa al saludarla, exclamó con muchísimo aspaviento:

—¡Caramba, si es Encarnación!...; Pero cuándo me había de figurar que anduvieses á estas horas por aquí!...¿Cómo estás?

—Buena por lo que es salú.

—Pues es lo suficiente. ¿Qué más quieres?

—¿Qué sé yo!

—¿Malas noticias de Felipe, acaso?

—Ni lo piense tan siquiera.

—¿Entonces?

—Que tengo una recia enfermedad que ya me mata y que no atino á explicar de ningún modo.

—¿Podría curarte yo?

—Tampoco sé.

—A ver, y ¿qué es lo que te pasa?

—Lo que me pasa?... ¡Tantas cosas!

—Decírlas no es difícil.

—Pero la ocasión no alcanza, porque yo estoy de prisa ahora.

—Es que en queriéndola tú, nada más fácil que buscarla.

—Pues esa es cosa suya—contestó Encarnación, mordiéndose los labios.

D. Jacinto se inclinó y le preguntó muy quedo:

—¿Quieres que vaya esta noche por tu casa?

—Y ¿cómo es que hace un siglo que no va?

—Porque tú me has obligado á no volver.

—¡Caramba, no lo diga, que da rabia!

—Escucha, y si yo fuera, ¿me esperarías donde siempre?

—La pregunta está demás; pero váyase con tiento, y ojalá que pueda hacerlo por entre los cercaos, porque alguien nos atisba con empeño.

—¿Matías, acaso?

—El mismo.

D. Jacinto reflexionó un instante, y luego dijo con la mayor curiosidad:

—Pero dime, ¿por qué te encuentro aquí? ¿en qué negocio andas? ¿acaso Gertrudis está enferma?

—No, señor. Fue que al regresar de su pulpería de usted, á donde fui á comprar un poquito de aguardiente pa echarme en la cabeza, escuché el pasitrote de la mula, y por curiosa me paré á ver quién era.

Dicho lo cual, Encarnación se volteó con mucho asombro hacia el cercado, porque acababa de sentir algo así como el rumor que produce una persona al caminar con mucho tiento sobre las hojas secas, y agregó:

—Pero mire, D. Jacinto, váyase ya porque no puedo estarle más... Después conversaremos.

—¿Sin falta entonces?

—Y no se olvide de mi encargo.

—¿No me engañas?

—No lo engaño.

Encarnación se deslizó á la carrera por el sendero angosto; D. Jacinto arreó la mula con las riendas camino de su casa, y Matías, brotando de la arboleda oscura como una aparición inesperada, sentándose á la orilla del camino y vomitando una indecencia formidable, refunfuñó en seguida:

—Aquí me estoy hasta que pase... Y lo que es ella, esta noche va á saber pa qué nació... Lo que quiero es reventarlos á los dos, porque de otra manera no me deja gusto... Por fortuna estoy borracho, y medio loco, y qué sé yo qué diablos más... Poner á mi tía en los retazos de lo que está pasando, sería lo más derecho; pero eso no lo hace ningún hombre que se estima, ni con hacerlo, Encarnación se ablandaría... Nada, que lo mejor es pecho al agua; y después que en ella esté, aunque me ahogue... y se ahoguen los demás.

D. Jacinto arribó á la pulpería, y llamando á un lado al mozo, le preguntó en voz baja:

—Dime, ¿Encarnación Bobadilla ha estado aquí esta noche?

—No, señor.

—¿Ni la has visto pasar camino abajo?

—Tampoco, no, señor.

El encuentro con la muchacha le llamaba la atención sobremañera, porque ella no salía á tales horas, á menos que anduviese con Gertrudis en alguna diligencia. Y lo que había en dos platos era, para hablar con claridad, que D. Jacinto sentía un escozor inaguantable, una mezcla de desconfianza y celos. Pero cuando llegó á su casa, y Patricio le dijo estas palabras con misterio:—Mire que Encarnación vino á buscarle ahora poco—la desazón se le volvió pura alegría, bebióse hasta dos dedos de coñac y se sentó á comer con apetito extraordinario.

XIV

Sorbiéndose los aires, asustándose de su propia sombra y volteando para atrás con cruel angustia, porque el miedo la hacía imaginarse que alguien la iba persiguiendo, Encarnación salvó en diez minutos la distancia que había hasta su casa. Sin hacer bulla ninguna, recorrió los lustrosos varales del tranquero, y remangándose la enagua por detrás, caminando de puntillas y haciendo por la derecha un rodeo conveniente, se metió con sigilo al dormitorio, en un santiamén se desvistió, y respirando con notable ruido, se fue derecho á la cocina, donde Gertrudis se to-

maba un chocolate suculento que á nada más olía que á la mismísima raja de canela.

—Pero, mujer, ¡qué dilación!—dijo la madre cuando la vio aparecer en el marco de la puerta.

—Mamita, no tengo yo la culpa, sino la pulpería, porque la habían cerrao. Me tuve que esperar hasta que el dependiente acabara de comer.

Gertrudis alzó el coco lentamente, y sorbió con delicia el espumoso chocolate.

—Y de casualidad—murmuró luego—¿no te encontraste con Matías?

—No, señora.

—Es que esta tarde andaba el pobrecito de remate.

—Pues por ahí dizque la ha cogido ahora—repuso Encarnación de mala gana, encojiéndose de hombros con desdén.

—A mí me parte el alma verlo así—dijo con lástima Gertrudis—no sólo porque es sobrino de Felipe, sino porque parece de oro en polvo... Y en resumidas cuentas yo no sé qué es lo que le pasa, ni por qué se ha tirao al estricote... Me le acerqué esta tarde pa preguntarle qué tenía, y me contestó que andaba así pa olvidarse de las penas... Pero, ¿qué penas tendrá él?... Me dió ganas de llorar el infeliz, porque limpiándose las lágrimas me dijo: —míre, tía, quírame mucho, porque yo soy muy desgraciado.

Encarnación estaba en ascuas. Desde el principio de la conversación se figuró que Gertrudis la iniciaba con tales circunloquios y rodeos, para no ser tan brusca en lo que de seguro iba á averiguarle. Afortunadamente se calló, y todavía paladeando el chocolate, arreglana en la banqueta, empezó á cabecearse. El cansancio la rendía y el sueño la dominaba en absoluto con los efluvios de su opio. Encarnación se serenó; sus nervios se aflojaron con dejadez dulcísima ante la perspectiva de aquel sueño que parecía ser de plomo, y en sus ojos se encendió el esplendor anticipado de la felicidad.

Rezaron el rosario á rempujones, porque Gertrudis, cada rato, se demoraba en el camino. En ocasiones tartamudeaba apenas la oración, y columpiándose sobre las rodillas, como al soplo de los vientos un arbusto sobre el tronco, doblaba la cabeza y se dormía. Terminaron al fin como Dios quiso, y Gertrudis, desnudándose de un salto, se acostó para dormir serenamente, sin pesadillas ni visiones, como duermen las gentes bondadosas, las honradas, las que aman la justicia y viven para el bien.

Segura en absoluto de que aquel sueño era profundo, Encarnación volvió á salir, echó la mano á dos cabestros que guindaban de un clavo tras la puerta, aseguró los dos mastines por el cuello, y cerca del chiquero los amarró contra un naranjo. Enseguida alisóse los cabellos, vistióse con la ropa que por la tarde se había puesto, echóse agua florida en la garganta y en los brazos, y masticando una conchita de canela, se sentó en el corredor, dejando, para cualquier suceso inesperado, entreabierta la puerta de la sala.

Pocas noches como aquella. Ni un celaje había en el cielo, que parecía rotunda azul de porcelana. Cada constelación se veía distintamente, precisa, luminosa, con los estremecimientos que el rayo de sol vivo produce en las facetas del brillante. Solitaria, misteriosa, cargada con la esencia del ensueño, la luna señoreaba los espacios y volcaba sobre el mundo las ánforas de la melancolía. En contorno, las montañas semejaban anfiteatro gigantesco, y allá en la altura la vagabunda exhalación se encendía de improviso como un penacho vívido de oro. El campo todo se veía como cubierto por un baño de espléndida blancura, pero blancura inexpresable, semejante á una gasa de espuma espolvoreada de átomos de sol. Olor potente se escapaba de la tierra; la cascada retumbaba en las entrañas del abismo como un trueno prolongado; el

viento se dolía en las oscuras arboledas de no sé cuáles tristezas—¡quizás las de la raza indígena extinguida!—y la naturaleza pulsaba su grande arpa de numerosas cuerdas en el regazo esquivo de los bosques.

¡Cuán cierto es que el que espera desespera! Encarnación se rebullía cada rato en la banqueta donde se había sentado, y las horas le parecían eternidades. Era tan fuerte la impaciencia que sentía, que más de una vez llegó á creer que D. Jacinto, por vengarse, la había hecho esperar como á una lerdia. Pero en el acto comprendía que aquello era el delirio de la fiebre que la tenía fuera de sí, producida por el impulso irresistible del amor, por el miedo de que Matías cometiese un disparate, por el silencio que reinaba á aquella hora, por los distintos pensamientos que le ardían en el cerebro, por el ansia misma, en fin, con que esperaba á D. Jacinto. Y después que se angustiaba lo indecible por suponerse víctima de la más pesada burla, volvía sobre sus pasos y exclamaba en su interior con alegría inexpresable:

—¡Caramba, si no es tarde!... ¡Los gallos no han cantao todavía!... ¡Habrás visto una mujer más rematadamente loca!

Cual si viniese del camino, pero medrosa, espeluznante, enteramente ahogada, de pronto oyó una voz que le decía:

—¡Encarnación!

El espanto se apoderó de ella, le dio un horroroso escalofrío, los miembros todos le empezaron á temblar y acurrucóse cuanto pudo.

Siempre ahogada, pero distinta y más intensa, la voz tornó á decir:

—¡Encarnación!

Aquello era capaz de amedrentar al más valiente. ¿Quién la llamaba y desde dónde? No podía ser D. Jacinto, porque su seña era un silbido largo y recio. Pero, ¿qué otra persona iba á llamarla á aquellas horas? ¿Sería alguna bruja, algún aparecido, alguna ánima en pena que venía á suplicarle algún responso? ¿Habría muerto Felipe en la campaña, y era su alma misma la que quería avisárselo al emprender el viaje de donde no se vuelve nunca? La muchacha se cubrió el rostro con las manos, porque ya le parecía que su padre, indignado, furioso, amenazante, salía de la arboleda como un fantasma blanco para pedirle cuenta de aquel comportamiento tan indigno.

Y otra vez, precipitada, temblorosa y más cercana, la voz dijo con vehemencia:

—¡Encarnación!... ¡Encarnación!

La muchacha trató de levantarse para huir despavorida; pero entonces vio que el pato, saliendo de detrás de la casita, estirando y encojiendo la cabeza, y con las alas blancas extendidas por el suelo, se iba caminando hacia la troje donde dormía la pata.

Las ganas que le entraron á la chica fueron de extrangular al hermosísimo animal; pero en tal guisa se encontraba, cuando escuchó un silbido largo que resonó en su corazón como un acorde melodioso, y olvidándose de todo, corrió hacia el cercado con el alma desbordante de alegría.

Incorporándose en la rama del fragante limonero, y después de dirigir una mirada escrutadora en torno suyo, de contar las tres gallinas que los merodeadores le habían dejado apenas, de contemplar el firmamento con fije-

za y de erguirse como soberbio emperador sobre sus curvos espolones de combate, el gallo sacudió en aquel momento las alas con estrépito, é interrumpió con el primer ¡cu-curu-cúuu! el profundo silencio de la noche.

D. Jacinto estaba ya del lado dentro del cercado, con el revólver en el cinto, camisa gari-baldi y enorme jipijapa de ala vuelta sobre el rostro.

—¿Qué era lo que tenía, ah?—le decía Encarnación, poco después, estrechándole una mano con cariffo.—Treintiseis días hace hoy que no lo veo, y usted no sabe lo mucho que he sufrido por usted... Y ¿se creía usted que una es de fierro?... Pues sepa que mientras usted no se acordaba de esta infeliz que lo quiere con el alma, yo me moría de pesadumbre... ¿Qué le pasaba? ¿Por qué diablos no volvía? Por ingrato ¿no es verdad?

Y le miraba á los ojos con dulzura, deslumbrantes los suyos de emoción.

Pasado aquel primer trasporte de entusiasmo apasionado, que era un desbordamiento incontinente del afecto tanto tiempo comprimido, Encarnación le preguntó:

—¿Hizo lo que le dije?

—No, por temor á una culebra; pero subí por la orilla del cequión.

—Pues véngase conmigo, porque aquí estamos mal... Yo tengo mucho miedo... Matías es capaz de un disparate, y esta noche, pa mayor calamidad, anda borracho... Figúrese que allí, agazapao detrás de aquella piedra, nos ha oído cuanto hemos conversao.

D. Jacinto desvainó el revólver, y en el acto se dirigió á la piedra. No había nadie. Al regresar, Encarnación le llevó hasta la cocina.

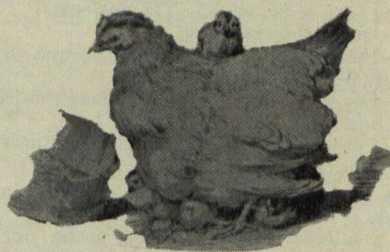
Se hallaba ésta situada á la mano siniestra del tranquero, casi casi pegada á la casita, de tal manera, que de un brinco se pasaba del corredor de la una al de la otra. El techo era de paja, en forma cónica, y de carrizo las paredes, con una capa de mezelote por encima.

Cuando entraron, los tizones rojeaban todavía en el fogón al través de la ceniza.

Así que transcurrió como una hora, del fondo de la arboleda que hacía frente á la cocina, se vió salir un hombre de siniestra catadura. Miró á todos lados con fijeza, á fin de cerciorarse de que todo estaba en calma, y avanzó con paso lento pero firme, procurando esconderse bajo la sombra de los árboles, sin hacer ningún rumor al caminar, tratando de acallar el que salía de su pecho y conteniendo la fatiga de su respiración cuanto le era dado. Llegó á la puerta de la cocina á poco, y cogiendo con suma habilidad las dos argollas, de forma que no fuesen á sonar ni aun del modo más sutil é imperceptible, las amarró con un pedazo de mecate. Pegó el oído á los carrizos, pero nada oyó. Una sonrisa se dibujó en sus labios, una sonrisa amarga como el absintio del despecho, dolorosa como el negro desengaño, siniestra como el crimen. Quedóse inmóvil buena pieza, miró hacia la casita con una mirada de melancolía profunda, y dos lágrimas inmensas saltaron de sus ojos. Enseguida se escondió tras la cocina, rasó un fósforo en la caja, aplicó la llama al techo y se marchó á toda prisa por la arboleda oscura.

Aquel hombre era Matías.

Impulsada por el viento, en el acto la llama tomó cuerpo sobre la seca paja, y chirriadora, amenazante, horriblemente luminosa, se levantó como inmensa pirámide de oro, restallando como un látigo, inundando los espacios de humo espeso, lanzando como un árbol pirótico ramilletes de chispas encarnadas, rugiendo sordamente al sentirse fustigada por las ráfagas nocturnas, y despidiendo en torno suyo rojiza claridad. Las chispas estallaban con furor, los palitroques gemían al retorcerse y consumirse, el humo escalaba las alturas como soberbia espiral negra, y la enardecida llama, desgarrada en mil pedazos, flotaba al viento como bandera ígnea.



Llenos de espanto inexplicable, los perros destrozaron las cabullas con los dientes, y comenzaron á ladrar con desesperación; acompañado de las gallinas, el gallo se tiró del limonero y corrió despavorido por debajo de los arbustos rojamente iluminados; los dos patos arrancaron el vuelo con estrépito, y en numeroso enjambre los pájaros huyeron de sus nidos.

El incendio se trasmitió á la casa con rapidez extraordinaria, y mientras ardía el techo con ruido pavoroso, los carrizos de la cocina, al reventar con furia, extrangulados por las llamas, simulaban el nutrido tiro de un combate. Las encarnadas chispas, ondulando como sierpes, cayeron sobre el tablón de caña, y también el tablón comenzó á arder. Diez minutos después parecía un mar de púrpura esplendente, en cuyo espacio las llamas sembraban un tumulto de espadas retorcidas y sangrientas.

El que primero se dió cuenta de lo que sucedía, fue D. Jacinto; é inculpó á Encarnación con un grito que parecía un rugido, y corrió á abrir la puerta; pero la puerta resistió á los embates de sus músculos de bronce. Estupefacto, medio loco, escuchando el rumor sordo de la llama, sintiendo en la cabeza los manojos de chispas que caían y haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró meter los dedos por la rendija que se abría en la parte de abajo de la puerta, y volvió á sacudirla con toda la energía de sus brazos; pero nada, aquello era imposible.

—¿Qué significa esto, Encarnación!—bramó entonces con espantable acento.

Pero Encarnación corría de un lado para otro con el semblante horriblemente descompuesto, dando gritos de terror, sacudiéndose las brasas que le caían encima y retorciéndose las manos con indefinible angustia.

—¡Infame, canalla, bandolero!—era lo que exclamaba con voz ronca en tan supremo instante, refiriéndose á Matías.

Las llamas descendían á la carrera, ardían ya los carrizos, el techo amenazaba derrumbarse, y D. Jacinto, sudoroso, fatigado, impotente para romper la puerta, maldecía y blasfemaba como un descamisado. La muerte era segura. Y ¡qué muerte tan horrible!

En eso se oyó fuera un alarido, y luego estas palabras:

—¡Encarnación!... ¡Hija del alma, en dónde estás!... ¡Sál pronto, que te ardes!

Y Encarnación gritó con voz aguda:

—¡Mamita, aquí estoy en la cocina, pero no puedo salir porque la puerta está amarrada!... ¡Abra pronto, que me quemó!

La madre, medio loca, se precipitó al corredor de la cocina y trató de desatar el fuerte nudo; pero no fue posible. Encarnación entonces, súbitamente iluminada en medio de su gran perplejidad, cogió un cuchillo de la troje y lo pasó por la rendija baja de la puerta.

Pero en aquel momento se abrió un agujero por uno de los rincones de la izquierda, y un lienzo de cañizo cayó al suelo. D. Jacinto acabó de derrumbarlo, aun á riesgo de quemarse, con un sacudimiento heroico, y saltó por el boquete para huir al través de la arboleda, á tiempo que Gertrudis cortaba la cabulla con la vehemencia de las supremas desesperaciones, y que la pobre Encarnación se escapaba por la puerta.

Cuando llegó al patio seguida de su madre, que en vano trataba de explicarse, en medio de su tribulación, por qué su hija se encontraba en la cocina con la puerta amarrada por de fuera, los pajareques y los techos se quejaron de repente con quejido prolongado, y al fin se desplomaron con formidable estruendo. De la casa de Felipe no quedaba sino una brasa inmensa, un montón aún caliente de cenizas y el recuerdo venturoso de un hogar.

Gertrudis no pudo aguantar más, y cayó al suelo desmayada.



Algunos vecinos acudieron como á la media hora, y casi al mismo tiempo regresó D. Jacinto de su hacienda, á caballo, envuelto en su capote para evitar que se le viesen las notables quemaduras que cargaba en la camisa, acompañado de seis peones y fingiendo la sorpresa que era necesaria para salir bien librado en la partida.

—Pero esto ¿cómo ha sido?—preguntó con singular desembarazo.

—D. Jacinto, yo no sé—le contestó Encarnación en igual tono, pero medrosa y aturrida en presencia del desastre.

Gertrudis, todavía descoyuntada, apenas suspiraba con angustia.

Estupefactos aún, los demás permanecieron en silencio.

D. Jacinto dio orden enseguida de que los peones cargaran en brazos á Gertrudis, y el grupo se alejó. Delante iban los perros, los fieles compañeros de Felipe, cabizbajos y acezando.

Y así que nadie quedó por todo aquello, Matías salió de su escondite, avanzó con paso lento hasta las ruinas, y sombrío, taciturno, medio loco, atormentado por la voz de la conciencia, se sentó en una piedra á contemplarlas.

SUETOS EDITORIALES

DOCTOR ADOLFO ERNST

Después de larga y meritísima vida ha reclinado la cabeza en el seno de la muerte el señor doctor Adolfo Ernst, extranjero de nacionalidad, pero compatriota nuestro por los múltiples y señalados servicios que prestó á la patria venezolana que consideró como suya, y en la cual deja una familia honorable que perpetuará con su nombre el ejemplo de sus virtudes.

El doctor Ernst nació en Silesia hacia el año de 1832 y vino á establecerse en Caracas cuando apenas contaba seis lustros, trayendo un caudal de sabiduría que distribuyó entre la juventud estudiosa de nuestro país que acudía á oírle en la cátedra y buscaba ansiosa los periódicos, libros y folletos, donde estampaba el maestro las producciones de su grande y luminoso espíritu.

La sola enumeración de los trabajos que sobre etnografía, zoología, botánica y geología, publicó el doctor Ernst sería suficiente para hacer su apología, si ésta no estuviera escrita con caracteres indelebles en el pecho de dos generaciones que nutrieron su cerebro con las altas y saludables enseñanzas de aquel varón, esclarecido tanto por las cualidades de la inteligencia cuanto por las dotes del espíritu.

Los Gobiernos de Venezuela utilizaron en provecho de la Nación los múltiples conocimientos del doctor Ernst, y confiaron á su pericia difíciles y honrosas

comisiones que desempeñó siempre con tacto y desprendimiento ejemplares. Así lo vemos reunir y preparar la colección de productos venezolanos que debía ser enviada á las exposiciones de Viena, Bremen, Santiago de Chile, Filadelfia, Nueva Orleans y Chicago; redactar la *Exposición Nacional de Venezuela en 1883*; organizar la Biblioteca de la Ilustre Universidad Central; atender con patriótico ahínco al Museo Nacional y regentar las cátedras de Historia Natural y de Lengua alemana, sin dejar por esto de producir notables artículos científico-literarios que son leídos con delectación por los hombres ilustrados de ambos hemisferios.

La muerte del doctor Ernst es motivo de justo pesar para Venezuela que pierde con él un cerebro privilegiado, una ilustración sólida y un corazón constante en la práctica del bien. Esta publicación, que engalanó su primer número con el retrato y los rasgos biográficos del ilustre naturalista, deplora profundamente su fallecimiento y se asocia al justo duelo que su pérdida ocasiona.

Reciba la dolorida familia del doctor Ernst, y en especial los señores J. J. Breca hijo, y doctor M. A. Diez, la expresión de nuestra condolencia.

Ramón Muro.—La muerte sigue infatigable su dolorosa labor, y á cada día que pasa tenemos que anotar en nuestra crónica un nuevo nombre dado de baja en las faenas de la vida, para que entren á la escena los nuevos luchadores. La muerte no nos sorprende, pero sí nos hiere dolorosamente cuando arrebatá á un ciudadano útil, á un padre ejemplar, á un esposo modelo, como lo fue en

vida éste cuyo nombre inscribimos al frente de estas líneas que presentamos á sus deudos como la expresión de nuestra condolencia.

Nuevo Libro.—Nuestro compatriota el Reverendo Padre Ildefonso M. Izaguirre Valero, de la Orden de Predicadores, ha tenido la galantería de obsequiarnos con un ejemplar de la obra intitulada *Ensayos Históricos*, que acaba de publicar en la ciudad de Nueva York.

Motivo de complacencia es para los venezolanos ver al joven Dr. Izaguirre Valero ocupando puesto de honor en la metrópoli norteamericana y en el seno de una corporación que cuenta hombres distinguidos por el saber y la virtud.

El libro del Dr. Izaguirre tiende á demostrar los bienes que ha hecho á la humanidad la institución fundada por aquel Domingo de Guzmán cuyo severo perfil nos dejó Dante en uno de los cantos de su Divina Comedia. Nuestro compatriota encuentra en su vasta inteligencia y en el caudal de erudición que posee, argumentos poderosos para abogar por la vida monástica y combatir algunas ideas que juzga contrarias al bienestar de los pueblos y á la salvación de las almas. Expone los vicios de esta época en la cual la fe no esparce sino fulgores moribundos y exclama con enérgica convicción:—“No desesperamos, sin embargo, de nuestra sociedad ni de nuestros tiempos porque creemos con la Santa Escritura que Dios hizo curables las naciones de la tierra.”

Damos las gracias al Dr. Izaguirre Valero por el obsequio que nos ha hecho; hacemos votos porque le sea agradable su estada entre nosotros, y recomendamos su libro á los amantes de las letras.

Hemos recibido la siguiente comunicación: “Estados Unidos de Venezuela.—Estado Nueva Esparta.—Presidencia Provisional del Estado.—Número 2.—Circular.—Asunción:

21 de julio de 1899.—89° y 41°—*Ciudadano Director de EL COJO ILUSTRADO*.—Caracas.—Me es satisfactorio participar á usted que en esta fecha me he encargado de la Presidencia Provisional de este Estado y que he nombrado Secretario General de Gobierno al ciudadano general Segundo A. Mendoza.—Dios y Federación.—M. S. BRICEÑO.”

Deseamos al señor M. S. Briceño éxito completo en sus labores administrativas.

Duelo de la familia Sanz.—Luis y Elena eran dos querubines de los que tañen el arpa junto al trono del Eterno. Un día quisieron visitar la tierra y batiendo sus alas diamantinas fueron á posarse en el hogar de los esposos Sanz, que resplandeció desde entonces con celestiales alegrías; mas ¡ay! que temerosos los inocentes huéspedes, de las luchas de la vida, reemprendieron el viaje á los cielos sin atender á las súplicas de los amantes padres que hoy lloran inconsolables la eterna ausencia de sus idolatrados pequeñuelos.

“El Avisador”.—Como una cortesía al señor Ricardo de los Ríos, director de *El Avisador*, insertamos á continuación el suelto que contiene el número 13 del referido colega, acerca de EL COJO ILUSTRADO, que dice así:

“*El Cojo Ilustrado*.—Esta revista quincenal que ha consagrado tantas reputaciones literarias, no dá caída en sus columnas sino á uno que otro escritor de la nueva generación, y sin embargo se dice que su Director es el Mecenaz de las letras patrias. Anomalías.”

Está en un error el estimable colega. Sin ser Mecenaz de nadie, sólo á uno que otro no damos cabida en las columnas de esta Revista; por ejemplo: á los que no conocemos, y con quienes, por desdicha, no estamos en relación; á los que, no obstante el *Permanente* de esta Revista, detienen al Director en la calle, sin conocerle, para anunciarle el envío de unos versitos para EL COJO ILUSTRADO; etc., etc.

Tanto hemos dicho sobre estas cosas, que no valdría la pena de referirnos al suelto citado si no fuera por el deseo que tenemos de ratificar al señor de los Ríos lo que ya le hemos dicho personalmente: que no conocemos ninguna de sus producciones, que nos haga ver algunas, y que luego tendremos el placer de pedirle las que fueren de nuestro agrado.

Ahora, si se cree que el Director de esta Revista está en la obligación de conocer la talla literaria del señor de los Ríos, y de abrirle incondicionalmente las columnas de EL COJO ILUSTRADO, entonces perdónenos el señor de los Ríos, y envíe cuanto quiera, que ya después de estas explicaciones podemos publicar algunas muestras para «consagrar» una reputación más.

Folletos recibidos.—*Horizontes*, revista mensual de Ciudad Bolívar, número 7.

Banco de Maracaibo, informe del semestre de enero á junio de 1899.

Gaceta Médica de Caracas, número 15 del 15 de agosto de 1899.

El Domingo, revista quincenal, números 22 y 23.—Bogotá.

Boletín Militar, números 109, 110 y 111.—Bogotá.

El Repertorio Colombiano, número 3º del volumen XX.—Bogotá.

Damos las gracias á los señores remitentes.

Pésame.—Con pena registramos en las columnas de EL COJO ILUSTRADO, en momentos de entrar ya en prensa el último pliego de esta Revista, la muerte de los señores Mariano de La Plaza, Angel C. Quintero y Angel Clemente, arcaicida en los últimos días del mes de agosto.

Damos nuestro sentido pésame á los numerosos deudos de los finados.

NUESTROS GRABADOS

Página 557

El grabado que publicamos hoy del General Manuel Vicente de las Casas en su lecho de muerte, es copia de fotografía salida de los acreditados talleres artísticos del señor A. Esperón.

Grupo de Profesores y Cursantes del 6º año de Derecho

Los exámenes verificados en los planteles de enseñanza de esta capital, para la clausura de las tareas escolares del presente año, han sido por demás satisfactorios y demuestran que nuestro país no se queda rezagado en el camino de la instrucción.

La Ilustre Universidad Central y las Escuelas y Colegios públicos y particulares, han presentado lujoso número de jóvenes educandos, que demostraron su aprovechamiento en los diversos ramos del saber humano, que cada día conquista dilatados dominios en su noble anhelo de perfección y de progreso.

Juzgamos oportuno anotar con placer que la enseñanza pierde el carácter abstracto y rutinario que tuvo hasta hace poco, y se humaniza, si se nos permite la frase, poseída de su grande y civilizadora misión.

Aparece en nuestras columnas un grupo de los profesores y una parte de los cursantes del 6º año de Derecho en la Ilustre Universidad Central, grupo sacado de los artísticos talleres de Manrique y Ca, entendidos fotógrafos que han introducido notables adelantos en el arte de Niepce y de Daguerre.

Cariacías maternales

Bajo la fresca enramada, que la libra de los ardores del sol, la joven madre contempla entre risueña y pensativa al fruto de sus entrañas y se pregunta cómo pudo despertarse en ella el dulce y extraño sentimiento del amor maternal que es el resumen de todos los amores y la síntesis de todos los afectos.

Puerto de Porlamar

En 1526, cuando comenzó la decadencia de Nueva Cádiz, la primera población construida por los conquistadores en aguas de Venezuela, algunas familias se trasladaron á la Isla de Margarita y fundaron á sotavento de Morro Moreno, en la ensenada de Guaraguas, un pueblito que denominaron *Pueblo de la Mar*. Posteriormente esta población varió de sitio, quedando definitivamente establecida entre el Morro Moreno y Punta Mosquitos, con el nombre de Porlamar, puerto importante de Nueva Esparta que reproducimos hoy.

Vista de Petare

A la vera del camino real que conduce á Barlovento, y á la margen del bullicioso Caucimare, cantado por uno de nuestros más populares poetas, está sentada la capital del Nuevo Estado Miranda, rodeada de fértiles vegas donde se producen casi espontáneos los variados frutos de nuestra zona tropical. En las cercanías de Petare se cultiva abundantemente el café y la caña de azúcar, y la ciudad mantiene activo comercio con otras poblaciones del oriente de la República.

Puerto Sucre

En la punta meridional del golfo de Cariaco, y cerca del lugar donde el río Manzanares lleva el tributo de sus aguas al mar de las Antillas, está edificado Puerto Sucre en uno de los hermosos sitios de la costa oriental de Venezuela.

Las Bermudas

De estas importantes islas que descubrió en 1522 el marino español Juan Bermúdez, son los paisajes que reproducimos en las páginas de EL COJO ILUSTRADO.

Curacuti

Representa nuestro grabado un bello paisaje de este lugar comprendido en el trayecto que recorre el ferrocarril de La Guaira á Caracas.

Islas Caracas

Reproducimos el punto del litoral venezolano donde naufragó no ha mucho el vapor holandés *Prince Maurits*.

Vistas de Cádiz

En la confluencia del Océano con el mar Mediterráneo y sobre la cresta de los peñascos en que termina al noroeste la isla gaditana, está situada Cádiz, plaza fuerte de primer orden y uno de los puertos más comerciales de España. Sobre el suelo de esta ciudad fenicia han posado su planta los cartagineses y los romanos, los godos y los árabes, que la dotaron con ricos monumentos arquitectónicos. Entre los edificios que cuenta hoy, son dignos de mención la nueva y la vieja catedral, las iglesias de Santa María y de San Antonio, las dos plazas de abasto y la torre de Guzmán el Bueno.

Malas noticias

El camarada que yace tendido en el campo de batalla confió á su amistad un recuerdo para los ancianos padres que esperarán en vano el retorno de su hijo.

El joven militar que permaneció impávido ante el estampido del cañón y el chocar de las espadas, tiembla ahora en presencia de aquel profundo é inconsolable dolor y piensa con espanto en los horrores de la guerra.

Napoleón dictando sus órdenes al general Berthier

El humilde corso que llegó por su valor y talento militar á la cumbre de la gloria humana, tenía para el trabajo la asombrosa actividad de César, y como éste podía dictar á cuatro secretarios á la vez, aunque

No Hay Escapatoria

¿Procuró Ud. alguna vez eludir las gotas de lluvia? Dificilísima empresa, ¿no es cierto? Pues igualmente inútil es querer escapar á los gérmenes de la tisis. No hay evasión posible. Nos rodean en todas partes, y sin cesar los absorben nuestros pulmones.

¿Cómo sucede, entonces, que esta enfermedad no ataca á todo el mundo? Por la sencilla razón de que estos gérmenes no pueden hacer hincapié en una garganta y unos pulmones robustos. Solamente cuando estos órganos están débiles logran sobreponerse esos gérmenes.

Es menester que el cuerpo se halle bien provisto de grasa. En el empobrecimiento de la sangre y la delgadez del cuerpo está el peligro. Si no cede esa tos, y se siente Ud. la garganta y los pulmones irritados, no hay que perder un solo día. Tome Ud. la

Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de Bacalao con Hipofosfitos cuanto antes. Ella sanará las membranas inflamadas, fortificándolas á la vez en alto grado. La digestión se fortificará, mejorará el apetito y aumentará el peso. Todo el cuerpo se fortificará y no podrán tomar arraigo los gérmenes de la tisis.

Esta propiedad de nutrir, sostener y robustecer es la que ha dado á la EMULSION DE SCOTT valor tan extraordinario en todas las enfermedades que debilitan y desgastan el organismo.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York

nó en diferentes idiomas. Nuestro grabado representa á Napoleón dictando al príncipe de Wagram alguna de aquellas órdenes que conmovían la Europa y hacían temblar á los reyes en sus tronos.

Un cuento

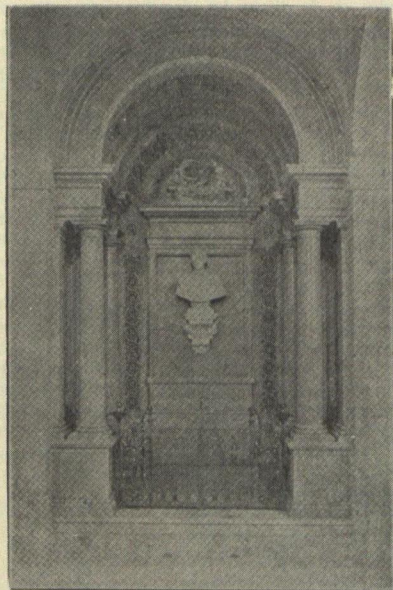
Sofía Koner pinta con admirable colorido la figura de dos jóvenes hermanas que leen á la luz de la tarde un cuento melancólico nacido á las orillas del Rhin, el viejo río de donde han sacado los poetas las más hermosas y sencillas leyendas. Acaso otra Ana espera desde la ojiva del castillo feudal al hermano libertador; quizás alguna enamorada princesa tiende la mirada ansiosa por el horizonte en el cual sólo distingue la tierra que verdea y el sol que reverbera.

E. MARRÉ & C.A.

Representantes de la Casa DAVIDE VENTURI & FIGLIO de Bologna (Italia)

Monumentos de mármol y bronce—Túmulos, Lápidas y cualquiera otro artículo para Cementerios—Baldosas de mármol y mosaico—Altars para Iglesias y Capillas, Púlpitos, Pilas, Barandas, etc.—Mármoles para muebles, baños y cocinas.—Enchapado de mármol para frentes de Casas, Iglesias y Capillas—Figuras y mosaicos artísticos para adornos de salón, etc., etc.

PRECIOS SIN COMPETENCIA Y CONDICIONES DE PAGO CONVENCIONALES



ULTIMAS OBRAS

EJECUTADAS POR LA CASA

DAVIDE VENTURI & FIGLIO

PARA CARACAS

Grandioso monumento para la Familia Casanova.

Púlpito todo de mármol, próximo á erigirse en la Santa Iglesia Parroquial de Alta-gracia.

Telegramas: Marré - Caracas

De Sociedad á Camejo, No. 18

APARTADO 322



SECCION RECREATIVA

Los bizcos misteriosos

En un Congreso de ópticos, celebrado recientemente en Francia, fue revelado con sorpresa universal el hecho de que el 25 p. de los enfermos que acuden á los oculistas padecen, sin que ellos lo sepan ni lo noten las demás personas, un estrabismo acentuado que ha recibido el nombre de "estrabismo latente".

Bizquean cuando están durmiendo, porque á consecuencia de cierta desigualdad en los músculos que sostienen los ojos, aflójense aquéllos durante el sueño, y uno de los ojos se inclina más á un lado que al otro.

La víctima de esta enfermedad recién descubierta, no es bizca durante el día, porque despierta, los músculos tienen toda su fuerza.

El eminente oculista francés que ha revelado esta particularidad, prueba la vista de sus clientes por medio de un aparato especial que ha inventado, y que revela en el acto si un ojo es más débil que el otro. De esta manera puede decir si el paciente bizquea ó no durante, y tratarle médicamente para curarle la debilidad.

El perro milagroso

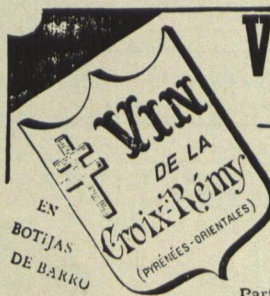
El Amigo de los perros cuenta la historia siguiente de la cual no aseguramos la autenticidad. Hace pocos años una señora de Provenza se vio obligada á salir de un perro que quería mucho, dándoselo á un hombre de Normandía. Recientemente habiéndole permitido las circunstancias recuperar su perro, fue á Normandía para buscarlo, ofreciendo pagar todos los gastos que hubiera causado. Pero el nuevo amo del perro rehusó entregarlo, aunque el animal demostraba alegría al ver á su antigua señora. Como

esta insistiera hé aquí lo que se convino: el nuevo amo del perro conduciría á la dama hasta la cima de una cercana colina; allí se separarían; el 'tomaría el camino de su domicilio y ella continuaría su ruta; el perro pertenecería á aquel de los dos amos á quien siguiera. Aceptado el pacto, cuando los viajeros se separaron el perro acompañaba sucesivamente al señor y á la dama, yendo sin cesar de uno á otro. Y el señor y la señora muy conmovidos por esta doble fidelidad, se casaron.....Y aquí termina la comedia.

Oxígeno disponible en nuestro planeta

En el número de junio del *Philosophical Magazine* expone M. Gerald Stoney reflexiones muy curiosas acerca de la composición relativa de nuestra atmósfera y de la corteza terrestre, demostrando con cifras que la vida se hará imposible dentro de poco tiempo por falta de oxígeno, el elemento más importante para nuestro organismo y sus funciones. Reproducimos el razonamiento de implacable lógica formado por M. Stoney.

La atmósfera se compone de 22,7 partes de oxígeno (en peso), 76 partes de ázoe y 1,3 de vapor de agua y diversas impurezas. Siendo la presión atmosférica de 1033 gr. por centímetro cuadrado, el tronco de



Vino "Croix-Remy"

Tónico natural, sin mezcla ninguna:
Precioso aperitivo, cordial natural, contra la
Pereza del Estomago,
Agotamiento

y todos los desórdenes de la vida moderna.
Este vino (vinto) está prescrito y adoptado
por los Hospitales de Paris y Londres.

Paris, 22, rue Drouot, y PRINCIPALES IMPORTADORES DE ESTA

de agua de 264 gr. contiene igualmente 234,5 gr. de oxígeno.

Resulta que una capa de agua de 264 centímetros repartida en la superficie total de la tierra, contiene exactamente el mismo volumen de oxígeno que nuestra atmósfera. El análisis de las rocas, margas, cretas, etc., que forman la corteza terrestre, demuestra que esas rocas contienen por término medio 40 por 100 de oxígeno, y que como su densidad es de 2,25 poco más ó menos, el mismo espesor de roca contiene tanto oxígeno como tierra, y acaso más. La cantidad de oxígeno libre en la tierra es pues extremadamente débil si se compara con la cantidad de oxígeno combinado: si hubiese un poco más en la corteza terrestre, faltaría por completo el oxígeno á nuestra atmósfera, y la vida orgánica, tal como la comprendemos, no podría existir.

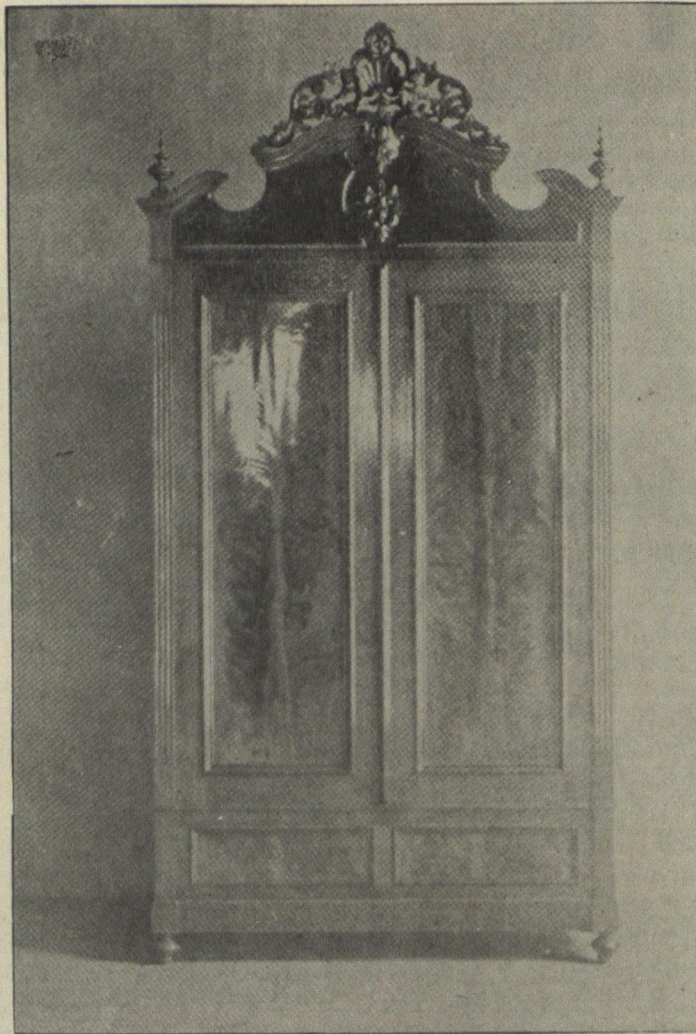
Si se acepta la cifra de 27 kilómetros como espesor de la corteza terrestre y se atribuye á esta corteza la misma composición en todo su espesor que la establecida por la experiencia en las capas superficiales, resulta que la atmósfera no contendría sino 1/10,000 parte del oxígeno de la película sólida. Podemos presumir, por lo tanto, que nuestros tataranietos morirán asfixiados.

Cera humana

¿Quién hubiera creído nunca que el hombre vivía en una envoltura de cera? Pues sí, todos tenemos algo de cera como los personajes del museo Tussaud

JARABE DE J. BUCI RÁBANO-IODADO (Preparado EN FRÍO)

El IODO, combinado con los jugos de las plantas antiescorbúticas, presta á los niños enfermos los más grandes se vícios para combatir las *Glandulas del cuello* — *Raquitismo* — *Infartos escrofulosos* — *Enfermedades de la piel* — *Costras de leche*, etc. No es tan sólo un *medicamento* sino también un *depurativo*. Sustituye con ventaja los aceites de hígado de b. c. u. l. a. o.
PARIS, 22 y 19, RUE DROUOT Y FAR.



MUEBLERIA MODERNA DE S. Martínez Egaña & Ca.

Escaparte «Entrefino»

Damos hoy á conocer nuestro popular Escaparte que designamos con el título «Entrefino.» Dicho mueble está hecho todo sobre cedro amargo, con panelas enchapadas de caoba, formando combinaciones de lo más elegante que darse puede. Está fabricado nuestro mueble de manera de ser transportado á lomo de mula á cualquier punto del país. Nuestra larga práctica nos hace recomendar este mueble á nuestros bondadosos relacionados, especialmente á nuestros favorecedores de los Estados. Seguiremos exhibiendo nuestros productos en todos los números de EL COJO ILUSTRADO.

la epidermis como si fuera un guante, con la doble ventaja de que se desprenden también de la piel los pedazos de grasa que accidentalmente pudieran encontrarse en la superficie, á veces grandes y numerosos. Así es que la epidermis de la palma de la mano da un solo trozo del cual se podrían extraer como 10 centigramos de grasa; ésta se pone á evaporar por 24 horas en una pequeña cantidad de éter que la disuelve; después se pasa á otra vasija y se deja evaporar.

La grasa epidérmica es amarillosa, sólida á temperatura ordinaria; tiene la consistencia y la plasticidad de la cera y el mismo grado de fusión. Fáciles comprenderlo por la siguiente prueba hecha por Ranvier: tomó un papel de cigarrillos y colocó sobre él á cierta distancia dos pedacitos, uno de cera de abeja y otro de cera humana, ambos del tamaño de una cabeza de alfiler. Puso el papel en un tubo de vidrio con termómetro, y lo sometió al calor. A los 35 grados se fundieron los dos á la vez, dejando en el papel una mancha muy visible. La analogía es interesante, pues la cera de abeja es producida por la secreción de la piel. Tanto en el hombre como en las abejas, etc., es, pues, la piel la que hace la cera.

Ahora se comprende fácilmente por qué nuestra piel no deja penetrar el agua ni otras diversas soluciones. Todo el cuerpo está cubierto con un barniz protector, de solidez y suavidad incomparables.

Ya se ve, pues, que nuestra piel no está constituida por escamas fuertemente adheridas entre sí, sino por unas como bolitas que contienen su depósito de cera, el cual nos resguarda del contacto peligroso y de las acciones químicas.

Por eso se comprende también el papel que hacen las grasas como glicerina, lanolina, etc., cuando se aplican sobre la piel agrietada. Es evidente que el frío impide la producción de la grasa, y la solidifica hasta el punto de quitarle á la epidermis sus propiedades elásticas; y por eso, hay que recurrir en este caso á un depósito artificial de materia grasa.

El hecho principal queda demostrado: estamos envueltos en una capa de cera que se funde á la temperatura de 35 grados.

J. F. GALL.

Triunfo de China

Es un error creer que China es rebelde á la civilización moderna y que permanece encerrada en su antiguo desprecio por todas las invenciones de los bárbaros de Occidente. No sólo construye ferrocarriles, instala teléfonos y telégrafos, sino que también, los chinos empiezan á entregarse á todos los sports practicados en Europa. Hace algún tiempo, un grupo de chinos de Singapur, hicieron estudiar el asunto de las carreras de caballos por un comité y compraron en Australia un caballo poco conocido, por 8.000 bolívares. En Singapur el animal ganó todos los premios, pero los sportsmen chinos no se contentaron con eso y lo enviaron á las carreras de Calcutta. Los ingleses lo acogieron con risas y burlas de todas clases; no les pareció admisible, ni por un momento que el delegado de la raza amarilla pudiese disputar la victoria á los nobles caballos de la más potente de las naciones civilizadas.

Esto no impidió que el campeón de China ganara la «Copa del virrey», que es el gran premio de la India. Sin duda es bien insignificante esta victoria que China alcanza sobre Inglaterra, pero basta para contrariar el amor propio británico. Seguramente, los chinos hubieran preferido una victoria más positiva y más provechosa, pero no se puede pedir lo imposible, y ellos, cuya prudencia es proverbial, saben contentarse con lo poco que les dá la fortuna.

Extractamos de una carta los párrafos elocuentes que siguen, y cuya lectura es sobremediana interesante.

«Y, cuál no sería mi sorpresa al reconocer, no solo que era muy cierto todo cuanto de su Emulsión se decía, sino que de ella podía esperarse aún mucho más. En esta creencia me decidí á usarla en la convalecencia de todas las enfermedades agudas á título de reconstituyente. Mis esperanzas no quedaron defraudadas y hoy cuento por centenares los casos en que el empleo de la Emulsión de Scott ha sido seguido de verdadero éxito, evitando las recaídas tan frecuentes en un sin número de enfermedades. Así, no tengo inconveniente en recomendar á mis compañeros el uso de la Emulsión de Scott, preparada por Scott y Bowne, no sólo en los casos en que se halla indicada, en los cuales no debe haber ya médico que no conozca su eficacia, sino muy especialmente en la convalecencia de todas las enfermedades agudas y subagudas, en las que tan rápidamente se verifica el proceso destructivo, como medio seguro de reparar las pérdidas fuerzas y volver al anterior estado fisiológico.»

DR. FRANCISCO SABAS.

Santo Domingo, R. D., Septiembre, 1894.

NUNCA FUMAREIS MEJOR CIGARRILLO QUE EL DE LA BELLEZA

Los propietarios de LA BELLEZA, no pueden seguir la costumbre establecida por otras marcas de cigarrillos en Venezuela, de ofrecer en cada cajetilla una fotografía o algún otro aliciente extraño. LA BELLEZA emplea en sus cigarrillos tabaco de la Habana, de buena clase, y ofrece á sus consumidores agrado en el paladar, higiene en los pulmones y el aroma especial que da el tabaco de la Habana á las personas que lo fuman.

LA BELLEZA funda el éxito de su empresa solamente en la calidad de las picaduras y del papel con que hace y hará siempre sus cigarrillos.

ALGODÓN

LA BELLEZA FABRICA DE CIGARRILLOS

CON TABACOS DE LA HABANA Y CON LAS MEJORES CLASES DE PAPEL

EXPENDE LAS MISMAS PICADURAS CON QUE ELABORA SUS CIGARRILLOS EN PAQUETES DE 10 Y EN SACOS DE 16 MAS QUINTALES

SOCIEDAD A TRAFICANTES N.º 4 TELEFONO VIEJO N.º 435 APARTADO DE CORREO N.º 235

RODRIGUEZ TRABANCO Y CA. CARACAS

Papel de algodón, blanco, alquitrán, pectoral, oro zú y trigo

DEPOSITO PARA VENTAS POR MAYOR Y AL DETAL

En La Importadora. Expendio de tabacos de la Habana

BAJOS DEL GRAN HOTEL VENEZUELA — PLAZA BOLIVAR

6 del museo Grévin. Ayer no lo sabíamos; así mismo hay muchas cosas de que tendremos conocimiento mañana.

El descubrimiento fue hecha hace poco tiempo por el notable histologista Ranvier, miembro de la academia de ciencias. No queda duda que nuestra piel es encerada: la parte exterior, la que todos conocemos con el nombre de «epidermis», parecía contener una

materia grasosa; pero se ignoraba qué especie de grasa era. Se consideraban como escamas secas las células de la epidermis y hasta ahí llegaba nuestro saber. Ranvier quiso examinar el asunto con más atención, y empezó por extraer la grasa de la epidermis con un procedimiento muy sencillo. Se empieza por sumergir la piel, ó todo el miembro cubierto por ella, en agua hirviendo medio minuto, y entonces se separa